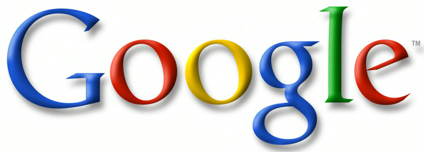
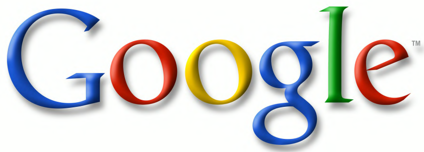




SOCIEDAD ESPAÑOLA DE EXCURSIONES

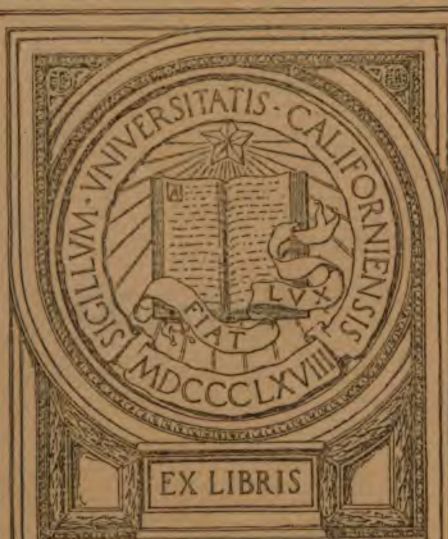
HOMENAJE

A

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO



MADRID
MCMXIX


SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
LVX
FIAT
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS

HOMENAJE Á QUADRADO

SOCIEDAD ESPAÑOLA DE EXCURSIONES



HOMENAJE

Á

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO



MADRID
1919

E. G. Getrian

D. JOSÉ MARIA QUADRADO



OBISPO DE MADRID — S. M. EL REY — CONDE DE CEDILLO — D. ELIAS TORMO

MARQUÉS DE VIANA — D. ANTONIO MAURA — GENERAL WEYLER — MARQUÉS DE LAURENCIN

FOTOTIPIA DE HAUSER Y MENET.-MADRID

EL ACTO

Por iniciativa del Presidente de nuestra Sociedad, señor Conde de Cedillo, acordó ésta celebrar el primer Centenario del nacimiento del egregio balear D. José María Quadrádo, del gran excursionista, que, cuando los medios con que los viajes se realizaban eran sobrado incómodos y molestos, tardándose varios días en recorrer distancias que hoy el ferrocarril transpone en pocas horas, no vaciló en visitar diversas regiones de España, recogiendo cuantos datos históricos y arqueológicos pudo adquirir, para trasladarlos á los memorables libros que, ilustrados por el dibujante Parcerisa, empezaron á publicarse con el nombre de *Recuerdos y Bellezas de España;* obra en que se estudian los principales monumentos de cada región con un conocimiento y una solidez de juicio magistrales.

Quadrado no solamente era acreedor al homenaje como gran excursionista que se inspiraba en los mismos ideales que nuestra Sociedad persigue, los de dar á conocer á propios y extraños las bellezas y los monumentos que nuestra Patria atesora, sino que también, como dice Menéndez y Pelayo en la segunda serie de sus *Estudios de Crítica literaria,* era pensador genial, controversista político, apologista religioso, historiador de alto vuelo, arqueólogo, crítico de Arte, poeta y escritor elegantísimo en prosa. Pues á pesar de tantos títulos y méritos, Quadrado era poco conocido, y también por esta causa era conveniente el homenaje acordado por la Sociedad Española de Excursiones, que había de contribuir á arrancar á aquel escritor del injusto olvido en que se hallaba.

La conmemoración del Centenario de Quadrado se ce-

lebró el domingo 22 de Junio del corriente año 1919, en el gran Salón de actos de la Real Academia Española, amablemente cedido al efecto por la Academia, á propuesta de su insigne Director D. Antonio Maura, á la sazón Presidente del Consejo de Ministros. Tomaron á su cargo la organización de la solemnidad en todos sus detalles el Presidente de la Sociedad Sr. Conde de Cedillo y el Director de Excursiones Sr. Ciria, puestos de acuerdo con el Secretario perpetuo de aquel Cuerpo literario y Socio de la Española de Excursiones Sr. Cotarelo, á quién nuestra Asociación agradece su exquisita solicitud y las grandes facilidades otorgadas para el mayor realce del acto.

S. M. el Rey, que tanto se interesa por cuanto con nuestra amada Patria se relaciona, nos concedió el alto honor de asistir á la fiesta excursionista, y á las siete y media de la tarde llegó á la Academia, para presidir la sesión, acompañado del Marqués de Viana y del Ayudante Coronel Sr. Losada. Fué recibido á la entrada del edificio por el Sr. Maura, por el Sr. Cotarelo, por el Presidente y Junta directiva de la Sociedad Española de Excursiones y por el Director general de Seguridad, señor Torres Almunia.

Una vez en el Salón, ocupó S. M. la presidencia, sentándose á su derecha el Sr. Maura, el Obispo de Madrid-Alcalá Sr. Melo, el Marqués de Viana y el General Altolaguirre, Censor de la Real Academia de la Historia; y á la izquierda, el Capitán General Sr. Weyler, Marqués de Tenerife; el Conde de Cedillo; el Marqués de Laurencín, Director de la Real Academia de la Historia; el Académico y Senador D. Elías Tormo, Secretario de nuestra Comisión ejecutiva, y el Académico escultor D. Aniceto Marinas. En el estrado tomaron asiento á ambos lados los oradores en los sitios preferentes, oupando los restantes puestos los Senadores por Baleares, miembros de las Reales Academias, representantes de otros importantes Centros de cultura y el Gobernador civil de la provincia de Madrid, Sr. Aparicio. A la derecha de la mesa presiden-

cial y sobre alto pedestal aparecía, adornado con corona de laurel de la que pendían cintas de los colores nacionales, el busto de Quadrado, hecho expresamente para el acto y regalado á la Sociedad por nuestro consocio el inspirado artista Marinas. Llenaba el vasto Salón de la Academia, ocupando sus butacas y tribunas, gran concurso perteneciente á todas las clases sociales, advirtiéndose la presencia de muchas bellas y elegantes damas.

Abierta la sesión por S. M., concedió la palabra al Sr. Conde de Cedillo, nuestro ilustre Presidente, quien, en un hermoso discurso, razonó el homenaje que se tributaba á Quadrado, sorprendiendo sintéticamente sus principales rasgos como excursionista, como hombre y como cristiano, como gran patricio y gran polígrafo. A continuación dió lectura el Sr. Conde, con la venia de S. M., á un telegrama del Conde de Torre-Saura, Alcalde de Ciudadela, agradeciendo al Rey, al Gobierno, á la Sociedad Española de Excursiones y á las demás entidades adheridas, el homenaje que se tributaba al insigne menorquín.

Seguidamente hicieron uso de la palabra, ocupándose en Quadrado, desde los varios aspectos de su actividad y con arreglo á lo trazado en el programa del homenaje, los Sres. Marqués de Foronda, Marqués de Lozoya, Ciria y Vinent, Serrano Jover, López Núñez, Mélida, Lampérez, Conde de la Mortera, Marqués de Figueroa, Cavestany (en representación del Sr. Dato) y Maura, quien, con un elocuentísimo discurso, puso digno remate á los de los oradores que le habían precedido.

El selecto concurso se adhirió expresivamente al homenaje, premiando con grandes aplausos todos los discursos pronunciados. Estos fueron tomados taquigráficamente y publicados varios de ellos en las diversas ediciones de los periódicos de Madrid. Por hallarse ausentes de esta Corte los Sres. Alcover y Palmer, no pudieron leer los discursos que oportunamente habían compuesto y remitido con destino al homenaje que á Quadrado rendía nuestra Sociedad.

S. M. el Rey dió por terminado el acto, siendo ovacionado al salir, lo mismo que lo había sido al entrar en el local, y al ocupar su coche se repitieron en la calle las ovaciones por parte del numeroso público estacionado en los alrededores de la Academia.

El homenaje tributado á Quadrado por la Sociedad Española de Excursiones y realzado con la presencia de nuestro Augusto Soberano, ha sido una conmemoración digna del gran excursionista y escritor. La Comisión ejecutiva de la Sociedad realiza ahora el propósito que desde un principio la animó, reuniendo y perpetuando en un libro los discursos pronunciados en aquella inolvidable fiesta de patriotismo y de cultura.

El Conde de Polentinos

Director del *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*.

EL PROGRAMA

Reproducimos el texto íntegro del Programa-invitación que se repartió á los Socios de la Española de Excursiones y á las demás personas, Corporaciones y entidades convidadas al acto.

HOMENAJE

QUE LA

SOCIEDAD ESPAÑOLA DE EXCURSIONES

TRIBUTA AL GRAN EXCURSIONISTA,

ILUSTRE PATRICIO É INSIGNE POLÍGRAFO ESPAÑOL

D. José María Quadrado.

[*Ciudadela (Menorca) 14 Junio 1819
✠ Palma (Mallorca) 6 Julio 1896]

CON OCASIÓN DEL

PRIMER CENTENARIO

DE SU NACIMIENTO



PROGRAMA

Nuestro homenaje á Quadrado, por el EXCMO. SR. CONDE DE CEDILLO, Presidente de la Sociedad Española de Excursiones, de la Real Academia de la Historia.

Quadrado, geógrafo descriptivo, por el EXCMO. SR. MARQUÉS DE FORONDA, Presidente honorario de la Real Sociedad Geográfica, de la Real Academia de la Historia.

Quadrado, historiador de alto vuelo, por el ILMO. SR. MARQUÉS DE LOZOYA, C. de la Real Academia de la Historia.

Quadrado, excursionista, por el EXCMO. SR. D. JOAQUÍN DE CIRIA Y VINENT, Director de Excursiones de la Real Sociedad Geográfica, C. de la Real Academia de la Historia.

Quadrado, continuador del Discurso de Bossuet sobre la Historia Universal, por el M. I. SR. D. ANTONIO MARÍA ALCOVER, Canónigo Magistral de la Santa Iglesia de Mallorca.

Quadrado, apologista religioso, por el EXCMO. SR. D. GABRIEL PALMER, Fiscal y Primer Maestro de Ceremonias de la Real Capilla, Arcipreste de la Santa Iglesia de Plasencia.

Quadrado, pensador genial, por el SR. D. ALFREDO SERRANO Y JOVER, Diputado á Cortes por Madrid.

Quadrado, escritor elegantísimo en prosa. por el EXCELENTÍSIMO SR. D. ALVARO LÓPEZ NÚÑEZ, Secretario de la Administración Central del Instituto Nacional de Previsión.

Quadrado, arqueólogo y crítico de Arte, por el ILMO. SEÑOR D. JOSÉ RAMÓN MÉLIDA, Director del Museo Arqueológico Nacional, de las Reales Academias de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando.

Quadrado, crítico de la Arquitectura española, por el ILMO. SR. D. VICENTE LAMPÉREZ Y ROMEA, de las Reales Academias de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando.

Quadrado, poeta, por el EXCMO. SR D. GABRIEL MAURA Y GAMAZO, CONDE DE LA MORTERA, de las Reales Academias Española y de la Historia.

Quadrado, controversista político, por el EXCMO. SR. MARQUÉS DE FIGUEROA, de las Reales Academias Española y de Ciencias Morales y Políticas, ex-Ministro de la Corona.

Quadrado, gran español, por el EXCMO. SR. D. EDUARDO DATO, de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, Diputado á Cortes, ex-Presidente del Consejo de Ministros.

Quadrado, discurso, por el EXCMO. SR. D. ANTONIO MAURA Y MONTANER, Presidente del Consejo de Ministros, Director de la Real Academia Española.

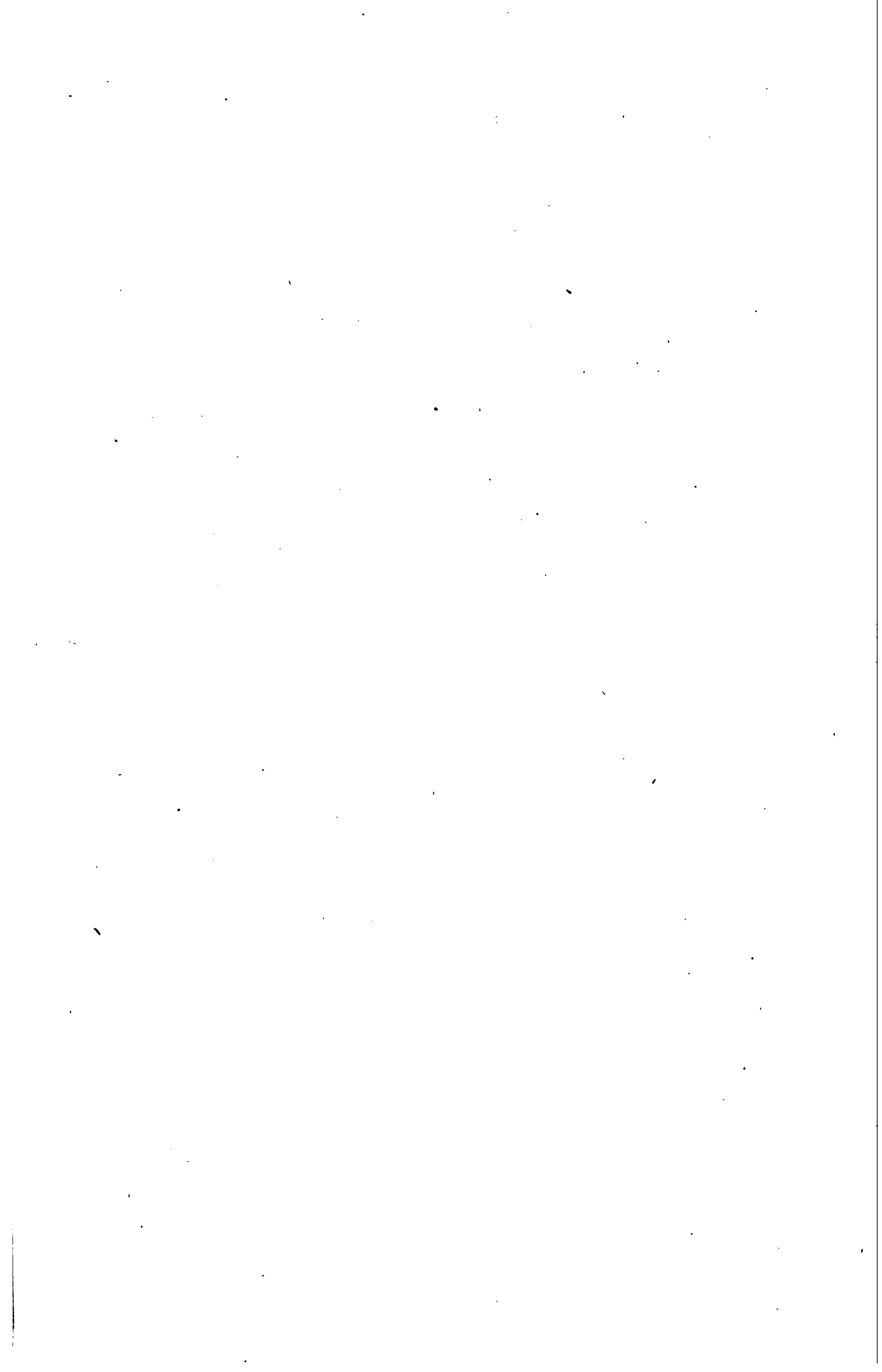
La solemnidad se celebrará en Madrid el domingo 22 de Junio de 1919, en la Real Academia Española (calle de Felipe IV, núm. 2), á las siete de la tarde.

Honrará el acto con su presencia S. M. EL REY.

El busto de D. José María Quadrado, que figurará en el salón en el acto del homenaje, es obra hecha *ad hoc* por el EXCMO. SR. D. ANICETO MARINAS, de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, socio de la Española de Excursiones.

Este Programa sirve de invitación al acto, y su exhibición será indispensable á la entrada.

DISCURSOS





FOTOTIPIA DE HAUSER Y MENET.-MADRID

DON JOSE MARÍA QUADRADO.
Busto hecho para el acto del homenaje
por el Excmo. Sr. D. Aniceto Marinas.

Nuestro homenaje á Quadrado

por el

Excmo. Sr. Conde de Cedillo,
Presidente de la Sociedad Española de Excursiones.

SEÑOR:

La Sociedad Española de Excursiones congrégase hoy, bajo la presidencia Augusta de la Majestad Católica, para tributar un ferviente homenaje al gran excursionista español D. José María Quadrado y Nieto, cien años ha nacido en Ciudadela de Menorca, en 14 de Junio de 1819. Nuestra Sociedad que, surgiendo al calor de un Certamen memorable, fundamos unos cuantos españoles de buena voluntad enamorados de España y de sus bellezas; nuestra Sociedad, que tuvo la honra de contar entre sus primeros socios á aquellas dos angelicales Princesas que se llamaron Doña María de las Mercedes y Doña María Teresa, y cuyo prematuro tránsito de este bajo mundo á un mundo superior, puso generalmente y con harto más motivo que el del torcido vástago de los Austrias

miedo en el corazón, llanto en los ojos;

esta Asociación que, entregada á sus propias fuerzas y durante más de un cuarto de siglo de modesta pero perseverante labor, viene inspirándose en sus nobles ideales de Patria y de Cultura, cumple uno de sus más naturales fines enalteciendo preferentemente en Quadrado al excur-

sionista, al gran excursionista, al más representativo de los excursionistas españoles del siglo XIX, y acaso de todos los siglos. Considerada la historia del excursionismo en su relación con el suelo nacional, luego acuden á la memoria nombres extranjeros, como el del bohemio Barón Rosmithal de Blatna, el del veneciano Andrés Navagiero y el del francés Balthasar de Monconys, de los siglos XV, XVI y XVII, respectivamente. Pero en lo tocante á españoles que aseguraron el recuerdo de sus peregrinaciones en libros, desde el cronista Ambrosio de Morales, que emprendió en 1572 su famoso *Viaje* por León, Galicia y Asturias, y desde aquel *Pelegrino curioso,* Bartholomé de Villalba (tan distinto, empero, del anterior por su carácter), casi no se halla verdadero nexo hasta llegar á Ponz y á Ceán Bermúdez en el siglo XVIII, y á Bosarte y á Villanueva en el XIX. Ahora bien; este siglo, que para el excursionismo español es, además, el siglo de Parcerisa, Carderera, Piferrer, Caveda, los Amador de los Ríos, Assas, Madrazo, Rada, Poleró, Serrano Fatigati, y de tantos otros, de toda una legión romántica que surcó el solar castizo y describió nuestros monumentos con un concepto y una comprensión tan amplios, tan generosos, tan distintos de los moldes del monótono y uniformista siglo XVIII, es ante todo y principalmente el siglo de Quadrado. Quadrado es, pues, un *precursor,* es *nuestro precursor;* es, por ventura, el modelo de nuestros precursores. Esa obra admirable de los *Recuerdos y Bellezas de España,* admirable, sí, como empresa material y como medio cultural, es, en punto á excursionismo, un hito gigantesco que separa entre nosotros dos edades. Creóla Parcerisa; pero desarrolláronla, infundiéndole sus mayores méritos y excelencias, aquellas dos almas gemelas, Piferrer y Quadrado, de las cuales harto pronto, por desgracia, voló la primera al inmortal seguro, pero quedando la segunda medio siglo más en este mundo, como ejemplar de altas acciones. Así, pues, Quadrado viene á ser el *padre espiritual* de nuestra Sociedad de Excursiones, como en mi primera juventud lo fué mío, y creo

poder asegurar que también de no pocos de los que me escuchan. En aquellas tan sobrias como vibrantes páginas de Quadrado en *Recuerdos y Bellezas de España*, en aquellas insuperables descripciones de paisajes y comarcas, de ciudades y monumentos, en aquellas animadas narraciones y sugerentes evocaciones históricas, en aquellos profundos conceptos y nobles arranques y discretísimos juicios caldeados por la emoción y la poesía, y henchidos de sentido común y de patriotismo, inimitablemente vertidos á una dicción tan ceñida como elegante, puede decirse que comenzamos muchos á gustar de la lectura, que despertamos á la vocación excursionista, que aprendimos á amar á España y también á amar al propio Quadrado, iniciador y maestro. Asistido como me siento por vuestra fervorosa aquiescencia, pero constreñido por la falta de tiempo, oso preguntaros: ¿no os parecen bastantes los motivos expuestos para que memore la Sociedad Española de Excursiones el Centenario del natalicio del patriarca del excursionismo español?

Pues, por si no lo fueran, aún existe otro de carácter más íntimo. Quadrado alcanzó á conocer los primeros trabajos de nuestra Sociedad y de nuestro *Boletín*, y en el penúltimo año de su vida, por una hermosa carta de 6 de Noviembre de 1894, dirigida á nuestro doctísimo consocio palentino D. Francisco Simón y Nieto, ensalzó á nuestro órgano oficial al ensalzar las muy interesantes *Excursiones histórico-artísticas á la Tierra de Campos*, del Dr. Simón, en el *Boletín* primeramente publicadas, y con cuya lectura escribía Quadrado *que se había sentido rejuvenecer*.

Pero al honrar hoy á Quadrado nuestra Sociedad, no honra sólo al gran excursionista. Nacida al calor de patrióticos anhelos, al realizar esta conmemoración centenaria quiere enaltecer á un gran español, á uno de los más grandes españoles del siglo XIX. Ajustándose á los dictados de la estricta justicia, quiere hacer una obra de reparación al realzar la gloriosa figura intelectual y

moral de D. José María Quadrado, que pocos conocen bien, que muchos conocen imperfectamente y que muchísimos desconocen en absoluto. Porque Quadrado, que tuvo en vida numerosos y sobre todo devotísimos amigos y admiradores, y que tuvo, muerto, fervorosos apologistas; Quadrado, venerado por sus paisanos regionales y gran prestigio en Mallorca; Quadrado, consultado y mencionado con frecuencia por los tratadistas de Arte español; Quadrado, cuya fama, merced á algunos de sus imponderables libros, sintiéndose estrecha en tierra hispana traspuso las cumbres y rebasó las fronteras, no es un nombre popular, es para muchos, para muchísimos españoles, un desconocido, un indocumentado. Extraño caso ¿no es cierto? Muy extraño, pero muy verdadero. No parece sino que la fatalidad empeñóse en obscurecer la memoria de este español benemérito. ¿Queréis algunas pruebas de ello? Ya hizo notar Menéndez y Pelayo cómo el olvido y la injusticia se han cebado en la fama y en la personalidad de escritor tan fecundo y tan ilustre como Quadrado, llegando hasta á afirmar que no conocía caso igual en la historia literaria. Pues á pesar de los vindicadores esfuerzos del gran maestro contemporáneo, la mala fortuna siguió persiguiendo á su víctima. Por ejemplo: abrid la muy útil *Bibliographie des voyages en Espagne et en Portugal* de nuestro consocio el gran hispanófilo Foulché Delbosc, y os admirará, como me admiró á mí, que ni siquiera se mencione en ella á Quadrado ni á ninguna de sus obras. Modernísimo Diccionario hay de autores españoles é hispanoamericanos, y muy bien pensado y escrito, por cierto, en que se hace caso omiso del insigne balear, honra de las letras españoles del siglo XIX. En fin, á personas muy cultas he oído estas preguntas: ¿Pero quién fué ese señor Quadrado? ¿Qué libros ha escrito Quadrado? Y es que, no sólo *habent sua fata libelli*, sino que también los hombres, independientemente de su mérito, están sujetos al arbitrio del hado providencial que rige sus destinos.

E pur si muove, como diz que dijo, aunque jamás lo

dijera, Galileo. Afirmado queda que Quadrado fué un gran español. Lo fué, en efecto, como pensador, quien en sus geniales escritos históricos, políticos y sociales hizo afirmaciones y estableció principios basados en el más severo rigorismo científico, tuvo atisbos y estampó verdaderas profecías que asombran al que lea detenidamente muchas de sus obras á la vuelta de más de medio siglo de escritas. Fuélo como político quien, como él, no llegó ni á Concejal, ni obtuvo ni pretendió jamás un acta de Diputado; pero quien, como él, penetró en la entraña de candentes cuestiones de aquella época, disertó luminosamente sobre muy importantes materias, y, al lado y de perfecto acuerdo con el inmortal Balmes, y con el caballeroso Viluma, alzó bandera en pro de aquel generoso é irrealizable pensamiento de la fusión dinástica y de la pacificación moral, exponiendo en conjunto y por partes «el vasto sistema que había de hacer practicable la unión española». Lo fué como brillante periodista quien, con todo el ardor de los veintitrés á los veinticinco años, fundaba y redactaba periódicos políticos, religiosos, artísticos y literarios, dirigía *El Conciliador,* por designación de Balmes, y colaboraba con el filósofo vicense en *El Pensamiento de la Nación,* dejando bien sentada su fama de apologista vehemente y de temible polemista.

El periodismo de Quadrado tráeme como por la mano á recordar, aunque sólo sea con la rapidez del relámpago, la enorme y admirable labor cultural de aquel gran varón, que lo mismo poseía la más varia erudición de los viejos tiempos, que dominaba todo el movimiento intelectual de su época. Así es, de cierto, Quadrado, uno de los más fecundos polígrafos de nuestra edad contemporánea, ya que puede decirse con verdad que apenas hubo campo dentro del Arte, de la Historia y de la Literatura que dejara de cultivar, cosechando á la vez opimos y sazonadísimos frutos.

En la *Introducción,* sabia y excelente, como suya, que Menéndez y Pelayo antepuso á los *Ensayos religiosos, po-*

líticos y literarios de Quadrado, no con frases, sino por un proceso analítico de incontrastable y abrumadora firmeza, coloca el nombre y la obra toda del balear ilustre en el prominente lugar que les corresponde dentro de la historia de la cultura española del pasado siglo. Dipútale, pues, «pensador genial, controversista político, apologista religioso, historiador de alto vuelo, arqueólogo y crítico de arte, poeta y escritor elegantísimo en prosa», «triunfo concedido á muy pocos», añade el inolvidable maestro. Y todavía Menéndez, en realidad, se quedó corto, pues incompleto sería el estudio biográfico-crítico (que no se ha hecho aún, pero que con el tiempo se hará) del glorioso hijo de Ciudadela, en que no se concediera además el necesario espacio al finísimo satírico, al hábil dramaturgo, al refundidor de Shakespeare y al muy discreto traductor de otros insignes poetas, por no citar sino tal cual ejemplo de especialidades.

Mas no temáis, no, que abrume vuestra atención y vuestra paciencia, acaparando en este prólogo cuanto se ha dicho y cuanto pudiera y debiera decirse del gran escritor balear en sus múltiples aspectos. De un lado carezco de tiempo para ello; de otro, materia fuera esta que requeriría, no un discurso, sino un grueso volumen. «Nada voy á poner mío—podría deciros yo ahora, como dijo el propio Quadrado en un sentido artículo necrológico que antecede á las poesías del malogrado Duque de Almenara Alta—; con piedras labradas por otros voy á formar, no un monumento, sino una sencilla conmemoración». Así, pues, y por eso, en algunos, que no en todos aquellos aspectos, van á ocuparse con su autorizada voz varios eminentes compañeros nuestros é insignes estadistas, á quienes anhelo ceder la palabra, y que tejerán así con la suya una corona de siemprevivas que irá como á posarse sobre las sienes del hombre cuyo busto, que inspirado artista labró, parece aquí presidirnos.

Al conmemorar á Quadrado, queremos conmemorar al patriota impoluto, á uno de los mayores patriotas que

entre nosotros han sido, al cantor entusiasta de la unidad nacional, al fervoroso amante de la Patria grande y única, al enaltecedor de nuestra gloriosa y peninsular Monarquía fundida por el genio de los Reyes Católicos y de Felipe II. Y nuestra ofrenda de admiración y de justicia es tanto más grata y sincera cuanto que la dedicamos, no á un castellano ni á un leonés, sino á un isleño, á un hijo de la más remota de nuestras islas mediterráneas, hijo de la antigua Confederación catalano-aragonesa, que amó á su región famosa y al natal hogar con amor perfecta y absolutamente compatible con el inextinto que sintió por España; al ferviente enamorado de estas clásicas tierras de Castilla, á la que amó como pocos y recorrió como nadie; al que, aunque en sus postreros años alcanzara ese movimiento catalanista preñado de cualidades y defectos—segura panacea para unos, misteriosa esfinge para otros y caja de Pandora para no pocos—, mantúvose serenamente dentro de su integral españolismo, españolismo sin limitaciones ni desfallecimientos, rebosante siempre el corazón de amor á España, á la que puede afirmarse que su vida y sus obras fueron un armonioso himno.

Enaltecemos asimismo en Quadrado al ejemplo de cristianos, al gran apologista y moralista, al que fué en su existencia y en sus producciones vivo argumento de la armonía entre la Ciencia y la Fe, al evocador é intérprete del pensamiento espiritualista de la patria y de la raza al través de una larga sucesión de siglos; al que, venido al mundo en críticos y agitados tiempos, supo conservarse puro é incontaminado; al que no empequeñeció ni obscureció sus fervores de creyente con los furores del fanático, antes bien conservó siempre una ecuanimidad y una templanza que pueden servir de ejemplo al hombre de firmes ideas, cualesquiera que ellas fueren. El homenaje á Quadrado como creyente y como cristiano es, pues, al mismo tiempo que homenaje al mantenedor del *alma mater* de nuestra médula nacional, homenaje á la castiza tradición española, homenaje á esta patria de los buenos y los es-

forzados, de sabios y de santos, guerreros y conquistadores, escritores y artistas que, en tierras hispanas y en extrañas tierras, mantuvieron en las ánimas el amor al ideal, y es también un homenaje al espiritualismo, que no tiene patria porque es universal, y que en esta nueva era de revisión general de valores triunfa y seguirá triunfando del materialismo sórdido é infecundo.

Fué Quadrado un varón bueno y modesto, esclavo del deber, dechado de virtudes privadas, modelo de hombres y de ciudadanos. Fué tan bienhechor de sus semejantes, tanto ardía en caritativo celo, que uno de sus modernos apologistas le ha llamado «cortesano de la desgracia». Su laboriosidad y su amor al trabajo, rayaron en él con lo inverosímil. Fuera del campo de sus excursiones, que casi se extendió á media España, puede decirse que su verdadero campo y su teatro de operaciones fué el Archivo, aquel riquísimo Archivo general Histórico de Mallorca, que, según dice él mismo, fué su «habitual morada», donde laboró durante más de medio siglo, donde, como su ejemplar organizador y director y escrutador incomparable, contrajo méritos insignes. Y notad un rasgo que pinta su carácter moral. Cuando cumplidos los setenta y cinco años de su edad, sacrificando su derecho al descanso y su gloria de egregio publicista, sacaba á luz, en 1895, el volumen de los *Privilegios y franquicias de Mallorca,* él, historiador eminente, ponderaba, para justificar el carácter de la obra, *sus obligaciones de Archivero, atendibles con preferencia á sus tareas de historiador.*

Quadrado, no tan conocido ni tan celebrado como reclaman sus merecimientos, alcanzó, con todo, los loores de algunos escogidos espíritus. Bover de Roselló, en su *Memoria biográfica de los mallorquines que se han distinguido en la antigua y moderna literatura,* publicada en 1842, elogia á nuestro precoz autor, que á los trece años de su edad había compuesto un himno á la jura de la Princesa Isabel; y joven á la sazón de veintidós años, «de conocida instrucción—dice—y de ricas esperanzas en gusto

y en saber». Balmes, identificado siempre con Quadrado en materias sociales y políticas, dijo del clarísimo balear que era uno de los hombres de más talento que había conocido en España. *Bayardo de nuestra república literaria* le apellidaba el inolvidable Mañé y Flaquer. *Emulo de Bossuet y del pensador de Vich* le proclama D. José Miralles y Sbart, el sabio Obispo de Lérida. Talento sano y vasto, conjunto equilibrado de poeta é historiador, de pensador y artista, dijo de él nuestro respetable consocio el actual Obispo de Barcelona. Que «las Baleares, cuya historia literaria es tan larga y gloriosa, no han producido escritor tan eminente desde los tiempos del iluminado Doctor Ramón Lull», dijo de él el Maestro de maestros D. Marcelino Menéndez y Pelayo. *Non omnis moritur, optima scripta manent,* afirmó de él, justamente, el humanista D. Mateo Rotger, en elegante composición latina. Y más atrevido aún de concepto, aquel gran alemán-español que se llamó Juan Fastenrath afirmó de Quadrado muerto, que «Quadrado vive, y siempre su nombre vivirá». Pero quien superó á todos en el elogio es otra gloria de la Ciencia germana, el insigne Emilio Hübner, que resumió las excelencias de Quadrado en estas dos palabras, que valen por muchos discursos: *Vir optimus; Varón óptimo,* sí, eso fué Quadrado como ciudadano, como cristiano, como escritor, como amigo, como excursionista.....

Nuestro homenaje al gran Quadrado es el homenaje á la virtud, á la virtud en el más amplio sentido de la palabra; á la virtud, que es fuerza y acción, y eficacia, y valor, y bondad é integridad de ánimo; á la virtud, que todo lo ennoblece, lo engrandece y lo embellece. Y es nuestro homenaje tanto más sincero y entusiasta, cuanto que al tributarle á este magno español no le tributamos á uno de aquellos á quien el siglo diputa ilustres en atención á su sangre, á sus riquezas ó á los altos cargos que ocuparon. Tributámoslo, por lo contrario, al hombre, aunque noble por su familia, de modesta condición, al hijo de sus obras, al polígrafo, al sabio, al que reunió en sí todo lo principal,

con exclusión de todo lo secundario. ¿Sabéis de muchos hombres, de muchos grandes hombres y grandes españoles de quien pueda decirse otro tanto?

Y sin embargo, la Patria, la patria grande y la llamada patria chica, le eran deudoras de un piadoso recuerdo. Allá, hacia Levante, en la incomparable *Illa Daurada,* que como otra Afrodita parece surgir, hermosa, de entre las azules ondas del mar latino, y más lejos todavía, en la extrema Balear, en la españolísima Ciudadela, cuna de Quadrado, habrán resonado estos mismos días encomios coincidentes con el Centenario del natalicio. Pues también aquí, en esta Villa y Corte de España, acaso tildada de olvidadiza, han de herir los aires alabanzas de Quadrado, siquiera nuestra Sociedad de Excursiones las promueva, y aunque yo, su Presidente inmérito, las inicie. Pero con la poca autoridad que pueda gozar cerca de vosotros, excursionistas, quiero deciros: ¡Gloria á Quadrado, al gran excursionista español! Y con cuanta quisiera tener entre los hijos todos de España, pláceme añadir: ¡Españoles! ¡Gloria á Quadrado, gloria al patricio ejemplar, gloria al olvidado sabio, á quien el tiempo, gran justiciero y depurador de reputaciones, otorga el lauro reservado á los inmortales!

HE DICHO.

Quadrado, geógrafo descriptivo

por el

Excmo Sr. Marqués de Foronda.

SEÑOR:

A la circunstancia de ser uno de los primeros que ingresamos en la entonces naciente Sociedad Española de Excursiones y de haber acompañado desde sus comienzos á aquellos beneméritos y doctos señores que la iniciaron, y cuyos nombres de Pérez Pastor, Catalina García y Serrano Fatigati (q. e. p. d.), el no menos ilustre de don Adolfo Herrera, que ya no comparte nuestras tareas, y el del ilustre Conde de Cedillo, que por su perseverancia entre nosotros—prueba inequívoca del afecto que siempre sintió por la institución de que al fundarse fué su primer Secretario—; nombres todos que bien merecen que en la presente ocasión les dediquemos un piadoso recuerdo á los unos y una muestra de gratitud al Conde de Cedillo, á cuya iniciativa se debe el que nos hallemos reunidos en estos solemnes momentos..... á la circunstancia de ser yo el decano los fundadores de la Real Sociedad Geográfica, tan afin de la Excursionista, que más parece ser una rama, un retoño primaveral de aquélla, que una entidad distinta de la misma; á estas circunstancias, repito, de permanencia en filas (como dicen los militares), que no á otras, se debe el que tenga yo el honor de tomar parte en tan solemne acto y de intentar haceros el elogio del eximio don

José María Quadrado, presentándooslo como geógrafo eminente.

Lástima grande que estas circunstancias, de antigüedad y senectud, no hayan concurrido en algún otro que perteneciera á ambas Sociedades—Geográfica y Excursionista—, porque entonces sí que el valer y la ciencia de un Beltrán y Rózpide (por ejemplo), de un Pérez del Toro, de un Alvarez Sereix, de un Blázquez, de un Vera ó de cualquier otro compañero de la Geográfica, habría puesto de relieve lo mucho que sobre el nivel común sobresale, como geógrafo, el portentoso D. José María Quadrado, cosa que yo no podré realizar, cual la importancia del conmemorado y la solemnidad de este acto requieren, porque el natural desgaste que mis 80 inviernos han producido en mi ya desmedrado peculio geográfico, me hace temer que vuestras esperanzas y mis buenos deseos han de verse defraudados..... y ya comprobaréis en el curso de esta lectura que no trato de alardear de una modestia, tan frecuentemente usada, como recurso oratorio, en casos análogos al presente, sino del convencimiento de una triste realidad que agota mis ya debilitadas fuerzas físicas y mentales.

Pero, ante todo, permitidme que aproveche estos momentos de pasajera lucidez, y para que me sirva de apoyo á mis razonamientos en favor de las excepcionales condiciones que esmaltan

«cual prado, por Abril, de flores lleno»,

que dijo el poeta, la portentosa—así como suena—la portentosa labor que encumbra á la ya prominente figura de D. José María Quadrado, haciendo de él un insigne geógrafo, permitidme, repito, que en una frase y sin acudir á galas retóricas os precise el concepto que yo tengo formado de la Ciencia geográfica.

La Geografía es, para mí, la Ciencia de las Ciencias; porque veo que ella utiliza como poderosos auxiliares todas las Ciencias que constituyen el saber humano.

No vayáis á figuraros que con esto quiero dar á entender que la geográfica sea superior á las otras Ciencias..... á la teológica, por ejemplo. Nada de eso.

Pero del hecho de que la ancianidad preste auxilios al adolescente, con su experiencia; el maestro al discípulo, con sus lecciones; la caridad al necesitado, con sus recursos morales y materiales, y la religión al creyente, con sus sacramentos, no creo que haya nadie que pretenda deducir que el adolescente, el discípulo, el desvalido y el católico sean superiores al anciano y al maestro, ó iguales á la Virtud y á la Iglesia, y eso que cada entidad, en su respectiva esfera de acción, presta ayuda muy poderosa á todo el que la demanda.

Y ¿quién puede dudar que la Geografía, para presentarse en la plenitud de la grandeza, que sus tres inmensos conceptos de astronómica, física y política requieren, necesita utilizar las enseñanzas que ofrecen las Ciencias exactas, las físicas, las naturales, las sociales y las políticas? ¿Quién negará que la Geografía aprovecha, condensa y aplica los conocimientos de toda otra Ciencia, desde la teológica, que es la más sublime, hasta la política, que es la más bastardeada en los tiempos que corremos?

Hay que convencerse de ello; para que un hombre sea considerado como geógrafo eminente, no le bastan esas generalidades que pululan por Escuelas, Institutos y hasta Facultades; es necesario poseer sólidos conocimientos en Ciencias exactas, en Arqueología, en Geología, en Historia, en Bellas Artes, en Ciencias sociales, y ¿para qué molestaros más con difusas enumeraciones?, si de todo cuanto existe, si de todo cuanto vé y examina el geógrafo en la localidad que visita ó describe, de todo ha de ocuparse, sobre todo ha de razonar, de todo ha de sacar enseñanzas que aquilatar y difundir.

Y ahora bien; si esta opinión mía es exacta, apliquémosla al caso presente y veamos si D. José María Quadrado fué un geógrafo en toda la extensión de la palabra... y..... llegados á este punto, creo que con una sola frase

podía yo dar por cumplido el encargo que de la Real Sociedad Geográfica y de la Española de Excursiones recibí, pues con sólo deciros..... «Aguardad un momento; oid y juzgad lo que los ilustres é ilustrados panegiristas que han de seguirme en el uso de la palabra van á exponeros; apreciad la diversidad é importancia de los estudios científicos que abarcan los conocimientos que Quadrado poseyó y difundió, y decidme si el sabio balear no fué un geógrafo de cuerpo entero..... y después convendréis conmigo en que mi misión en este acto tiene, de hecho, que darse por terminada.

Pero algún curioso podría preguntarme.... ¿Y no le queda á V. nada por decir?..... ¿Es que no tiene la Geografía algo que, á más de lo exclusivamente científico, merezca consignarse como peculiar suyo y que también constituya un trabajo meritísimo del polígrafo Quadrado?

Ciertamente que sí. La parte geográfico-descriptiva: y de ella me ocuparía muy *in extenso*, si al hacerlo con el detalle que el asunto merece no me obligara á emplear un tiempo de que no dispongo para satisfacer vuestra natural expectación, y que nunca podré yo emplear, para deleite vuestro, como la respetable personalidad que en su resumen va á presentaros la erudición que Quadrado derrochaba; porque Quadrado fué tan hombre de ciencia, como galano expositor y correcto hablista. Os esbozaré la labor descriptiva del sabio Quadrado en un breve y conciso resumen—especie de índice sintético—que os revele lo que dió de sí aquel privilegiado ingenio, tan saturado de una cultura tan intensa como extensa y envidiable, y de ello vosotros mismos váis á ser los jueces imparciales que van á pronunciar su fallo.

La labor de Quadrado, que pudiéramos llamar esencialmente geográfica, está contenida en la obra *Recuerdos y Bellezas de España,* generalmente llamada «la obra de Parcerisa», nombre del editor, dibujante y autor de la feliz idea, que la concibió, y á la que contribuyeron á inmortalizar los Quadrado y los que como Quadrado vertie-

ron en ella los raudales de su ciencia; y no porque estemos llamados en este acto á encomiar la labor de Quadrado, hemos de dar al olvido los nombres de Piferrer, de Pí Margall y de tantos otros como contribuyeron á engrandecer la obra de Parcerisa, y porque, al mencionarlos, se eleva más el nombre de D. José María Quadrado, que á la edad de veinticuatro años, en el de 1844, publicó el tomo de *Aragón,* en el que revela ya, lo que podría dar de sí aquel joven que tanta gloria había de dar á España.

Asombran las descripciones que el tomo de *Aragón* nos ofrece; pues aun haciendo caso omiso de la Introducción, en que se ocupa del Río, Monarquía y Provincia, Topografía, Historia é instituciones aragonesas, describe en su primera parte no sólo la perspectiva de Fraga y su historia y monumentos, sino las de Sigena, Pomar, Monzón, Barbastro, Pertusa, Huesca, Canfranc, Jaca, Valles de Hecho y Ansó, Ayerbe, Loarre, Monasterios de Monte-Aragón, Santa Cruz de la Serós y San Juan de la Peña, y cuanto de todas estas localidades es posible conocer y describir. La segunda parte no cede, en notable y minuciosa reseña, á la primera, pues Zaragoza—con toda extensión—la Almunia, Tudela, Cinco Villas, Sos, Sádaba, Egea, Tauste, Borja, Tarazona, Monasterio de Veruela, Illueca y Bílbilis (patrias respectivamente del Papa Luna y del poeta Marcial), Monasterio de Piedra, Daroca, etc., etc., están descriptos con portentosa maestría; y por último, la tercera parte, que trata de Albarracín, Teruel, Alcañiz, Monasterio de Rueda, Mequinenza y Caspe, que superan, si cabe, en lujo de descripciones geográficas, en sus dos aspectos de física y política, es decir, histórica, á las anteriormente indicadas, hacen del tomo *Aragón* la más brillante apoteosis que á un escritor puede tributarse; pues, como he dicho y no me cansaré de repetir, el mozo José María Quadrado no contaba más de veinticuatro años cuando le escribió, y creo, señores, que tan precoz talento, instrucción tan vasta y lenguaje tan castizo bien pueden hacernos recordar el talento, la instrucción y correcta plu-

ma de aquel joven que tanto encomió á Quadrado y fué una gloria del último tercio del siglo XIX, y de otro joven que también le encomia, y que por tenerle hoy, felizmente, entre nosotros no necesito daros su nombre.

Sigue en orden cronológico, puesto que en el pie de imprenta del mismo consigna su tomo segundo el año de 1853, la descripción de Castilla la Nueva, en cuyos dos volúmenes, después de un notable esbozo histórico que sirve de introducción, se hace—dividido en cinco partes— el estudio de tan interesante región comenzando por Madrid, que á la gran extensión con que está tratada le siguen las descripciones de El Pardo, El Escorial, San Martín de Valdeiglesias, Guisando, con sus respectivos Monasterios y la Granja.

Después de lo referente al Monasterio del Paular, describe el Real de Manzanares, Torrelaguna, Patones, Talamanca y el Molar. Grande extensión dedica también á Alcalá de Henares, describiendo, con rara amenidad, la Ribera de Jarama y en la del Tajo, muy principalmente á Aranjuez.

En la segunda parte nos hallamos con un completísimo estudio de la gran Toledo, no sólo de sus monumentos é historia, sino también de toda la provincia, pues á más de Illescas, Almonacid, Mora y Consuegra, se interna en el distrito de la Jara, con sus poblaciones, castillos é historia, que con sólo deciros que estudia á Escalona, Maqueda, Guadamur, Polan, Montalbán, Cebolla y Malpica y que pone, como digno remate, las decripciones de Talavera y Puente del Arzobispo, excusa todo elogio.

La tercera parte, dedicada á la Mancha, nos presenta á Ocaña, al Priorato de San Juan, al Campo de Calatrava y á Almagro, sin pasar por alto las historias de los Golfines y de la Santa Hermandad; analiza las de Ciudad Real y Miguel-Turra.

La cuarta parte está dedicada á la Serranía de Cuenca, á los Títulos de Infantado, Priego, Cañete, Moya y Requena, y á las poblaciones de Utiel, Iniesta, Alarcos y San

Clemente, como asimismo á Cuenca, Huete, Uclés y Belmonte.

La quinta parte estudia la Alcarria, con sus poblaciones de Pastrana, Almonacid, Albalate y Zorita, y el desierto de Bolarque; avalorando extensas descripciones á Guadalajara, Brihuega, Monasterio de Sopetrán, Hita, Cogolludo, Cifuentes, Trillo, Molina, Atienza y Segontia.

Como véis, señores, no quedó rincón que no escudriñara y describiera el benemérito Quadrado en estos dos volúmenes de la obra de Parcerisa, dedicados á Castilla la Nueva.

Pues si analizamos el tomo que estudia *Asturias y León,* todavía es mayor nuestro asombro, como lo fué el mío cuando utilicé tan fértil manantial para mi libro *Excursión geográfico-pintoresca de Llanes á Covadonga.* Lleva de fecha este tomo la de 1855, y en él se describe todo cuanto de notar hay en el Principado, pues no sólo se ocupa de Pelayo, sino que describe á Covadonga, Corao, Abamia, Cangas de Onís y su próxima iglesia de Santa Cruz, la de San Pedro de Villanueva, la Basílica del Salvador, San Tirso, San Julián de Prados, Santa María de Naranco, San Miguel de Lino, y después de dedicar un profundo estudio al Concilio de Oviedo y á la instalación de la Corte en esta ciudad, á los no menos interesantes monumentos asturianos y á su especial arquitectura, describe la Catedral, enumera sus Obispos, analiza cuanto contienen las capillas de Santa Bárbara y Santa Eulalia, las parroquias San Vicente, Monjas de San Pelayo, Santa María de la Vega, los conventos de San Francisco y Santo Domingo y los varios Oratorios por la población diseminados.

Después de darnos cuenta del aspecto que la capital ofrece, visita la Universidad, el Ayuntamiento y el Castillo de Priorio, y saliendo por la provincia—donde estudia á Gijón, Avilés, haciendo la historia de las Casas de Valdecarzaná, Campo Sagrado y Ferreras, y detallando la iglesia de San Nicolás, la capilla de los Alas, San Fran-

cisco, la Merced y Santo Tomás de Sabugo—, visita después á Noreña, Pola de Siero, Santa María de Narzana, el Monasterio de Valdediós, San Juan de Amandi, Villaviciosa y las iglesias de Fuentes, Priesca, Rivadesella, Llanes, Bedon y Celorio, la arruinada iglesia de las monjas de Villamayor, Infiesto, el Santuario de la Cueva, San Bartolomé de Nava y Pola de Labiana.

Pasa después á Luarca, Navia, Castropol, hacia el Bierzo y á las riberas del Narcea, Cangas de Tineo, y Monasterios de Corias, Tineo, San Francisco, Obona, Salas y Cornellana, terminando con Pravia, Grado, Belmonte, Pola de Lena con su característica iglesia de Santa Cristina, Arvas y el Puerto de Pajares, no sin dedicar un concienzudo estudio al bable y un erudito apéndice á la fachada de Santa María de Naranco.

Comprendido en el mismo tomo viene el erudito estudio de la provincia de León, consignando en sus monumentos su historia; y el de la Catedral, torres, costados de la misma, arquitectos, naves, vidrieras, trascoro, coro, crucero, cimborio, altar mayor, capillas del trasaltar, claustro y escalera de la Sala Capitular y archivo. Sigue la Basílica de San Isidoro, el panteón de los Reyes, pinturas de sus bóvedas; San Marcos (matriz de la Orden de Santiago), su iglesia y claustro, la prisión de Quevedo y las parroquias de San Marcelo, San Salvador de Palaz del Rey, Santa Marina, Villapérez, San Martín y Santa María del Mercado. Estudia, asimismo, las parroquias de los Arrabales, San Lorenzo, San Pedro de los Huertos, San Salvador del Nido, Santa Ana, San Juan de Renueva; los varios Monasterios erigidos en los siglos x y xi, San Claudio, las murallas romanas y su ampliación en 1324, las puertas, calles y plazas, las Casas de Ayuntamiento y Capitulares, terminando con una notable disquisición acerca del nombre y blasones de la Ciudad.

Ya visitando las montañas de León, ya siguiendo las orillas del Esla, examina el Monasterio de Grandelas, el Priorato de San Miguel de Escalada, San Pedro de Eslon-

za, el Monasterio de Sandoval, el puente de Villamonte y Mansilla de las Mulas. El Monasterio de Sahagún atrae su atención y la iglesia de San Benito, la Basílica construída por Alfonso VI, la capilla de San Mauricio y las parroquias de San Tirso, San Lorenzo, Trinidad y Santiago; los conventos de San Francisco (casa natal de San Juan de Sahagún) y las villas de Cea y Grajal, Monasterio de San Pedro de Dueñas, y siguiendo la ribera del río Cea describe las poblaciones de Valderas y Valencia de Don Juan.

Pasa á Astorga, donde estudia su Catedral y parroquias, visita el país de los Maragatos y La Bañeza.

Se interna por la comarca «El Bierzo» y admira sus innumerables promontorios, visita el Monasterio de Espinareda en Villafranca del Bierzo, su Colegiata, iglesias demás monumentos, el Monasterio de Carracedo, etc., etc., el lago de Carucedo, las Médulas, alturas de Terradillo, San Pedro del Monte, el Santuario de Anguiano, y termina el examen de la región con el estudio de Ponferrada, el del Castillo y el de los Templarios, cuyo recuerdo evoca.

La descripción de las tres Provincias de Castilla la Vieja, cuyos nombres de Valladolid, Palencia y Zamora tantos recuerdos, gloriosos los unos, dolorosos los otros y muy castellanos todos, evocan, ocupa el tomo de la obra de Parcerisa que fué publicada en 1865, y en el cual nuestro eximio conmemorado vertió los raudales de su inspiración, de su ciencia y de su patriotismo. Quizá haya alguien que tache de exagerada, por lo minuciosa, la labor de Quadrado en este volumen de la *Castella vellegia;* pero los que en él traten de enterarse, de aprender, de comprobar lo que han sido y lo que son estas tres provincias de la Vieja Castilla, no sólo no encontrarán exageración en lo hecho por nuestro conmemorado, sino que experimentarán una honda satisfacción al encontrarse con que no puede decirse más de lo que en este volumen se contiene, no sólo en lo referente á la historia del Condado de Castilla, sino á la de cada una de las tres provincias; pues analiza á

Valladolid desde su origen hasta el siglo XIII, sus vestigios romanos, sus nombres, la edificación de Santa María de la Antigua, el recinto de la población, la dedicación de Santa María la Mayor, Alvar Fañez, Monasterios de San Julián y San Pelayo, Mercado, iglesia de San Martín y de San Nicolás, el Puente Mayor, y discurriendo hasta llegar á la descendencia de la primogénita de Pedro Ansúrez, en que ya se prepara allí la Corte de Castilla. Sigue desde el siglo XIII al XVI estudiando las fundaciones de San Francisco, San Pablo, los conventos de Santa Clara, San Quirce y San Benito, D. Alvaro de Luna, los conventos de Nuestra Señora del Prado, el de San Pablo y el de San Diego. Ya en el siglo XVI estudia los reinados de Carlos V y Felipe II; las iglesias de la Concepción y Bernardas de Belén; San Ignacio en el XVII, la Catedral, convento de Ingleses, colegio de Escoceses, Palacio Real, la iglesia de las Angustias, la Universidad, el Hospital de San Juan de Letrán y, por último, hasta el teatro de Calderón, levantado en nuestros días.

Recorre Simancas con su Castillo y Archivo, Arroyo de la Encomienda con su iglesia, el castillo de Fuensaldaña y Mucientes, Cigales, Cabezón y el Monasterio de Palazuelos. Sigue por Peñafiel, Curiel, Portillo y Olmedo, Medina del Campo con sus históricos castillos y muerte de Isabel la Católica, Sieteiglesias, Alaejos, Castro-Nuño, Tordesillas, Torrelobatón, Villalar, San Román de Hornija con sus recuerdos de Wamba, el Monasterio de la Espina, Ríoseco, Villalón, Mayorga, Ceinos y Aguilar de Campos.

En la provincia de Palencia, situándose en las Tierras de Campos y de Dueñas, recorre su territorio, estudiando á Palencia desde sus orígenes hasta su restauración por Sancho el Mayor, como asimismo en los siglos medios, con sus parroquias de San Julián, San Martín, San Esteban, Santa Ana y Santa María, y su fisonomía actual, monumentos, Catedral, cosas notables y los templos de San Miguel, Santa Marina, San Lázaro, convento de Santa Clara, San Pablo y sus capillas; no pasando por alto, sino

después de haberla dedicado un profundo estudio, á la notabilísima iglesia de San Juan de Baños, y una excelente disquisición sobre la población de Villamuriel.

En su excursión de Palencia á Astudillo dedica notables párrafos á Husillos, Santa Cruz de la Zarza, Amusco y á Santoyo, sin dejar olvidados los Campos de Tamara.

Más tarde se engolfa en el distrito de Carrizosa, donde Santiago, San Andrés, Santa María de Belén, convento de Santa Clara y la iglesia de San Zoilo le cautivan, como asimismo Benevivere, Villalcázar de Sirga, Frómista y los partidos de Saldaña, Cervera de Río Pisuerga y Aguilar de Campos.

El estudio de Zamora y su provincia completan la tercera parte de este volumen, en el que, después de luminosa disquisición sobre su nombre é historia, avalorada con notables versos del Romancero, describe sus monumentos, murallas, puente, veletas, puertas, Catedral, capillas, Custodia y claustro, como asimismo las parroquias de San Pedro, Santa María, Santa Magdalena, San Isidoro, San Juan, San Bartolomé, San Antolín, San Esteban, San Andrés, San Cipriano, Santa Lucía, San Leonardo, Santa María de Horta, Santo Tomé, Santiago, San Salvador, San Torcuato y Trinidad, y las de los arrabales Santi Spiritus, Cabañales, San Frontis y San Claudio, y los conventos de religiosos ya desaparecidos y los de monjes hoy existentes.

Estudia Toro con toda la extensión que su notable Colegiata é iglesias merecen, completando todo con una ojeada que dedica á Benavente, Morales, Pinilla, Vez de Marbán, Belber de los Montes y á todos los pueblos del distrito.

Otro volumen, en el que Quadrado estudia á Salamanca, Avila y Segovia, y que fué publicado en 1865, merece nuestro examen. Da comienzo con Salamanca, cuya historia y descripción de la ciudad, sus Catedrales y capillas, sus parroquias y Universidad, sus calles, caseríos y hospitales es perfecta. Tratar de conocer á Ledesma, Ciudad

Rodrigo, La Peña de Francia, la Alberca, las Batuecas, Béjar ó Alba de Tormes, tanto en su parte histórica como monumental y geográfica sin acudir al texto de Quadrado, sería una quimera.

Pues ¿y Avila? Permitidme, Señor, que recuerde, sin que se tome á inmodestia, que hoy hay muy pocas personas que hayan tenido que consultar tantos archivos, obras y documentos como yo, por mi cargo de Cronista de aquella ciudad, he tenido que hacerlo.

Pues bien; ha habido momentos en que creí haber descubierto algo ignorado ó por lo menos poco conocido..... y ¡oh decepción!, he acudido á Quadrado, y he visto que el plato que yo intentaba servir al público como nuevo y fresco era un trasnochado fiambre. Así es que ni en su historia civil ni eclesiástica, ni en su Catedral, ni en su templo de San Vicente, ni en sus parroquias, ni en sus conventos, ni en sus murallas, ni en sus casas fuertes y llanas, ni en sus arrabales, ni en la Serranía, ni en Piedrahita, ni en Arévalo, ni en Madrigal, y sobre todo en nada de cuanto pueda hacer referencia á la insigne Doctora abulense, puede encontrarse nada que no haya sido descripto, contado y detallado por el insigne balear.

Otro tanto hay que convenir si se trata de Segovia, porque su Acueducto, sus memorias antiguas, su repoblación, sus parroquias, su Alcázar, su muralla y casas fuertes, su historia desde el siglo XIII al XVI, su Catedral antigua—destruída en tiempo de las Comunidades—, su Catedral actual, sus conventos y santuarios y, en general, cuanto hace referencia á Segovia, Sepúlveda, Riaza, Santa María de Nieva y Cuéllar, todo está tratado con un lujo de detalles que no puede menos de dejar satisfecho al más descontentadizo.

El último tomo del «Parcerisa» que me propongo examinar es el voluminoso que se refiere á Baleares, reeditado en 1888, y en el cual el trabajo de Piferrer fué maravillosamente adicionado por nuestro balear.

La obra de Quadrado comienza en el capítulo IV, con-

la historia de Mallorca incorporada á la Corona de Aragón, y alcanza hasta el fin de la guerra de Sucesión.

En los apéndices se contienen los documentos allegados por Quadrado á la obra de Piferrer, como asimismo las adiciones y luminosas notas aducidas por nuestro conmemorado, de las cuales la cuarta parte, que se refiere á Menorca é Ibiza de cuyos antecedentes históricos, puesto que —á continuación de la Topografía de Menorca—hace el estudio desde sus primitivos pobladores y monumentos; Cartagineses, Romanos, el Obispo Severo, el vasallaje de Jaime I, conquista de Alonso III, Reyes de Mallorca y Aragón, alzamiento de Cataluña contra D. Juan II; Mahón y Ciudadela presas de los turcos, dominación británica y francesa y recuperación por España de la isla.

Más adelante estudia Ciudadela, sus monumentos y alrededores, Ferrerías, castillo de Santa Agueda, Mercadal, el Toro (que más que castillo es vigilante atalaya) y Fornells.

Prosigue con Alayor, la fortaleza y antigüedades de Mahón y se traslada á Ibiza, examinando su puerto, arrabales, murallas, iglesias, castillos y alrededores, y terminando el volumen con la descripción de los pueblos foráneos de Ibiza, Nuestra Señora de Jesús, Santa Eulalia, San Juan Bautista, San Miguel, San Antonio, San José y las Salinas, al que ponen digno remate la descripción de la isla Formentera y los más luminosos apéndices.

Hasta aquí el breve y conciso resumen que, á manera de índice sintético, ofrecí presentar á vuestra consideración, y que de seguro os ha puesto de relieve lo que dió de sí el privilegiado ingenio de Quadrado y la cultura tan intensa como extensa que á la edad de veinticuatro años dió ya muestras de poseer.

Si es cierto que todas las ciencias que constituyen el saber humano son el auxiliar poderoso de la geográfica, no cabe duda de que el hombre que las poseía y aplicaba era un geógrafo eminente en toda la extensión de la palabra.

La lectura y estudio de la obra de Parcerisa que acabo de realizar, ha reproducido en mí el efecto extraordinario que antiguamente me causara. No vuelvo de mi asombro al considerar las inmensas riquezas artísticas de todo orden que España atesora y están diseminadas por todos los ámbitos del Reino, desde las más opulentas capitales á los más recónditos villorrios y yermos despoblados....., desde León á Santa María de Naranco, desde Salamanca á San Miguel de Lino, desde Segovia á San Salvador de Valdediós, desde Sevilla á San Román de Hornija, desde Toledo á San Juan de Baños..... ¿Es que hay muchas naciones que atesoren tanta riqueza? ¿Es que hay alguna otra nación que, para describirla, cuente con un geógrafo tan docto y concienzudo como la nuestra? ¿Es que ha habido por esos mundos de Dios otro D. José María Quadrado?

¡Bien puede V. M. sentirse orgulloso de contar entre los más eximios escritores que han inmortalizado el habla de Cervantes á ese balear insigne..... á esa honra de España!

He dicho.

Quadrado, historiador de alto vuelo.

por el

Ilmo. Sr. Marqués de Lozoya.

SEÑOR:

Suelo yo imaginarme á este gran menorquín D. José María Quadrado, cuyo Centenario celebramos en este día los excursionistas españoles, como un andante caballero, alta y generosamente enamorado de nuestra España. Sólo este gran amor, que se inició en el fuego de la adolescencia y que permaneció sólo y señero hasta el fin de su dilatada y provechosa vida, pudo darle alientos para rehacer la historia de diversas ciudades y provincias españolas con aquel entusiasmo fervoroso y aquella minuciosa diligencia que otros, de menos levantado espíritu, guardan solamente para su recinto natal. Por eso, aunque su labor como cronista y archivero del antiguo Reino de Mallorca es más sazonada é intensa, yo le admiro más y me complazco en considerarle cuando reconstituye cuidadosamente la historia de las provincias cuyos monumentos luego describía en *Recuerdos y Bellezas de España,* esa obra de juventud y de entusiasmo, la más útil y admirable del Romanticismo español; cuando llegado en sus peregrinaciones á alguna vieja ciudad de Aragón, de Asturias, de León ó de las Castillas, penetra en los Archivos de las Catedrales ó de los Ayuntamientos, examina detenidamente tumbos y cartularios, fueros, privilegios, car-

tas pueblas y albalaes, y contrasta luego con su lectura las obras de los cronistas locales y generales, las corrige, rectifica y aumenta y saca en limpio, maravillosamente compendiada en un lenguaje viril y ameno, la historia de un pedazo del suelo de España. «Quadrado, dice Menéndez Pelayo, ha sido el verdadero reformador de nuestra historia local, el que la ha hecho entrar en los procedimientos críticos modernos y quien, al mismo tiempo, ha traído á ella el calor y la animación del relato poético; el arte de condensar y agrupar los hechos y de poner de realce las figuras, el poder de adivinación que da á cada época su propio color y levanta á los muertos del sepulcro para que vuelvan á dar testimonio de sus hechos ante los vivos».

Realizó el gran excursionista íntegramente esta labor en diez y siete provincias, las tres del Reino de Aragón, el Principado de Asturias, las del Reino de León, del de Castilla la Vieja, Avila y Segovia y todas las de la Nueva Castilla; además le corresponde la mayor y mejor parte (á partir del capítulo IV) del copioso volumen dedicado á las Baleares en la obra «España: sus monumentos y artes; su naturaleza é historia», segunda edición de «Recuerdos y Bellezas de España».

D. José María Quadrado inicia la serie de esta obra con el tomo de Aragón, publicado en 1844 (¡cuán sabrosas las páginas con que comienza la historia del antiguo Reino!; páginas de juventud, escritas cuando el autor contaba veinticinco años), y continúa trabajando en ella durante muchos lustros. Tenía para ello la suficiente preparación cultural, pues manejaba con rara agilidad las obras de los autores clásicos que dan alguna noticia sobre nuestra patria, las de los cronistas de la Edad Media, las de los historiógrafos del Renacimiento, y sabía hasta las más raras ediciones de los historiadores locales. Era además excelente paleógrafo y buen epigrafista, y sus conocimientos en arqueología le ponían en condiciones de utilizar á cada paso esta preciada fuente de la Historia.

En ésta, como en todas las partes de su obra, Quadrado se anticipó á su tiempo. No solamente por su afición á los documentos, con los cuales, detenidamente analizados y comentados, labraba sólidos cimientos para sus construcciones, en las que solía prescindir de las grandes síntesis históricas tan á la moda en su siglo, sino también por lo profundo y sutil de su crítica, que aun hoy puede ser casi siempre aceptada y aplaudida. Ejemplo claro de esto es su proceder con las leyendas de que están plagadas las crónicas que había de consultar y con las que recogía frecuentemente en la boca misma del pueblo; el andante historiador las examina siempre, pero no para aceptarlas á pies juntillas, como solían hacer los cronistas de los siglos XVI y XVII, ni para arrojarlas con un gesto desdeñoso, como era uso y costumbre en sus contemporáneos, sino para buscar en ellas el adarme de verdad que á veces contienen ó por lo menos para estimarlas como representaciones vivas de un estado social ó como destello del pensamiento ó del sentir de un pueblo. De este modo procede con el trágico suceso de la campana de Huesca, con las peripecias del sitio de Zamora, con las de los bandos de Salamanca y con tantas otras. Así, por ejemplo, después de refutar luminosamente la leyenda de la crianza de Alfonso VII en Avila, con todas sus derivadas, deduce de sus episodios el hecho de la implacable inquina de los catellanos hacia el Rey de Aragón, á quien tratan de hacer odioso. Aun aquellas leyendas cuyo origen manifiesto está en los romances caballerescos ó en las lucubraciones de los genealogistas, como las referentes á los Caballeros de Avila que cebaban sus gavilanes en Ronda, en Trujillo y en Alarcos, aquel famoso Nalvillos y Blasco Jimeno, y Zurraquín, de quien reza el cantar:

Cantan de Oliveros, e cantan de Roldán,
E non de Zurraquín, ca fué buen barragán.

son por él recogidas y consignadas para aun desmentidas

aprovecharse de ellas, para dar á la relación su romántico encanto.

Util sería revisar el trabajo de Quadrado en cada una de las provincias que historiara; pero nos falta para ello tiempo, espacio y cultura. Intentaremos hacerlo tan sólo y brevísimamente en la provincia de Segovia, que nos es particularmente querida y conocida. El primero de los capítulos que dedica á esta provincia titúlase «Acueducto, memorias antiguas de la capital», y en él se refutan las innumerables leyendas prendidas, como yedra invisible, á las gentiles arquerias del monumento clarísimo y consignadas en la Crónica del Arzobispo D. Rodrigo, en el falso Cronicón atribuído á los Obispos de Orense, Fernando y Pedro Seguino, en las relaciones de los viajeros, y aun en la misma celebrada Historia del cronista Colmenares. En cuanto á la historia antigua de la ciudad, Quadrado sigue al erudito Somorrostro, el cual á su vez resume los textos de Estrabón, Tito Livio, Floro, Plinio, Ptolomeo y Antonino, juntamente con las opiniones de los modernos cronistas; sin embargo, nuestro historiador añade por su cuenta juicios y comentarios. Llegado á los primeros años de cristiandad, niega la existencia del episcopado de San Jeroteo, invención del falso Cronicón de Dextro, fervorosamente defendida durante los últimos siglos por multitud de escritores y atacada de modo magistral por el sabio Marqués de Mondéjar. En cuanto á la dominación visigoda, recoge los nombres de Obispos segovianos asistentes á los Concilios de Toledo, de la obra incomparable del P. Flórez.

De aquí en adelante ocúpase Quadrado en desmenuzar las leyendas con que se ha querido substituir la escasez de documentos de la época de la conquista y dominación de la ciudad por los árabes, como también las prematuras reconquistas de Froila I y del Conde Fernán González. En el capítulo II (Repoblación de Segovia, parroquias), contando ya con bases más seguras, va exponiendo la historia de la repoblación de la ciudad por Alfonso VI y los

primeros accidentes de su vida municipal y eclesiástica.

Por cierto que en esta parte la misma calidad de su crítica, depurada y descontentadiza, le induce al error de poner en duda la intervención de los segovianos en la conquista de Madrid; hecho que, si bien desfigurado por Colmenares con una falsa fecha y con legendarios pormenores, está apoyado por la tradición constante y firme, por la verosimilitud de que tropas de la recién poblada Segovia tomasen parte en las conquistas de al otro lado de la sierra y por la extensión de las posesiones que en territorio de Madrid poseían los segovianos, amén de otras convincentes razones alegadas por el sabio y venerable cronista de la ciudad D. Carlos de Lecea en su interesante artículo sobre «La Conquista de Madrid» (1). De aquí adelante se apoya más y más nuestro historiador en la obra de Colmenares, si bien no sin compulsar de nuevo los mismos documentos de que se valiera el cura de San Juan, haciendo sobre ellos importantes rectificaciones, y utiliza además, como fuente preciadísima y aún no aprovechada hasta él, la arqueología de las numerosas parroquias románicas que permanecen en la ciudad. En los restantes capítulos, dedicados á Segovia, la arqueología se mezcla con la historia, completándose mutuamente, y aparece más clara la labor personal de Quadrado; el cual, casi desembarazado del apoyo de los cronistas locales, funda su discurso en el examen científico de los monumentos y en las piezas documentales descubiertas por él en los Archivos de la Catedral y del Ayuntamiento. La misma acertada composición de arqueología é historia aparece en los capítulos dedicados al resto de la provincia, cuyas villas, casti-

---

(1) Pecó en cambio Quadrado de excesiva credulidad al admitir sin reservas la noticia del asesinato de Alvar Fáñez por los segovianos, noticia harto dudosa y aun inverosímil, como probó el insigne D. Carlos de Lecea en su erudita vindicación histórica titulada «Alvar Fáñez».

llos, iglesias y santuarios describe y comenta, sazonando la aridez científica con las amenidades de su noble estilo, templadamente impregnado de romanticismo.

Y esta misma labor (en otros sitios aún más detenida y aquilatada) se repite en casi una veintena de provincias, poniendo en todas ellas, no sólo su erudición inagotable y su alto espíritu crítico para hacer un resumen de todo lo anteriormente escrito, sino una parte interesantísima de propia investigación en los archivos y en los monumentos; mediante ella le es dado reseñar la historia de villas y lugares, para muchos de los cuales su obra constituye la primera y única fuente de estudio, y fuente, por cierto, mucho más aprovechada que confesada, en detrimento del legítimo renombre de nuestro autor preclaro.

Hemos de considerar ahora á D. José María Quadrado desde un aspecto completamente distinto al anterior. Hasta aquí le hemos visto resumiendo la historia local de un gran número de provincias españolas; labor excesivamente rápida y extensa, como llevada á cabo en una larga peregrinación por países muy apartados y distintos del suyo, á los cuales le ligaba solamente su gran amor á España. Vamos á contemplarle como historiador de la propia región natal, del solar y del territorio que incitan suavemente á los investigadores al estudio, paciente y amoroso de sus glorias, que son casi como glorias familiares; labor intensa, de muchos años de reposado y silencioso trabajo en el Archivo del antiguo Reino de Mallorca.

Y la obra más importante de este grupo es, sin duda, «Forenses y Ciudadanos». Historia de las disensiones civiles de Mallorca en el siglo XV, cuya primera edición se publicó en Palma de Mallorca en 1847, edición lanzada tímidamente al mercado por un mozo no muy sobrado de recursos y cuyo éxito desconcertó al mismo autor; aquellos 300 ejemplares fueron pronto «buscados, disputados, adquiridos á toda costa y por cualquier vía». A pesar de este éxito clamoroso, el modesto historiador demoró casi medio siglo la reimpresión de su obra, por las causas que

él mismo nos indica en el prólogo de la segunda edición, que salió á luz en Palma el año de 1895. «Creí encontrar en la historia de Mallorca otros dos turbulentos períodos, otros dos grandes movimientos sociales, anterior el uno contra los judíos del Call y posterior el otro, de la Germanía á la insurrección de los Payeses, y poder presentarlos en dramático grupo estudiado con amor, tal que destacase sobre el fondo indeciso de los anales corrientes y de los sucesos ordinarios de una localidad, reducida á manera de importante trilogía de que sacar á la vez palpitantes escenas y fecundísimas lecciones». No pudo Quadrado encontrar materia suficiente para sus dos cuadros suplementarios y reeditó su obra tal cual la había concebido en su juventud, prueba evidente de su bondad nativa; pero las líneas que anteceden nos dan idea de su afán por hacer historia social, cuya utilidad apenas se vislumbraba en su tiempo y se impone en el nuestro de un modo absorbente.

Historia social y de lo más completo, concienzudo y minucioso que en España se ha hecho, es desde el principio hasta el fin «Forenses y Ciudadanos». Más que en describir hechos de armas, embajadas, sitios y ejecuciones, Quadrado se complace en determinar el estado social de la isla de Mallorca desde la reconquista hasta el siglo xv, estudiando los fenómenos de la carencia de feudalismo, de la preponderancia de la clase media ciudadana y mercantil, y narrando cómo la ciudad absorbía lentamente lo principal de las villas, en donde quedaban sólo trabajadores del campo; cómo poco á poco la ciudad de Palma iba adquiriendo mayor nobleza y esplendor, lo cual contribuía á estimular un odio que fué primeramente rencor de las villas á la ciudad dominadora, pero á medida que los ciudadanos, para emplear sus capitales, iban adquiriendo los predios campesinos y convirtiéndose en dueños de casi toda la isla, se convertía en verdadero odio de clases, odio que estalló al fin en la lucha que duró desde 1450 hasta 1462 con diversas vicisitudes, reseñadas

por nuestro historiador con una detención casi excesiva y con una imparcialidad glacial, que no por ser anunciada desde la Introducción misma de la obra deja de sorprendernos en una época tan ingenuamente apasionada. Siguen á las hermosas páginas del libro un copioso aparato documental y los apéndices suficientes para poner de manifiesto toda la recia trama de la monografía, una de las mejor pensadas y escritas de cuantos han tenido el fin de ilustrar algún punto de la Historia patria.

Obra importante, escrita también en su juventud, es «La Conquista de Mallorca», en la cual resume y comenta la crónica de D. Jaime con la de los historiadores Marsilio y Desclot, agregándoles interesante documentación. No faltan algunas breves é interesantes páginas históricas en el tercer tomo de los «Ensayos religiosos, políticos y literarios», tales como los que dedica á reseñar la historia episcopal de Ciudadela, su patria. En los últimos años de su vida publicó el volumen de los «Privilegios y franquicias de Mallorca», producto de su labor de muchos años como Archivero del antiguo Reino, y en el cual hizo gala de sus vastos conocimientos en Paleografía y Diplomática.

No queremos dejar de mencionar en este breve resumen la «Biografía de D. Santiago de Masarnau», terminada en 1881 y publicada en 1905 á expensas de un noble prócer de estirpe segoviana, amigo del biografiado y del historiador, que en su palacio solía posar durante sus estancias en la ciudad del Acueducto. Valiéndose del numeroso epistolario de Masarnau y de innumerables cuadernos y documentos de toda especie que para este fin le fueron entregados, Quadrado logra formar un verdadero estudio psicológico de aquel muchacho romántico, músico de altos vuelos, amigo íntimo de Rossini y ornato de los Círculos artísticos de París y Londres, y nos expone la evolución que hizo de él, el austero, casi ascético implantador de las Conferencias de San Vicente en España. El estilo de esta obra, escrita en la vejez, es tan pulido y

limpio como el de todas las demás y aparece lleno de serenidad y elevación.

Todos los escritos de D. José María Quadrado están penetrados de un intenso poder cordial; su lectura no puede menos de sugerir en los mozos de nuestro tiempo aquel entusiasmo por las glorias y las bellezas de España que movió á los de 1840 á recorrer, prestos siempre la pluma y el lápiz, las diversas regiones españolas luchando con dificultades capaces de espantar á corazones no tan encendidos en altos ideales. Es preciso que, siguiendo las huellas de aquellos muchachos, recorramos los de hoy los caminos de Castilla y de Aragón, de Galicia y de las Andalucías, recogiendo en las villas dormidas, en los castillos y monasterios solitarios, en los lugares abandonados las reliquias de la grandeza de los pasados, iluminando la Historia con la luz de los archivos desconocidos, notando las tradiciones, las costumbres, los sentimientos populares, aprendiendo, sobre todo, á conocer mejor y á amar aún más á nuestra noble España.

He dicho.

Quadrado, excursionista.

por el

Excmo. Sr. D. Joaquín de Ciria.

SEÑOR:

Ese es el tema que se me ha señalado, y aunque la palabra excursionista no figura en nuestro Diccionario, es tan corriente, tan usual y tanto la emplea nuestra Sociedad, que definiré lo que es un excursionista, tal y como yo lo entiendo.

¿Qué clase de condiciones, qué cualidades, qué circunstancias especiales necesita tener una persona para poder decir de ella que es un verdadero excursionista? A mi juicio, necesita condiciones físicas de salud, actividad, gran resistencia y muchas energías; pero necesita, sobre todo, condiciones morales poco comunes. El excursionista debe tener fortaleza de espíritu, debe saber sentir sus impresiones; pero sentirlas con amor, con cariño. El excursionista debe saber leer el sentido oculto bajo los caracteres de la naturaleza y de los monumentos; debe tener serenidad en el estudio de lápidas, urnas, sepulturas, etc., que á su vista se presenten; debe saber discernir allá en lo más íntimo de su alma lo grande y lo hermoso que á sus ojos se ponga de manifiesto al admirar un espléndido monumento ó bien al extasiarse en la contemplación de los infinitos panoramas que constantemente pone á su vista la naturaleza en los diversos paisajes que encuentra en su camino. Además, necesita conocer la Metodología, ó sea

el arte de dirigir el entendimiento humano en la investigación de la verdad, pues sin ceñir sus excursiones á un plan de antemano meditado no tendrá resultado práctico. Es también condición indispensable llevar en su cerebro el mapa, y bien estudiada la historia del país que piense recorrer, para comparar lo dicho por otros con lo que él vea por sus propios ojos, y rectificar errores si los hubiere. Así, y provisto de cuadernos para anotar sus impresiones, procurará meterse por todas partes, averiguar, indagar cuanto pudiere y oir las leyendas que le contasen, por inverosímiles y sobrenaturales que sean, y tendrá especial tacto para no manifestar sus dudas (aunque fuesen justificadas) á aquellos que de buena voluntad le refieran lo que oyeron á sus mayores, y por último, cuando en las noches del invierno la nieve caiga blandamente y extienda su blanca alfombra en el camino, no se desdeñará en sentarse en el hogar de ventas, posadas y pobres viviendas, y departiendo afablemente con los naturales obtener de ellos cuantos datos y detalles puedan convenir á sus trabajos é investigaciones; en una palabra, procurará por todos los medios hacerse amigos, pues de otra manera el resultado sería contrario á sus propósitos.

El excursionista debe ser amante del arte en todas sus manifestaciones.

Concretándonos á nuestra Península, diré que el excursionista debe tener grandes conocimientos de la Historia, pues en España el Arte y la Historia van tan íntimamente unidos que no se puede hablar de la Historia sin hablar del Arte, y no se puede hablar del Arte sin recordar la Historia. No hay un monumento en nuestra España, uno solo, que no nos recuerde un hecho glorioso de nuestra Historia.

Yo llevo realizadas por la Península más de cien excursiones é ignoro, señores, lo que á otro le sucederá cuando en ellas se ponga ante su vista un hecho de importancia histórica, una ruina que recuerde algo grande, uno de esos monumentos que tanto abundan en nuestra

patria y que son verdaderos pregoneros de las glorias, de que está llena la historia de España..... Lo que me sucede á mí, excursionista de corazón y convencido, voy á decirlo.

Cuando en mis excursiones voy afanoso cruzando montañas y valles, pasando ríos y lagos, estudiando en las concavidades ó en las prominencias cuanto pueda ser útil á la Geografía, á la Historia y á la Arqueología, realizando de este modo mi propósito de mostrar á mis conciudadanos aquellos sitios de la Península poco frecuentados, por lo penoso que resulta viajar por ellos; cuando buscando leyendas é indagando la historia me encuentro frente á uno de esos monumentos, que son gloria del genio y orgullo del arte en la época en que se levantaron, y veo por sus líneas arquitectónicas cuál fué el arranque de esas razas que nos precedieron, siente mi alma verdadera pena, porque no se explica esa apatía, ese desaliento de hoy...

Allí, ante esas maravillosas creaciones, que de luengas tierras vienen gentes á contemplar absortas, parece que se apartan de mis ojos las miserias de la vida, y esas piedras que los siglos maltratan y ennegrecen, tengo el valor de confesarlo noblemente, á mí, parece que me dan consuelo y hasta que me ensanchan el espíritu al recordar lo que fuimos.....

La impresión que se experimenta en la contemplación de un espléndido monumento, no puede ser más grande en los que más ó menos somos aficionados y aun sentimos el arte y somos amantes de la Geografía, de la Historia y de la Arqueología. La sensación que produce en nuestro ánimo es grandísima, y como es tan tenaz y tan por completo nos subyuga, más que un movimiento de nuestro espíritu se asemeja á un conjunto de fenómenos anímicos. La realidad desaparece por la sucesiva serie de pensamientos que, como soberanos absolutos, embargan por completo nuestra inteligencia; lo primordial, lo que importa es que á toda costa nos apoderemos de lo que representan,

es decir, de la idea, y una vez posesionados de ella procurar por todos los medios que estén á nuestro alcance arrancar á los fríos mármoles, á las duras piedras, ennegrecidas por la pátina de los siglos, todo lo que amaron, todo lo que creyeron, todo lo que pensaron, todo lo que sintieron esas generaciones que nos han precedido en la continuidad de los siglos y que con sus nombres preclaros nos han legado sus hechos y sus obras gloriosas.....

Después de esta confesión que os he hecho para llevar á vuestro ánimo el convencimiento que yo tengo de lo que es un excursionista, os diré que al realizar mis excursiones encontré muchas más facilidades que Quadrado, porque en la época en que él realizó las suyas no se conocían los adelantos de hoy.

Hoy, la rauda locomotora, símbolo del progreso y emblema de la civilización, el vapor, la electricidad y los demás adelantos modernos, nos hacen dueños del tiempo, acortan las distancias y multiplican nuestras fuerzas hasta el asombro.

Hoy, sentados en tallada silla del elegante coche-comedor de nuestros trenes rápidos, ante adornada mesa, pisando sobre mullida alfombra, alumbrados por potentes focos eléctricos ó cómodamente acostados en litera del coche-cama, arrastrados por potentes máquinas «Compung», nos trasladamos con vertiginosa velocidad de un punto á otro, y al llegar al término de nuestro viaje estamos descansados, frescos y dispuestos á trabajar auxiliados de una buena máquina fotográfica..... Quadrado no viajó así; por eso la labor de Quadrado es infinitamente más meritoria.

Quadrado empezó sus viajes siendo casi un mozalbete, hacia el año 35 del siglo pasado, y ya sabéis cómo eran las comunicaciones entonces, pues no ignoráis que el primer ferrocarril de España fué el de Barcelona á Mataró, que se inauguró el 28 de Octubre de 1848 (1).

(1) Este ferrocarril ocupa el décimo lugar entre los que le precedieron en Europa.

Quadrado usó en sus viajes el carromato, la galera, la caballería menor, en contados casos la entonces elegante diligencia, y no pocas veces el higiénico coche de San Francisco. Y en estos incómodos vehículos (algunos de los cuales me son conocidos por haberlos empleado en mis excursiones), al llegar á mediana posada, mísero figón ó destartalada venta, con los huesos medio quebrantados, no encontraba el aseado cuarto de baño de nuestras fondas-palacios de hoy, y al pedir algo de comer con que reparar sus fuerzas, no le presentaban policromada lista detallando los suculentos platos de la cocina moderna; no. Allí á lo sumo encontraba, como encontré yo, huevos que freir en verdoso aceite, y la mayoría de las veces sólo se disponía de las socorridas sopas de ajo confeccionadas con una amarillenta grasa que en pueblos de Castilla y León llaman unto y que sólo resisten los estómagos á ella acostumbrados. Y no creáis que son fantásticas exageraciones mías; no. Y os diré una cosa que muchos no sabéis: á Quadrado en aquel tiempo y en aquellas posadas le cobraban además el ruido.

Cincuenta y cinco años después que Quadrado, recorrí los mismos lugares en que él estuvo en las provincias de León y Zamora sobre todo, pasando en algunas de mis excursiones las mismas penalidades que pasó él, y al realizar por Maragatería y la región Sanabresa algunos viajes inverosímiles, pasando todo género de privaciones por entre aquellas escarpadas montañas, que á él como á mí, eso sí, nos hablaron al alma al presentarse á nuestros ojos con toda su esplendorosa magnificencia, nadie como yo pudo apreciar, al recordar á Quadrado, cuál fué su labor colosal.

En aquellos viajes se manifestó toda la fuerza de voluntad que tenía aquella alma grande, y que necesitó poner á prueba para no arredrarse ante el cúmulo de dificultades, las infinitas privaciones y el sinnúmero de molestias que se impuso aquel hombre, cuyos arrestos fueron tales, que nos legó esa serie de trabajos que todos hemos con-

sultado y hemos acudido á sus libros como á fuente beneficiosa en que encontramos datos y detalles preciosísimos. Y Quadrado no llevó máquina fotográfica que hubiese facilitado su labor, y sus notas las tomó sobre desvencijada mesa, la mayoría de las veces á la pestilente luz de un candil ó vela de sebo.

Y asombráos. Ese hombre de tanta cultura, de tan vigoroso esfuerzo intelectual, de voluntad de acero para el trabajo, que recorrió diez y siete provincias y publicó sus impresiones, siendo lo mejor que sobre ese particular se ha escrito..... es muy poco conocido. En un Diccionario enciclopédico he leído que Quadrado había nacido en Palma de Mallorca.....

En cambio, como dice el Sr. Menéndez y Pelayo, ha sido verdaderamente saqueado por escritores poco escrupulosos, y algunos que copiaron de Quadrado escriben: «como dice Parcerisa», «según la respetable opinión de Parcerisa».....; siendo, sí, que Parcerisa ni dijo nada, ni escribió nada en letras de molde, ni fué más que un excelente dibujante.

Al abrir el tomo de «Recuerdos y Bellezas de España» referente al Reino de Aragón, adquiere el lector el convencimiento de que Quadrado es un verdadero excursionista, y para ello no ha de leer más que la introducción; no hay que pasar adelante.

Vuelve á usar de ese arte de dirigir el entendimiento en la investigación de la verdad, y colocándose en los Pirineos entra por Jaca en Aragón. Sigue el curso del río de este nombre, que va al Ebro después de unírsele multitud de afluentes.

En tres partes divide la introducción del tomo de Aragón: topográfica, histórica y político-social. Hecha esta división va razonando el por qué de cada una, y en todas se vé al excursionista metódico que hizo ese estudio colosal de que nos aprovechamos los demás.

Entrando en Aragón por Jaca pone de manifiesto lo que el artista trabaja en las excursiones; pero hace ver

también lo que goza, lo que siente el alma al admirar lo mismo los monumentos que la esplendidez de la naturaleza.

Estudia la historia peculiar de Aragón desde la época céltica y hace un acabado trabajo de las instituciones políticas. Es decir, que lo vemos con las condiciones que antes dije eran propias del excursionista.

Lleva el mapa en la cabeza y estudia la historia del país, y con estos elementos por base va y viene, sube y baja, indaga, registra y todo le es fácil, por la sólida cimentación que lleva consigo.

Emprende su excursión y visita á Fraga, sigue á Sigena, continúa á Pomar, Monzón, Barbastro, Condado de Ribagorza, Graus, Benasque, Sobrarbe, Boltaña y Huesca. De todas estas localidades hace un detenido estudio, hablando de sus orígenes, de sus monumentos, cómo y por qué se levantaron, de sus privilegios, de sus costumbres, calles y caserío, y no deja de mencionar todo cuanto á su juicio debe de estudiarse, citando hasta las más pequeñas ermitas que encuentra á su paso.

Hace un perfecto, un acabado estudio de todo cuanto pueda interesar, y no se escapa á su clara penetración el más insignificante de los detalles.

No hablo de la labor de Quadrado en las provincias de Oviedo, Palencia, Valladolid, etc., por no disponer de tiempo, y sólo diré que en todas fué igual y en todas puso de relieve sus excepcionales condiciones.

Quadrado en la provincia de Zamora trazó su plan, empleó su método, y colocado cerca de la frontera portuguesa avanzó hacia el Este.

Como él estuve en San Martín de Castañeda para leer la lápida que allí existe, diciendo que reinando Ordoño el año 990 vino de Córdoba, musulmana aún, el abad Juan para edificar la actual iglesia románica, levantada sobre las ruinas del templo antiguamente dedicado á San Martín, lo que demuestra que debió haber allí una iglesia visigoda.

Hace ver la importancia de aquella comarca en la época visigoda y visita dos de sus pueblos, que conservan sus nombres evidentemente godos: Ungilde y Hermisende, que yo visité también.

Siguiendo siempre su método sujeto á un plan bien meditado recorrió la célebre comarca llamada la Cueva, tan encomiada por el P. Flórez en su España Sagrada; visitó las lagunas, y después de admirar el hermoso lago de Sanabria se detuvo en Puebla. Emprende la marcha hacia el Este, pero llega á Remesal y allí reconstituye la importantísima conferencia celebrada en una ermita contigua, el 20 de Junio de 1506, entre el católico D. Fernando y su yerno el Archiduque, sirviéndoles de portero el gran Cisneros, que cerrada la puerta y sentado en un poyo mantuvo á los Grandes á respetable distancia.

Continúa su excursión y vé en Mombuey la iglesia de los Templarios, y sigue á Santa Marta de Tera, tan admirablemente descripta por nuestro consocio el Sr. Gómez Moreno en el tomo XVI, página 81, de nuestro *Boletín*.

Marcha siempre al Este, siguiendo la cuenca del Tera, y nada deja de mencionar de todo lo que á su paso encuentra.

Llega á Benavente, habla de los cinco ábsides de Santa María, del más puro estilo románico, de San Juan y de cuanto bueno hay en la villa, y asomándose al paseo de la Mota (espléndido mirador natural), vé desde allí con deleite una inmensa extensión de terreno, dando por terminado el tomo de Zamora.

Creo haber demostrado que Quadrado era un verdadero excursionista; pero si mis esfuerzos hubieran sido vanos, oigamos lo que él mismo dice:

«Compadecemos de buena fe al que viajando materialmente no percibe de su viaje sino las incomodidades materiales, y que sin estudiar monumento alguno, sin sentarse en ningún hogar, sin haber apretado la mano á un ser amigo, vuelve á su casa á referir ó escribir tal vez sus observaciones sobre el pueblo del cual no conoce sino las

posadas y no conoce de él sino la moneda, entreteniendo al público con insulsas chocarrerías, ó denunciando á su indignación la cruel noche que pasó en tal venta, ó el aguacero que le cogió en tal camino».

La persona que escribe así es que siente el excursionismo y demuestra, por tanto, que es un verdadero excursionista.

Voy á terminar recordando las palabras de D. Francisco Silvela, en ocasión del homenaje que hicimos al señor Fernández Duro.

Dijo el Sr. Silvela: «Es pecado de pereza contra justicia, el que cometen los hombres aplazando para el día de la muerte las públicas alabanzas que se tienen ganadas los buenos y los sabios». Es verdad; el caso de Quadrado lo demuestra. Nadie lo alabó en vida.

Lástima, y grande, es que no tengamos en España aquella Walhalla de que nos habla el gran Juan Fastenrath.....

Aquel suntuoso templo en que se encuentran los bustos y las estatuas de los hombres y mujeres más célebres de Alemania.....

Si en España estuviese edificado ese suntuoso templo, como patriota, como poeta, como historiador, como bueno, como sabio, como geógrafo y como excursionista, teníamos que colocar en primer término el busto ó la estatua del insigne José María Quadrado.

Descansa en paz, alma noble y generosa; ya ves cómo nos honramos, enalteciendo tu nombre. Fuiste bueno y es seguro que por tus virtudes habrás logrado la eterna bienaventuranza..... Permíteme que te diga con el poeta: en esa vida de gloria de que disfrutas, ¡dedícame un pensamiento, como el que tengo de tí!

He dicho.

Quadrado, continuador del Discurso de Bossuet sobre la Historia Universal

por el

M. I. Sr. D. Antonio María Alcover.

Se me pide que una mi voz al coro de alabanzas que la flor y nata de la intelectualidad española va á entonar en honor del por tantos conceptos meritísimo D. José María Quadrado, con motivo de celebrarse este año el primer Centenario de su natalicio. Para la corona que se le va á tejer y coronarle con ella, me atrevo á presentar mi modesta ofrenda: unas breves consideraciones acerca de su admirable *Continuación del Discurso sobre la Historia Universal,* de Bossuet. Es ésta, por desgracia, una de las obras de Quadrado menos leídas y de que no se ha hecho el caso que merecía, cuando cabalmente es una de las que mayor número de lectores puede leer con provecho, que ocurre con más frecuencia consultar, y que es un guía seguro y solícito para penetrar sin peligro por el mar de la Historia, empedrado de sirtes y erizado de escollos, en que zozobran tantos buques de alto bordo; es una de sus obras que mejor patentizan los profundos conocimientos que Quadrado poseía en este ramo del saber y la intensidad asombrosa de su mirada para calar sus sinuosidades, lobregueces y misterios y descubrir las leyes que regulan la

marcha de los acontecimientos humanos bajo el influjo de la Divina Providencia, tan suave como ineludible.

Ante todo ocurre preguntar: ¿fué audacia, presunción, temeridad de Quadrado el echar sobre sus hombros la ardua empresa de continuar y concluir la obra portentosa de Bossuet, cuando nadie todavía lo había intentado, cuando el mismo Bossuet no lo hizo en más de veinte años que vivió después de publicadas las tres primeras partes, de las que hizo repetidas ediciones, corregidas y aumentadas? Sólo puede sostener la afirmativa el que desconozca en absoluto la obra de Bossuet y la singular competencia de Quadrado en achaques de Historia. Quadrado poseía cuantas partes y cualidades se requerían para emprender obra tan grande y gloriosa y salir airoso de la demanda. No sólo podía, sino que debía y estaba llamado á emprenderla, y no dudamos en afirmar que fué singular providencia de Dios que Bossuet dejase su obra á medio hacer y que al cabo de dos siglos viniese á continuarla un hombre como Quadrado, pues si Bossuet lo hubiera hecho, seguramente hubiera fracasado. En esto suelen distinguirse los hombres de gran talento, en que ordinariamente no hacen sino lo que están llamados á hacer. Bossuet dejó incompleto su *Discurso,* y en realidad no podía hacer cosa mejor que dejarlo incompleto; no era apto para concluirlo. Quadrado lo concluyó; reunía cuantas cualidades y condiciones se necesitaban para hacerlo.

Bossuet concibió su obra dividida en tres partes. En la primera presentó la historia de la humanidad á grandes rasgos, para que pudiesen abarcarse de una mirada; en la segunda, en alas de su genio portentoso, subióse á las sublimes alturas que sólo es dado á los grandes talentos alcanzar, y desde allí estudió con mirada de águila y expresó con palabra de oro los orígenes y desenvolvimiento de la Religión, haciendo ver cómo Jesucristo es el centro de los tiempos y de las almas, cómo se cumplieron en él todas las profecías, cómo se consumó por él la Revelación divina y se manifestó al mundo por medio de los Apósto-

les; rechazado por los Judíos y abrazado por los gentiles, difundida su Iglesia por toda la tierra, combatida sin cesar por las puertas del infierno y siempre triunfante. Después de demostrar en la segunda parte que la Iglesia católica es la obra de Dios que no cambia ni pasa, en la tercera parte hizo ver cómo las obras de los hombres, los imperios se desvanecen cual el humo, como desaparecieron uno tras otro el imperio de los egipcios, el de los caldeos, el de los persas, el de Alejandro y el de los romanos.

Bossuet consideró conducente á su propósito dividir la Historia en dos grandes secciones: desde la Creación hasta Carlomagno, y desde Carlomagno hasta su tiempo. Empezando el estudio de la primera sección llevó la parte narrativa hasta la restauración del sacro Romano Imperio de Occidente; mas las dos partes en que estudia la vida de la Iglesia y las vicisitudes de los Imperios no se extienden propiamente más allá de Teodosio, de lo cual resultó una laguna de tres siglos, quedando sin estudiar acontecimientos de la mayor importancia y trascendencia para la Iglesia y los Estados. ¿Cómo se explica que procediese así Bossuet? Él alegó que en la segunda sección llenaría el vacío que dejaba en la primera, por entender que así convenía más para el plan que había concebido; nosotros, empero, creemos que Bossuet, guiado instintivamente por su gran talento y de seguro sin darse cuenta, dejó en realidad aquella laguna por lo que hemos dicho, que los grandes talentos regularmente no hacen sino lo que están llamados á hacer; dejó la laguna porque no estaba en condiciones de llenarla, porque dado el estado de su tiempo no estaba bastante documentado para estudiar la vida de la Iglesia y los cambios de los Estados durante los siglos VI, VII y VIII con la competencia, profundidad y acierto que había desplegado en lo restante de su obra. Bossuet era gran teólogo, orador incomparable y uno de los hombres más cultos de su tiempo; conocía á fondo la historia del pueblo hebreo, la de los griegos y la de los romanos. De los egipcios, caldeos, persas y demás, sabía

lo que se sabía de ellos en el siglo XVII. Entonces ya se habían hecho estudios luminosísimos sobre los primeros siglos de la Iglesia. De todo esto se aprovechó Bossuet para su obra, y la escribió soberanamente, como él sabía hacerlo. Mas en su siglo se desconocía casi por completo la historia de la Edad Media; se sabía muy poco de la gigantesca epopeya que realizó la Iglesia con sus Obispos y monjes convirtiendo y civilizando á los bárbaros, que llenaron todos los ámbitos del Imperio, y que desde el siglo V no cesaron en sus invasiones hasta que el Evangelio invadió sus guaridas del Norte y llegó á transformarlos de fieras en hombres. En los tiempos de Bossuet se sabía sólo á bulto que la Iglesia había convertido y civilizado á los bárbaros, y que después de siglos de derrumbado el Imperio de Augusto habían surgido de sus ruinas las naciones modernas; pero no se conocían los pormenores, las circunstancias especiales y los caracteres específicos de aquella lucha inefable de la Iglesia con la barbarie; lucha diez veces secular, lucha feroz, desesperada, cuerpo á cuerpo, de que salió triunfante la Iglesia, prodigando tesoros increibles, inauditos, de prudencia, constancia, fortaleza, abnegación y caridad, tesoros que sólo pudo prodigar y con ellos triunfar porque contaba con la asistencia del Espíritu Santo, porque Dios luchaba con ella. Así y sólo así pudo la Iglesia convertir y civilizar á los bárbaros, haciendo brotar de las ruinas, que en el siglo V llenaban la Europa, el conjunto de pueblos nuevos que constituyeron la Cristiandad y dieron origen á las naciones modernas. Los pormenores y circunstancias de esta epopeya grandiosa se ignoraban en absoluto en los tiempos de Bossuet; estaban por hacer los estudios históricos que debían darla á conocer. Por esto Bossuet no podía ofrecer en su obra el estudio de la vida de la Iglesia y las vicisitudes de los Estados desde Teodosio hasta Carlomagno, y por esto instintivamente se abstuvo de hacerlo, aun á trueque de dejar la laguna que dejó. No, él no la podía llenar; no podía esclarecer aquellos tres siglos porque estaban cerrados

para él, como para todos los de su tiempo, poco menos que herméticamente, hasta que los obstinados esfuerzos de la Ciencia histórica vinieron á abrir de par en par las puertas.

Y no sólo dejó de llenar aquella laguna Bossuet, guiado por su talento, sino que dejó de escribir la segunda parte de su obra. La vida de la Iglesia y las vicisitudes de los Estados durante la Edad Media eran un jeroglífico indescifrable para Bossuet, eran un palimpsesto ilegible, un códice vetusto cuyas espléndidas viñetas le parecían borrones, cuyas límpidas iniciales se le antojaban manchas, cuyos elegantes rasgos tomaba por rasguños de perverso escribiente; un libro monstruoso, muy bueno para suministrar envoltorios á los especieros, inservible en absoluto para toda persona ilustrada. No; Bossuet, criado con la leche del Renacimiento, educado en los tiempos de Richelieu y Mazarino, preceptor de un Delfín de Francia de la segunda mitad del siglo XVII, respirando á gusto los aires de la Corte de Luis XIV, empapado hasta los tuétanos de regalismo, extasiado ante *le Roi soleil,* sabiéndole á gloria su celebérrimo apotegma *l'Etat c'est moi,* tan célebre como desatinado, un hombre así no estaba llamado á leer en ese códice venerando de la Edad Media. No podía deletrearle siquiera, ni apreciar su valor caligráfico, ni menos su contenido. Para él los tiempos medioevales eran tiempos de hórrido goticismo, de espantosa barbarie, un eclipse de la humanidad, el reinado de las tinieblas palpables. Las figuras más radiantes de aquellos siglos, como Nicolás I, Gregorio VII, Alejandro III, Inocencio III, Bonifacio VIII, habían sufrido la obsesión de su época. Sólo la buena fe los excusaba del espantable abuso de autoridad, de la monstruosa intrusión á que los habían arrastrado el atraso y la ignorancia de su tiempo, arrogándose atribuciones en los negocios temporales, invadiendo la jurisdicción real, profanando la sacra majestad de la realeza, al imponer censuras á reyes y emperadores protervos, al despojarlos de la corona y absolver á los súbditos del juramento de

fidelidad, al conceder y retirar el título de rey á los príncipes, al exigir como señores feudales de los que se les habían sometido como feudatarios los derechos y prerrogativas procedentes, al interponerse entre los tiranos y sus víctimas, al volver por los desvalidos contra las demasías de las testas coronadas, al constituirse en frenos y valladares de éstas, echando mano en último trance de las censuras, blandiendo animosos el *acero del Pescador de Galilea*. La constitución de los pueblos cristianos de la Edad Media, en que no se obedecía á los reyes sino mediante el juramento previo de ellos de defender la fe y observar y respetar los fueros y libertades de los súbditos, y en que los Papas, por convención mutua y espontánea de los príncipes y de los pueblos, no sólo ejercían la suprema *potestad directa* en las cosas eclesiásticas, mas también la *indirecta* sobre las *cosas temporales* en casos dados; aquella constitución, hija del espíritu cristiano, resultado lógico de la manera de ser de entonces, no impuesta por nadie, aceptada por todos menos por alguna pasión desbordada cuando se sentía constreñida; aquella constitución sabia, próvida, suave, paternal, era un absurdo, una monstruosidad, un error gravísimo para los cortesanos de Luis XIV, para Bossuet, que formuló las cinco célebres proposiciones de la *Asamblea del Clero galicano* de 1682, en la primera de las cuales se condenaba la doctrina que rigió como ley en toda la cristiandad hasta los malhadados tiempos modernos, la doctrina que enseñaron los más grandes doctores de la Iglesia, y, siempre que fué necesario, practicaron con acatamiento de los pueblos los más ilustres Pontífices que gobernaron la Iglesia, desde que estuvo propiamente constituída la cristiandad. En aquella primera proposición Bossuet asentó como doctrina fundamental que la potestad civil era independiente de toda otra potestad, y esto en absoluto y siempre, y en todos conceptos, y que jamás los súbditos podían ser absueltos del juramento de fidelidad que prestaron á su soberano. No; Bossuet no conocía ni comprendía la Edad Media, no estaba en situación de juz-

gar de sus cosas con serenidad, con lucidez, con rectitud, con justicia, tanto respecto á la vida de la Iglesia como respecto de las vicisitudes de los Estados ó desenvolvimiento de la política. Se lo impedían principalmente dos causas: el estado de la cultura de su tiempo, en que no se conocía ni de vista la época medioeval, y su educación y manera de ser, propios de un cortesano de Luis XIV. Esto se echa de ver en muchos pasajes de sus obras; en ellas se manifiesta su espíritu regalista, su ciega admiración por el más absorbente y absoluto de los reyes, el concepto absurdo que tenía formado de la Majestad Real y la extensión anticanónica, impolítica, descomunal, que concedía á sus atribuciones. Por todo esto, Bossuet no podía escribir la segunda parte de su obra; hubiera sido un verdadero desastre si llega á escribirla. Con toda su ignorancia de la Edad Media y sus prevenciones regalistas, sólo con su teología, erudición sagrada y clásica é ingenio pudo escribir muy bien lo que escribió; pero no podía dar un paso más sin extraviarse, sin zozobrar; y no le dió, guiado instintivamente por su gran talento, dejando incompleta su obra.

Ya que él no podía completarla, gran suerte suya fué que Dios le suscitase un continuador como Quadrado. Quadrado no era teólogo ni orador, como Bossuet; mas en lo restante Bossuet no le llevaba ninguna ventaja; antes bien, le era inferior en bastantes cosas. Quadrado desde luego tenía la inmensa ventaja de pertenecer al siglo XIX, siglo que, si ha hecho dar pocos pasos á la Teología, los ha hecho dar incontables y grandísimos á la Historia. Quadrado conocía mejor, incomparablemente mejor que Bossuet, la Historia moderna, la época más acá de Teodosio, la conversión y civilización de los bárbaros, la génesis de los pueblos cristianos. Conocía lo que no conocía ni podía conocer Bossuet: la historia de la Edad Media en sus tres grandes períodos. Había patentizado en las muchas obras que llevaba publicadas su excepcional competencia en achaques de historia; se hallaba al

corriente de lo principal que la Ciencia histórica había discutido y dilucidado, de las reivindicaciones y rectificaciones que había hecho, de los pasos que todos los días iba dando. Para convencerse de ello basta recorrer las páginas de su *Continuación;* ellas constituyen la prueba más contundente de lo que acabamos de afirmar. La necesidad de ser breves nos impide aducir ejemplos.

Por otra parte, Quadrado no tuvo, como Bossuet, la desgracia de ser regalista, no padecía la enfermedad del galicanismo; nutría sus pulmones de oxígeno auténtico, no del que se respiraba en la Corte de Luis XIV, nada á propósito para los pulmones de ningún teólogo ni canonista; no le habían acatarrado las corrientes de aire de ningún palacio; no estudiaba la Historia desde Versailles, que *le Roi soleil* llegó á convertir en un edén, terrenal desde luego; mas no logró darle la elevación y serenidad á que necesita remontarse el historiador para contemplar debidamente el inmenso panorama de la Historia y no tomar por ejércitos las manadas de carneros, y viceversa, y no incurrir en otros errores y dislates no menos disparatados.

Quadrado, católico del siglo XIX, católico práctico y ferviente, profesando con toda su alma la *devoción al Papa,* que es hoy y ha sido siempre el sello auténtico é inconfundible de los católicos de verdad, no tuvo el mal acuerdo de escoger á Versailles ni á otro punto semejante para estudiar desde allí la Historia; se colocó en las alturas del Vaticano, que es el punto más alto y más despejado de la tierra. Sí, es preciso reconocerlo; para ver bien la Historia moderna no puede escogerse otro mirador más adecuado, más culminante, que domine mejor montes y llanuras, que esté menos expuesto á quedar envuelto en brumas, nieblas ó nubarrones. No hay otro punto desde donde se vea todo más límpido, más diáfano. Desde aquellas sagradas alturas, pertrechado con todos los recursos de su saber, con su mirada de águila, con la grave y sesuda sagacidad que le caracterizaba, con la olímpica se-

renidad que le ditinguía, Quadrado contempló y estudió los siglos que han transcurrido desde Carlomagno hasta hoy. Acomodándose al método adoptado por Bossuet, ofreció en tres estupendos cuadros la *historia de la humanidad,* la *vida de la Iglesia* y las *vicisitudes de los Estados,* desde Carlomagno hasta nuestros días, presentando los sucesos con su verdadero aspecto, justas proporciones y lógico encadenamiento, y pesó con fiel balanza á los hombres y á las instituciones, no considerándolos aisladamente y dislocados de su siglo, sino tomando en cuenta el sitio que ocuparon y la época en que vivieron, señalando á todo el mundo el tanto de culpa que le cupiese ó proclamando sus méritos y sus legítimas glorias. Libre de los prejuicios que obcecaban á Bossuet, con un criterio político-religioso más independiente y más ajustado á las inflexibles leyes de la buena crítica, hizo cabal justicia á los grandes Pontífices, reyes, pueblos é instituciones de la Edad Media, exaltando los inmortales principios por que se regía entonces el Derecho público, que no eran otros que las enseñanzas de la Teología, del Derecho canónico y de la razón iluminada por la lumbre del Evangelio; rindiendo homenaje á la alteza de miras, rectitud de proceder y consumada prudencia de Gregorio VII, Alejandro III, Inocencio III y demás eminentes Pontífices, tan maltratados y escarnecidos por las escuelas galicana, regalista, febroniana y jansenista. Quadrado habló de la Edad Media soberanamente, como no podía hablar Bossuet ni ningún hombre de su tiempo y mucho menos profesando los errores político religiosos que Bossuet profesaba. Habló de la Edad media y de la moderna con profundo conocimiento de causa, ajustándose siempre á la verdad más estricta, con un espíritu de justicia y rectitud indeficientes, con una dignidad y serenidad inalterables. enalteciendo todo lo enaltecible, elogiando cuanto merecía elogio, censurando, vituperando y execrando todo lo que vió digno de censura; vituperio y execración, fuese quien fuese el que lo mereciese, sin más miramientos ni

contemplaciones que los que exigen el buen sentido y la equidad natural; no atreviéndose jamás á decir nada falso, no temiendo jamás decir la verdad entera; proclamando el mérito de todas las grandes acciones, sin el menor asomo de lisonja ni adulación á nadie, no disimulando lunares, deficiencias ni desmayos ningunos, por alto y venerando que fuese el que los hubiese padecido. La norma constante de Quadrado en Historia era: *suum cuique.*

Lástima grande que su respeto profundo á Bossuet le embargase hasta el extremo de resistirse á poner las manos donde las había puesto Bossuet, y se abstuviese de llenar el gran vacío que éste había dejado acerca de la Iglesia y los Estados desde Teodosio hasta Carlomagno. Lástima grande que no llenase este vacío el que disponía de los materiales adecuados y le sobraba vigor en los brazos y destreza y maestría para hacerlo. Si lo llenara, ahora no subsistiría, ahora no desluciría el conjunto admirable de las dos obras.

Dejando esto aparte y resumiendo, diremos que Bossuet como teólogo y orador aventajaba á Quadrado, pero no como historiador. La sagacidad y clarividencia de ingenio, la serenidad y madurez de juicio que han de caracterizar al historiador, las poseía Quadrado en grado tan eminente como Bossuet. Esto lo acreditan todas sus obras, especialmente la *Continuación,* de que tratamos.

Por lo que se refiere á la erudición y saber histórico, y al criterio para juzgar á los hombres y las cosas de los tiempos pasados, especialmente los medioevales, Quadrado sobrepujaba sin comparación á Bossuet. Quadrado, de seguro, no hubiera escrito tan profundamente como Bossuet la *Suite de la Religión* hasta Teodosio; pero en lo demás, Bossuet no era capaz de eclipsarle. Quizá Bossuet se manifestó inferior á Quadrado en trabar las vicisitudes de los Estados. La parte que les dedicó Quadrado en su obra es más completa que la respectiva de Bossuet, supone más estudio y más talento para condensar y ofre-

cer en breve espacio todos los rasgos y matices constitutivos de la fisonomía política y social de los acontecimientos. La labor de Quadrado era mucho más larga y mucho más difícil que la de Bossuet. Los Imperios egipcio, caldeo, persa y de Alejandro y hasta el romano, así como los estudió Bossuet, son mucho más fáciles de estudiar y no exigen tantos tesoros de erudición y ciencia para ser presentados y juzgados, como las instituciones políticas que surgieron de las ruinas del Imperio romano, y que se desenvolvieron sin cesar en el transcurso de catorce siglos, que reunieron tantas etapas, sufrieron tantas complicaciones y ofrecen tantas fases y matices. Y es preciso confesar que todos están puntualmente estudiados y presentados de una manera acabada y magistral en la obra de Quadrado. De modo que comparando lo que escribió Bossuet y lo que escribió nuestro gran polígrafo, éste no resulta inferior á aquél en la parte narrativa, le supera en la que se refiere á las vicisitudes de los Estados y se eleva al menos á tanta altura en la relativa á la vida de la Iglesia. No; Bossuet no escribió mejor la *Suite de la Religion* hasta Teodosio que Quadrado desde Carlomagno hasta nuestros días. Bossuet no era capaz de *continuar* esta parte de su obra como la *continuó* Quadrado. Quadrado le aventajaba en mucho para *continuarla* y concluirla. Creemos haber demostrado que si Bossuet llega á intentar la continuación y conclusión de su obra, lo hubiera echado todo á perder; hubiera sido un verdadero desastre, una ignominia para el nombre de Bossuet.

Por consiguiente, repitamos lo que hemos dicho arriba: en esto se distinguen los hombres de gran talento, en que regularmente no hacen sino lo que están llamados á hacer.

Bossuet dejó incompleta su obra, y no podía hacer cosa mejor que dejarla incompleta; era inepto para completarla. Quadrado la completó; reunía cuantas cualidades y condiciones se requerían para hacerlo; podía, debía, estaba llamado por Dios á completarla; por esto se cubrió de gloria completándola, y mereció bien de la Iglesia

y de la humanidad. Bossuet la empezó soberanamente y soberanamente la continuó y la concluyó Quadrado. Gocen ambos de la admiración y de la gratitud de la posteridad, y de la recompensa que tiene Dios señalada para las grandes acciones.

Quadrado, apologista religioso

por el

Excmo. Sr. D. Gabriel Palmer.

Si hay en la historia de la humanidad un siglo verdaderamente dramático y emocionante, ese siglo es el siglo XIX: el siglo de las recias tormentas sociales, de los grandes sacudimientos políticos, de las tremendas crisis religiosas; el siglo cuya característica inconfundible es la propaganda; el siglo en que el bien y el mal, la verdad y el error, semejante á los minadores y contraminadores de una plaza sitiada, se encuentran en todas direcciones, ocasionando explosiones continuas.

Nacido de las entrañas de una Revolución, la más honda, la más trascendental, la más trastornadora que los tiempos han visto ni conocido, el siglo XIX asoma en los horizontes de la Historia anunciando orgullosamente el término y fin definitivo de toda creencia religiosa, la muerte y desaparición de lo sobrenatural, el total é irremisible eclipse de la idea cristiana en las conciencias y en las almas.

Y era verdad que, semejantes á las aguas del espantoso diluvio bíblico, los torrentes de la incredulidad, del ateísmo y de la irreligión parecían amenazar con sepultar la tierra entera bajo sus olas en los albores primeros de aquella centuria siniestra y fatídica. Todo parecía conjurado y unido para acabar con el Catolicismo y con la Iglesia, con el Evangelio y con la Cruz. Pero no eran so-

lamente las doctrinas y los principios, el dogma y la moral contra los que se dirigían los furiosos asaltos de la razón descreída y atea: la persecución ensañada y cruel socavaba también por su base los sólidos fundamentos jurídicos del cristianismo, atacando rabiosamente las instituciones seculares de la Iglesia y las mismas raíces de la libertad y del derecho cristianos, hasta llegar á lo más profundo de la conciencia y de la personalidad humana, como si en aquel momento histórico se hubieran dado cita todasl as herejías, todos los errores, todos los cesarismos y tiranías para ver de acabar para siempre con lo sobrenatural y lo divino.

Ante la universalidad del peligro, preciso era que frente á las legiones innúmeras y bien organizadas de los enemigos de la verdad surgieran, aprestándose á la lucha heroica y sublime, los valerosos soldados de la fe, los eternos enamorados de la tradición, los hombres de espíritu iluminado y creyente, que armados de la palabra y de la pluma, de la ciencia y del arte, de la inspiración y del sentimiento, lucharan ardientemente por la conservación de los grandes ideales cristianos, amenazados de inminente ruina.

Frente á los nuevos Nerones y Diocleciano, Pórfiros, Celsos y Julianos, que otra vez pedían al Cristianismo los títulos de su legitimidad y las razones de su existencia, preciso era que se levantaran los nuevos Justinos y Atenágoras, los nuevos Tertulianos y Origenes, los nuevos Quadratos y Lactancios que, con el vigor de una dialéctica formidable, pulverizaran las calumnias, sofismas y mentiras de los adversarios, y fueran como las columnas vivientes, firmísimas y poderosas del santuario vacilante.

Trazar aquí la historia de esos nuevos Atlantes de la fe en toda Europa, sería tarea interminable.

En la necesidad de reducirnos solamente á España en el período histórico que nos ocupa, séame permitido proclamar aquí con el más noble orgullo, como español y como balear, que entre los primeros, entre los más egregios,

ilustres y eminentes de esos colosos del pensamiento cristiano, que gloriosamente trabajaron y combatieron en nuestra patria por el triunfo de la Religión y de la Iglesia, figura nuestro inmortal compatriota y paisano José María Quadrado, el genio sublime, fecundo y maravilloso de las Baleares en el siglo XIX; tan grande, tan extraordinario, tan excelso, que otro igual ni semejante no ha producido nuestra tierra desde los tiempos del Iluminado Doctor Raimundo Lulio, como acertadamente afirmara el gran Menéndez y Pelayo, autoridad suprema en la materia.

Porque, ante todo y sobre todo, Quadrado es un apologista católico. Quienquiera que atentamente lea toda la portentosa obra literaria de Quadrado, que representa más de cincuenta años de pacientísima y fecunda labor, no podrá menos de advertir que la nota apologética domina en todas las producciones y trabajos del menorquín egregio, cuyo Centenario glorioso celebramos. Enamorado de su fe, inflamado en vivísimas ansias de apostolado, rebosante de luces y energías, él busca todas las tribunas, cultiva todos los ramos del saber, ensaya todos los estilos, habla, por decirlo así, todas las lenguas, se hace sucesivamente filósofo, historiador, artista, poeta, arqueólogo, crítico y hasta escritor ascético y místico, ó mejor dicho, es todo eso á la vez y todo en grado eminente, con el único y santo anhelo de mostrar al mundo, á sus contemporáneos, á la sociedad, que en la religión se halla toda fuente de inspiración, todo principio de verdad, de belleza y de bien, todo elemento de verdadera grandeza y de progreso positivo, así para los individuos como para las sociedades, y que fuera del ideal religioso sólo existen la confusión, las tinieblas, la desarmonía, el desorden, la esterilidad y la muerte.

Venido á la vida en una época en que, eclipsada y casi totalmente desaparecida entre nosotros la gloriosa tradición filosófico-religiosa española, un menguado empirismo ideológico y un bajo y grosero utilitarismo habían invadido las esferas intelectuales de nuestra patria, ejerciendo tiránico é inconcebible imperio sobre la inmesa mayoría

de los espíritus, Quadrado, al empuñar las armas y levantar, al lado y en compañía de su entrañable amigo el inmortal filósofo catalán Jaime Balmes, el pendón de la reconquista española en el orden de las inteligencias y de la verdad, aparécesenos como un nuevo D. Pelayo surgiendo en apartado rincón de la patria frente á compactos y numerosísimos ejércitos que invaden todo el territorio nacional. Es verdad que contra el desbordamiento de las ideas sensualistas y materialistas de los primeros años del siglo, una saludable reacción espiritualista y cristiana se había operado por virtud de las tendencias y trabajos de la escuela neocatólica francesa, al frente de la cual figuraban los prestigiosos nombres de Chateaubriand, De Maistre, Bonald, Lamennais (antes de su apostasía y apartamiento de la Iglesia), Montalembert y Lacordaire; pero esa misma reacción distaba bastante de ser una solución y de poder satisfacer cumplidamente á las aspiraciones y necesidades del ideal católico, sobre todo en España, cuyo espíritu claro y reciamente teológico y doctrinal se avenía mal con el sabor poético-sentimental, filosófico-tradicionalista y hasta simbólico-teosófico de la nueva escuela francesa.

Sin duda alguna, Quadrado, en los primeros años de su carrera de apologista, dejóse influir algo por la tendencia tradicionalista de De Maistre, de Bonald y de Bautain.

Sin duda, el ilustre menorquín fué algo demasiado lejos en eso de deprimir el valor de la humana razón en orden al descubrimiento y posesión de la verdad. Pero ¿cómo no disculpar su celo, semejante al de los grandes apologistas cristianos de la Iglesia de Africa, cuando ante sus ojos aparecían amontonadas y disformes las inmensas ruinas de la razón misma, abandonada á sus solas fuerzas y desprovista de todo apoyo sobrenatural y divino? ¿Qué mucho que desconfiara y temiera de la ciencia puramente natural y humana quien á donde quiera que volviera sus miradas sólo podía ver los estragos de aquella ciencia racionalista y destructora?

Sea como quiera, pero démonos prisa á declarar que tales exageraciones fideístas ó tradicionalistas de Quadrado fueron en él cosa pasajera, y que pronto, muy pronto, su portentosa intuición y clarísimo talento le llevaron á rectificar aquella concepción y á hacerle entrar de lleno, guiado en parte tal vez por el genio clarividente y equilibradísimo de Balmes, en el camino y en los horizontes de la más sana doctrina filosófico-religiosa que, lejos de establecer antinomias y ver contradicciones entre la razón y la fe, descubre en ambas como dos rayos procedentes del mismo foco de luz eterna, que mutuamente se completan, se perfeccionan y esclarecen.

Ya en este camino, nada detiene la marcha triunfal de Quadrado en el campo de la Apologética. Él que, arrebatado en las alas del genio de los Tertulianos, de los Atanasios, de los Origenes y los Agustinos, se había remontado en los comienzos de su vida de apologista á las altas y resplandecientes cimas teológicas, cantando en párrafos, que son himnos de inspiración sublime, las hermosuras y excelencias de la fe, en su relación con todos los órdenes de la vida, mostrándola como faro eterno que resplandece y brilla sobre todos los horizontes de la humanidad y de la Historia, proclamando sus triunfos en la larga continuación de los siglos, contempla desde aquellas luminosas alturas en que su poderosa inteligencia despliega sus alas de águila, el mundo abajo, á sus pies, como inmenso campo de batalla, en cuya arena todas las doctrinas, todos los principios, todas las instituciones y todos los sistemas libran formidable combate.

Y descendiendo de las elevadas cumbres, el gran apologista armado de la cruz como los antiguos caballeros cristianos que á Tierra Santa iban á rescatar el profanado sepulcro de Cristo, se adentra en la liza y pónese á la cabeza de los defensores de la verdad, de la libertad santa, de la justicia y del derecho amenazados.

Todos los graves y trascendentales problemas que en su tiempo agitan á la sociedad española y de cuya recta

ó desacertada solución depende el porvenir religioso y moral, social y jurídico de la nación—libertad de cultos, libertad de enseñanza, libertad de asociación, derechos de la Santa Sede y de las Ordenes religiosas.....—son objeto de su profundo examen y estudio, y sobre todos ellos derrama á torrentes la luz, haciendo resaltar las injusticias, errores y contradicciones de los sectarios de su tiempo, empeñados en disfrazar la tiranía y el despotismo con máscara de libertad y en oprimir las conciencias y las almas en odio á la Religión y á la Iglesia.

Dialéctico formidable, pensador original y profundo, atento observador de todos los grandes fenómenos históricos, siempre moderado y suave en el estilo y en la forma, libre de pasionalismos que obscurecen la razón y tuercen el pensamiento, guiado constantemente por un ideal elevado y sereno, que en todo busca la suprema razón y la justicia suprema de las cosas, José María Quadrado puede presentarse en todos los tiempos como un maestro, como modelo y ejemplar perfecto y acabado de apologistas y polemistas católicos.

Y reparad ahora, señores, cómo su gran sentido práctico y su grande y maravillosa intuición de su sociedad y de su tiempo le hicieron escoger con preferencia para terreno de sus fecundas propagandas y gloriosos apostolados el terreno de la prensa periódica, como el instrumento mejor para la divulgación de la verdad, para la difusión de sus altas enseñanzas, para el acceso á todos los sectores de la opinión, á la que se proponía ilustrar, adoctrinar y convencer. Adelantándose á la marcha de los tiempos, Quadrado vió y comprendió que la Apología, para ser eficaz y fecunda, ha de ser popular, ha de abandonar las soledades de la biblioteca, de la Academia y del gabinete de estudio, para bajar á la calle, penetrar en las muchedumbres, y sin dejar de ser docta y erudita y engalanada, hablar á los hombres un lenguaje sencillo y al alcance de las inteligencias todas, cultivando la actualidad del momento y plegándose, en cierto modo, á las exigen-

cias, aspiraciones, necesidades y gustos de la hora actual, de la hora presente.

Si yo buscara, fuera de España, un pensador, un hombre, un apologista, que en este orden de cosas y de ideas tuviera con nuestro compatriota y paisano un verdadero parentesco espiritual, una hermosa afinidad psicológica, yo no vacilaría en colocarle al lado del gran batallador francés Luis Veuillot, alma de apóstol, inteligencia soberana, corazón de cruzado medioeval, periodista católico el más grande de los tiempos modernos. Gigantes del pensamiento y de la pluma, adalides de la cristiana fe ambos, entre Luis Veuillot y José María Quadrado, tan distintos por su fisonomía física y hasta por sus caracteres y rasgos psicológicos, existen semejanzas admirables y puntos de contacto extraordinarios.

Sobre la tumba del egregio apologista menorquín, gloria de la isla en que se meció su cuna, gloria y ornamento preclarísimo de la patria, que le tuvo por hijo, gloria y luminar espléndido de la Iglesia, á la que consagró los alientos, los fervores y entusiasmos de su vida entera, inclinémonos reverentes y agradecidos.

En este hermoso y consolador florecimiento de la fe religiosa, que caracteriza la época presente, y de la que es prueba patente y demostración irrefragable el hecho, mil veces bendito, de la consagración de España entera al Corazón Divino de Jesús, aclamado por Rey por nuestro mismo Augusto Soberano allá en el Cerro de los Angeles, centro y corazón del territorio español, ¿cómo no volver nuestra mirada piadosa y nuestro recuerdo agradecido hacia esos insignes apologistas cristianos que, como Quadrado, dedicaron su existencia entera, su inteligencia y su corazón á preparar para las generaciones venideras una España creyente y religiosa, á hacer surgir de entre las densas sombras y tinieblas de sus días tormentosos y obscuros la aurora clarísima, radiante y bella de los días serenos en que á nosotros nos tocara vivir?

El homenaje, pues, que hoy rinden las Baleares y Es-

paña entera á su hijo inmortal y glorioso, es un homenaje de justicia al genio, de gratitud al apóstol, de admiración al apologista. Vueltos á él mi corazón y mis ojos, señalando con la mano á su efigie sugestiva y bella, yo sintetizo todos mis sentimientos en esta sola frase: ¡Imitémosle! Imitemos á José María Quadrado.

D. José María Quadrado, como escritor asceta.

Extraño parecerá á muchos de mis oyentes el solo anuncio de este calificativo que damos con toda justicia á nuestro insigne compatricio. ¡D. José María Quadrado, escritor asceta y devoto! Se concibe que un sacerdote piadoso ó una persona desembarazada de negocios terrenos y avezada á la meditación de las verdades eternas en el solitario rinconcito de su claustro, escriba aún en nuestros tiempos libros devotos llenos de piedad y unción cristiana; pero que un seglar del temple y de las condiciones de nuestro Quadrado, distraído en tantas ocupaciones, periodista, historiador, excursionista, autor dramático, poeta, arqueólogo y escritor incansable, haya producido obras piadosas que fomenten la devoción popular más ferviente, nadie se hubiera atrevido á sospecharlo, si la realidad de los hechos no lo demostrara.

Tres son los modelos de este género, debidos á la pluma y al espíritu del Sr. Quadrado, de los cuales se han hecho numerosas ediciones; y del rápido estudio sobre los mismos vamos á deducir el especial carácter de nuestro escritor asceta. De él puede afirmarse, guardada la proporción debida, lo que el Divino Maestro, Jesucristo, dice de los Doctores de la Iglesia, á saber: que sacan del tesoro de su espíritu *nova et vetera* (Matth., XIII, 52), *cosas nuevas y antiguas;* pero armonizadas y unidas por una misma idea y un solo sentimiento.

Efectivamente; las tres producciones literarias de don José María Quadrado en el terreno ascético, que se titulan *Mes de Mayo consagrado á María, Mes de San José* y *Semana Santa,* revelan desde luego con claridad meridiana que en el espíritu de su autor estaban muy unidas las devociones tan viejas y tan sólidas como la meditación de la Pasión de Jesucristo y de los misterios que la Iglesia Santa celebra en la Semana Mayor, con estas otras que el espíritu piadoso de los fieles en nuestros tiempos ha ideado y fomentado sirviéndose de las galas de la poesía y del encanto de las flores.

Y aquí están el mérito y el carácter especial de nuestro asceta. Sin ser escritor doctrinal que defina y distinga y analice y resuelva, ha enseñado y ha resuelto prácticamente el verdadero espíritu que ha de informar las obras piadosas del pueblo cristiano en nuestros días. Hoy que tanto se falsea la piedad con frivolidades y exterior aparato, desdeñando antiguas prácticas, por hallarlas demasiado serias, y adoptando otras que sólo hablan á la fantasía y al sentimentalismo, el Sr. Quadrado, como si hubiera previsto las corrientes defectuosas y torcidas que iba siguiendo la piedad de algunas almas, nos ofrece todo lo mejor de lo antiguo, unido y armonizado con lo nuevo, y apoderándose de las devociones nuevas les da el tinte de gravedad y el fondo de solidez que necesitan para que no degeneren, como sucede á menudo, en insulsas frivolidades.

Quien lea con atención las consideraciones del librito de Semana Santa escrito por el Sr. Quadrado, y se inspire en sus bellísimos y profundos conceptos, sentirá indudablemente la compunción del corazón y, lejos de visitar los Sagrarios con espíritu de curiosidad ó para lucir trajes de moda, concentrará su pensamiento y su afecto en la persona de Aquel que se humilló hasta la muerte, y muerte de Cruz por salvar á los hombres. Quien haga ó practique el Mes de las flores siguiendo el método prácticamente expuesto por el Sr. Quadrado, y lea con atención sus devo-

tísimas meditaciones, recorrerá durante el curso del mes toda la carrera que la Santísima Virgen María y su Divino Hijo anduvieron en esta vida mortal, y aprenderá á imitar sus virtudes sólidas y divinas como ellas son, sin detenerse en la corteza del aparato teatral ni de la poesía naturalista con que á veces las almas frívolas rodean esta devoción mariana. Quien, por fin, tome en sus manos el mes de San José, debido á su fervorosísimo devoto el señor D. José María Quadrado, no podrá menos de admirar en el Santo Patriarca el modelo y protector de la familia cristiana, y sobre todo de la clase obrera, y comprenderá cuán oportuna es la tal devoción para nuestros tiempos, pudiendo ella sola obtener la solución de los llamados problemas sociales.

¡Cuán avisado, previsor, grave, devoto, piadoso, tierno, sólido y ferviente se manifiesta el Sr. Quadrado como escritor ascético!

———

Quadrado, pensador genial

por el

Sr. D. Alfredo Serrano Jover.

Era muy joven, casi un niño, y ya me resultaba familiar el nombre de Quadrado, por haber utilizado los tomos que escribiera de la obra de Piferrer y Parcerisa en aquella serie de trabajos en que yo ayudé á quien me inclinó á estas aficiones, mi llorado padre, al que benévolamente algunos cariñosos compañeros de la Sociedad Española de Excursiones han recordado en esta tarde. Pero no conocía más aspecto de Quadrado como escritor que el revelado en esas obras, y una circunstancia casual me hizo apreciar sus condiciones formidables y la variedad de sus aptitudes. Hallábame en el extranjero, y, hablando con unos nombrados hispanófilos, después de tratar de la literatura ascética y mística española y de entrar en comparaciones de Lamartine y Chateaubriand, recordando á Donoso Cortés y á Balmes, oí sonar el nombre de Quadrado. Confieso que en aquel momento me causó rubor no conocer más aspecto de la vida y de los estudios de Quadrado que el que antes dijera, y claro es que se avivó en mí el pensamiento y el deseo de leer sus obras en cuanto á España regresara. Entonces empecé á ver la trascendencia y grandeza de la labor de un hombre que ha permanecido tan ignorado de la generalidad de los españoles.

Era por cierto una época en que en las Cátedras eu-

ropeas se mantenía viva empeñada discusión sobre las cuestiones del materialismo histórico; por entonces las obras de Aquiles Loria se habían hecho famosas. Y ocurrió que, viniendo de aquel ambiente y con aquellas ideas, descubrí, al coger las obras de Quadrado, que en su maravilloso «Estudio social de forenses y ciudadanos» se encontraba un juicio emitido con mucha anterioridad, en el que estaba el justo término medio que podía estamparse respecto de esa tendencia y de ese sistema; porque entre las exageraciones de los que sostenían la concepción materialista de la Historia y los que pugnaban por no admitir ninguna influencia económica en los hechos históricos, se encuentra el maravilloso pensamiento de Quadrado, en el tercer capítulo de «Forenses y Ciudadanos», diciendo: «Es necesario pensar que las transformaciones económicas de los pueblos dicen muy poco de su transformación social si no se refieren al estado íntimo y de relación de las clases sociales; pero cuando así se estudian, apreciamos cuánto influyen en el movimiento y en el progreso de las naciones, inseparable de las luchas y corrientes económicas, cuya consideración se impone para descubrir la etiología de los fenómenos sociales é históricos». Marcaba así, con estas palabras, el justo medio un hombre que no era nada sospechoso en la materia, porque en la «Continuación de su Discurso de la Historia Universal» hablaba del providencialismo histórico, al que siempre había seguido como escuela.

Me llamó la atención en esa forma tal pensamiento, y quise estudiar íntegramente su labor, y repasé sus obras, y ví, sobre todo, sus artículos, observando ya en ellos aquellas concepciones maravillosas expuestas en el año 1850, cuando después de haberse retirado del periodismo por la muerte de Balmes, para él tan llorado, volviera otra vez á las campañas periodísticas para hacer los augurios, los acertados vaticinios que suponen lo que él dijo del socialismo. Veía venir ya perfectísimamente lo que habían de ser las luchas, y á través de esa visión decía:

«vosotros, clases conservadoras, tened en cuenta que en vuestras manos está la salvación con la caridad, con la filantropía, con el amor á los hermanos; no tengáis egoísmos algunos, que esta es una chispa que puede encenderse, que puede inmediatamente prender el fuego y causar enormísimos males».

Entonces comprendí perfectamente por qué hombre que tenía la justeza de los juicios como el insigne D. Marcelino Menéndez Pelayo dijera de Quadrado que era pensador genial; porque se adelantaba aquel hombre, con la profundidad de estos conceptos, á todo lo que luego ha ocurrido y ha venido á justificar sus profecías.

Pero al repasar ahora sus obras, cuando pensaba venir á hablar en el presente homenaje, he visto algo que no recordaba y que me ha llamado mucho más la atención en los pensamientos de Quadrado. Hablaba en su «Continuación del Discurso de la Historia Universal» de lo que suponía la formación del Imperio germánico, y tiene al final unas palabras, una pregunta, que dice: «¿Cómo ese Imperio, forjado en la fuerza, se encontrará en el porvenir? ¿Podrá resistir la acción sorda de las ideas que hayan de desencadenarse en lo venidero?» Es una pregunta tan acertada que revela lo que hoy han confirmado los hechos, de tal forma que si entonces me maravillara de lo que era el pensamiento genial de Quadrado, hoy me ha maravillado muchísimo más, porque la vida está pregonando sus continuos aciertos al penetrar en el porvenir.

Es el pensamiento de Quadrado, sintéticamente enunciado, examinado, un pensamiento que se apoya siempre en los hechos, porque él es preferentemente, eminentemente historiador, y por eso son los hechos su principal materia de conocimiento. De ahí que tenga esa fijeza, esa percepción del que mira constantemente, cara á cara, á la realidad.

Pero, además, Quadrado era un filósofo; Quadrado se había disciplinado en esas ciencias; Quadrado tiene el arte mágico de que, mirando á la realidad, en la fijeza de

sus juicios, es hombre que no tiene la inestabilidad del pensamiento que á veces da el conocimiento histórico sin el juicio propio. Es hombre que vé y acierta á ver, como no vió quizá ningún historiador español: lo perenne de todas las determinaciones de los hechos dentro de sus narraciones. Quadrado, por eso, tiene algunas manifestaciones en esa misma historia á que antes aludía verdaderamente maravillosas.

Cuando traza el cuadro de lo que fueron las disensiones civiles en el siglo XV en Mallorca, hace ver cómo en la Edad Media, en todos los demás países, se producía el hecho extraño y contrario á lo que hoy vemos de que en el campo se encastillaba la aristocracia, en sus castillos roqueros, mientras que la democracia iba creciendo y medrando en las ciudades, que cuanto más grandes eran más libres; pero como en Mallorca se había realizado el fenómeno, que hoy mismo vemos, de que por ser ciudad principalmente de comerciantes, los más opulentos, los más adinerados se acogían á la ciudad, mientras que en el campo no quedaban más que los proletarios que no podían tener más relaciones que con el colono, con su señor. Claro es que, al ocurrir eso, que era un mal en la vida, vino el gran levantamiento de campesinos, igualmente que hoy está anunciándose, por el absentismo de las tierras labrantías, ese socialismo agrario cien veces más peligroso que el de las ciudades.

Estas pueden ser las notas sintéticas de una serie inmensa de pensamientos que dan grandeza á la figura de Quadrado. Yo, ante ellas, sólo tengo que agregar una, y una que estimo altamente, y es que Quadrado fué, ante todo, un pensamiento fuerte, enérgico, reciamente español; fué un hombre que amó, con amor de frenesí, á su propia región, y ese amor le sirvió para tener sus entusiasmos, demostrados en sus obras, por la Corona de Aragón, y para tener también las grandes admiraciones, que demuestran sus obras, por Castilla; para amar, en general, á España. Era el regionalismo sano de los que en-

tienden que sirve para encumbrar y fortalecer á las naciones á que pertenecen.

Era en eso un hombre representativo de aquella región. Porqué parece que las Baleares son islas que tan sólo están destacadas del territorio español para servir de muestra adelantada al navegante, de lo que es precisamente este territorio. Son unas islas montañosas, cual el terreno de España, como se vé en aquellas barreras que rodean al precioso valle de Sóller, y son también, en las frondas de sus ricas campiñas, un anuncio de lo que pueden ser las feraces tierras del Levante español. Se han destacado de España, no por ser tierra distinta, sino para anunciarla antes. Los hombres que han nacido en Baleares y han brillado en España, son hombres que se han distinguido también en el amor patrio: antes, Quadrado, por la excelsitud de su pensamiento y su amor á todas las regiones españolas; hoy, otros hombres que todos conocemos, por la excelsitud de sus ideas políticas.

———

Quadrado, escritor elegantísimo en prosa

por el

Excmo. Sr. D. Alvaro López Núñez.

Señor:

Señoras:

Señores y queridos consocios:

Al reunirnos hoy aquí para dedicar público testimonio de admiración á uno de los más esclarecidos precursores y maestros del excursionismo, D. José María Quadrado, en el primer Centenario de su nacimiento, no podíamos olvidar su calidad de escritor insigne como uno de los principales méritos de su carrera literaria, de la que ha dicho Menéndez Pelayo que es «reflejo de la rara excelencia de su alma, fecunda en buenas acciones y loables pensamientos». Por debida obediencia, que es la virtud principal en la vida colectiva, vengo yo á hablaros de Quadrado como escritor, lamentando que la modestia de mis recursos se halle en tan gran desproporción con la magnitud del tema que se me ha asignado; pero consuélame y me anima el pensar que si otro cualquiera de los socios podría aportar mayores luces al asunto, no habrá ninguno que me supere en el amor y la admiración que siempre tuve y profesé á Quadrado, y en la buena voluntad con que procuro que su memoria y sus enseñanzas perduren en el corazón y arraiguen en la mente de todos.

Porque desde mi ya lejana niñez conservo de Quadrado

recuerdos inmarchitos. Fué Quadrado gran amigo de mi padre; y así, las obras del preclaro escritor menorquín, y sobre todo la dedicada á León en los nunca como se debe alabados *Recuerdos y Bellezas de España*, eran tan familiares en mi casa paterna como los propios autores clásicos, y en ellas inicié la devoción á la arqueología y á la historia romántica de nuestra tierra. Las páginas allí consagradas á describir la Catedral *(egregiis omnibus arte prius)* son dignas del incomparable monumento, á quien cuadra perfectamente lo que de la arquitectura gótica dijo otro catalán famoso, D. Antonio de Capmany y de Montpalau, á saber: «Que imprime cierto género de tristeza deliciosa que recoge el ánimo á la contemplación, y así parece la más propia para la seriedad augusta de los templos». Leyendo aquellas páginas, así como las referentes á la vetustísima Colegiata románica de San Isidoro, panteón de los monarcas del antiguo reino leonés, y á otros monumentos que han hecho de la ciudad y la provincia algo así como un museo vivo de las artes de todos los tiempos, engarzado en un paisaje de inexhausta belleza, conmovíase nuestro corazón con estremecimiento de patriótico entusiasmo. Con ellas visitábamos las vetustas fábricas arquitectónicas como el devoto recorre las iglesias con el libro de horas en la mano. La admiración que sentíamos por este balear esclarecido que de tal modo honraba á nuestra patria leonesa, recorriendo sus campos, estudiando sus monumentos y desempolvando los viejos diplomas de sus olvidados archivos para dar público testimonio de tanta grandeza y maravilla, la compartía muy justamente su colaborador artístico, el pintor D. Francisco Parcerisa, que así en lo que se refiere á la inspiración, como al buen gusto y á la habilidad manual para ejecutar las obras, puede ponerse al par de los primeros dibujantes del mundo. Más de veinte litografías, modelo de primor y atildamiento, dedicó Parcerisa á la obra leonesa de Quadrado, todas *sacadas del natural,* como dice el propio autor, y todas realzadas por un espíritu romántico que suspende

el ánimo y le admira y embelesa. Imposible es, en efecto, contemplar sin emoción profunda (la emoción que producen las verdaderas obras de arte) estas litografías de Parcerisa, y especialmente las del ábside y el claustro de la Catedral de León, el panteón de los Reyes en San Isidoro; el estupendo medallón de D. Beltrán de la Cueva en el convento de San Marcos, el Monasterio de Gradefes, el pórtico de San Miguel de Escalada, los restos del Monasterio de Carracedo y el imponente Castillo de Ponferrada, que evoca la leyenda de los Templarios, inmortalizada por el escritor leonés Enrique Gil en sus novelas *El Señor de Bembibre* y *El Lago de Carucedo*. ¡Cuán diferentes estas litografías llenas de calor y movimiento, ennoblecidas por un espíritu que las enaltece y vivifica, de estas otras *ilustraciones*, hoy en uso, producto de la insensible cámara fotográfica manejada por damiselas cursis ó viajeros distraídos é insubstanciales!

Perdonad, señores, estos recuerdos, no del todo impertinentes en quien ha de justificar su presencia en este sitio, y permitidme pensar que también ellos han de seros gratos, pues tengo para mí que en muchos de vosotros, si no en todos, fué Quadrado el despertador de la vocación arqueológica y *turística* y el maestro que os inició en los misterios de la belleza monumental y del paisaje.

Maestro fué, en efecto, Quadrado, con todas aquellas partes que, según el P. Ribadeneira, son propias de un maestro perfecto: «buena vida, excelente doctrina y buen modo de exponerla y explicarla». De esto último hemos de tratar ahora, ya que otros compañeros dirán elocuentemente lo que fué Quadrado en los varios aspectos de su estupenda actividad para honor y provecho de España.

Una autoridad literaria indiscutible para todos, nuestro inolvidable D. Marcelino, afirmó que Quadrado, escritor elegantísimo en lengua castellana, «puede presentarse como modelo, con no ser el castellano la lengua nativa del autor». Modelo es, en verdad, Quadrado por la pureza de la dicción, por la armonía de a sintaxis y, sobre

todo, por la magnificencia y rotundidad del período, no incompatible, ciertamente, con su virilidad, energía é intensidad de expresión. No obstante ser Quadrado un escritor romántico, enamorado de las grandes creaciones de Walter Scott, Manzoni y Víctor Hugo, jamás cayó en aquellos extravíos de la escuela, que convirtieron al noble movimiento literario en un barroquismo desconcertante, adorador del vano arreo de la insulsez y el charlatanismo; antes bien, supo conservar, con perennal lozanía, al lado de la flor el fruto, y entre los grutescos de la decoración el trabe firmísimo del sentimiento y de la idea.

Si quisiéramos inquirir las causas de la perfección con que Quadrado manejó el habla castellana, nos encontraríamos en primer término con aquella riqueza mental apta para todo linaje de nobles expresiones. En la inteligencia prócer, polimórfica y enciclopédica de Quadrado se guardaban como en un camarín inagotables tesoros de sabiduría, granjeados en el estudio indeficiente y en la constante meditación sobre las más variadas y nobles disciplinas del espíritu. Y así, bien concebidas y delineadas las ideas en la mente del autor, por necesidad habrían de salir al mundo externo revestidas de rara claridad, belleza y armonía. Servíale, asimismo, para la nitidez de la expresión, su profundo saber humanístico, y, especialmente, el perfecto conocimiento del latín, cuya ignorancia, según afirma el autor del *Diálogo de la lengua,* fué causa muy principal de la negligencia que hubo en escribir bien en castellano. Nutríase, además, Quadrado con la medula de león que diariamente le brindaba su constante trato y familiaridad con los grandes escritores de nuestro siglo de oro, especialmente los místicos y ascéticos, en cuyas manos el habla de Castilla llegó á extremos insuperables de magnificencia y hermosura, que han permitido decir á su autor que «á la luz de estas palabras parece que los misterios divinos pierden algo de su obscuridad, y la majestad terrible de Dios se acerca á nosotros y se nos avecina y humana».

No poco contribuyó también á enriquecer el tesoro lexigráfico de Quadrado aquellos sus continuos viajes por todos los ámbitos de nuestra amada tierra. Si como decía el licenciado Vidriera, «las luengas peregrinaciones hacen á los hombres discretos», mayor caudal de discreción y de don expresivo se ha de granjear en las excursiones realizadas, como lo hacía Quadrado, inquiriéndolo y husmeándolo todo: historia, usos, costumbres, vestidos, monumentos, archivos y paisajes. Sus coloquios con aquellas personas íntimamente ligadas con la vida local... curas, alcaldes, médicos de aldea, albéitares y cirujanos, frailes y monjas, letrados de villa, dómines, escribanos y curiales de toda laya, estudiantes, arrieros y mozas de mesón, por necesidad habrían de acrecer opulentamente los caudales de su experiencia, y ensanchar también el volumen de su léxico con buena copia de giros castizos, de voces expresivas y enérgicas desvaídas por el cosmopolitismo en las grandes urbes y que el pueblo conserva como sangre caliente, con su tradicional virtud. No menos hubieron de contribuir á formar al gran escritor sus investigaciones eruditas en los archivos de León y Castilla, donde con paciencia benedictina estudió nuestra vida medioeval, reflejada fielmente en cartas pueblas, confirmaciones, cartularios, tumbos, becerros, ordenanzas, escrituras y demás documentos, donde al par de la historia política de nuestros pueblos puede seguirse la de nuestra lengua, desde los albores de los rudos cantares épicos hasta el ápice luminoso donde brillan con fulgores de primera magnitud los divinos diálogos de Calisto y Melibea.

Tenía además Quadrado un cabal conocimiento de la vida humana, adquirido en una convivencia muy intensa con todas las clases sociales y especialmente con las más desvalidas y humildes; porque no fué un solitario de los archivos sólo en contacto con los muertos, sino un hombre de acción, muy dado á la misma, periodista y político por añadidura. Como socio activo de esa gran milicia de la Caridad formada por las conferencias de San Vicente

de Paúl, como amigo y biógrafo de Masarnau, fué «visitador del pobre», y en expresión de Doña Concepción Arenal tuvo «á la vista del dolor una compasión resignada que le apartó de la dureza y de la impaciencia; miró las desgracias como otros tantos medios de perfección para el que las sufre y para el que las consuela; pensó con cuánta frecuencia se invierten en la vida los papeles de consolador y consolado, y repitió una y mil veces que el dolor compadecido purifica, y abandonado deprava».

Una vida tan prolífica en la acción, tan variada en el trato humano y guiada por un espíritu de elevada alcurnia moral, y además realista, curioso y perspicacísimo, tenía necesariamente que enriquecer de continuo los medios expresivos de nuestro autor dando á su léxico gran viveza, calor y bizarría, y haciendo de Quadrado uno de los escritores más elocuentes, en el estricto sentido de esta voz, de que justamente pueden gloriarse las letras españolas. Observad que este paralelismo entre la actividad social y la profesión literaria no es una novedad en la historia de nuestras letras. Elocuentemente lo advirtió el insigne P. Mir, en su discurso de recepción en la Real Academia Española: «Así—dice—Garcilaso compone sus églogas dulcísimas entre el ruido de las campañas de Italia, Africa y Provenza; Hurtado de Mendoza escribe versos y diálogos literarios á vueltas de notas y negociaciones diplomáticas; Ercilla redacta la *Araucana* lleno aún del sudor del combate en que ha tomado parte y va á describir; Lope de Vega pasa su vida agitadísima en viajes, contiendas y aventuras, siempre luchando y siempre escribiendo; Cervantes, paje en Italia, soldado en Lepanto, cautivo en Argel, alcabalero en España, y siempre pobre, roto y deslucido, alterna sus penas y amarguras con versos y novelas y fantasea su fábula inmortal *El Ingenioso Hidalgo* «en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación». Y por estos patrones están cortados Quevedo, Alarcón, Aldana, Hernández de Andrada, Gutierre de

Cetina y otros mil. Y aun los que como Avila, Granada, Mariana, Ribadeneira, por razones de su profesión y estado, hubieron de llevar una vida más pacífica y tranquila, no pudieron sustraerse á la actividad incomparable que agitaba entonces á la nación entera, pasando por vicisitudes muy diversas, peregrinando por provincias y reinos extraños y tomando parte en los públicos acontecimientos».

La prosa de Quadrado, manteniendo siempre los nobles caracteres de la prosapia nacional, tiene el raro don de adaptarse maravillosamente á los asuntos que expresa, como el vino generoso que conservando el color y el aroma, se pliega amorosamente á las curvas del ánfora que le contiene. Y así, es opulenta y deslumbradora en la descripción de los monumentos; grave y acompasada en los escritos de filosofía y de historia; densa y viril en los estudios forenses y ciudadanos; nerviosa y acerada en la polémica periodística; suave y efusiva en las lecturas espirituales destinadas á poner al alma cristiana en íntima comunicación con Dios. Y siempre discreta, elegante, pulcra, decorosa y bien trajeada, sin abatirse, ni aun en los momentos de mayor sencillez, á las miserias y granjerías del vulgo.

Por razones de índole á la vez literaria y patriótica hemos de tener siempre en cuenta que este escritor insigne, verdadero maestro del habla castellana, había nacido y se había criado en la isla de Menorca, y que su lengua materna era, por lo tanto, la gloriosa lengua de Muntaner y de Ramón Llull; porque ha llegado á tal punto la confusión en esta materia, envenenada por la pasión política, que hay quien cree que dificultando el uso de la lengua catalana, se labora por la limpieza, fijeza y esplendor de la lengua de Castilla. A primera vista no se comprende bien la relación que pueda existir entre estos términos; pero se comprende menos al contemplar la penuria en que, quienes así se expresan, mantienen á la lengua gloriosa de Cervantes, enseñada hoy en nuestras escuelas oficiales por procedimientos y libros que parecerían ya

viejos en tiempos de Nebrija, y cultivada con tal descuido por aquellos que más obligados se hallan á ennoblecerla, que es raro encontrar, aun en la esfera de los intelectuales, personas que escriban el castellano con la debida propiedad y corrección. Menospreciados los estudios de humanidades y especialmente los de las lenguas sabias; reducida la lectura de la generalidad de las gentes á la prosa periódica y á las novelas y piezas de teatro abarrotadas de galicismos; envilecida la poesía con el plebeyo ropaje de la obscenidad y el chiste; empedrado el lenguaje usual con todo linaje de barbarismos procedentes de la tauromaquia y el café cantante; en intolerable hegemonía la oratoria gárrula que puede ser provechosamente ejercida hasta por los analfabetos... la lengua castellana ha decaído en estos últimos años en términos que fundadamente inquietan á los que por patriotismo y especial devoción la aman y veneran. Difícil sería contar hoy media docena de escritores que la manejen, no ya como los clásicos del siglo XVI, sino como la manejaron hace veinte años Valera, Tamayo, Pereda, Alarcón, el P. Mir, Menéndez Pelayo, y aun los autores catalanes Piferrer, Milá y Fontanals, Pí y Margall, Coll y Vehí, Maragall y nuestro Quadrado, por no citar más que á los difuntos, á quienes, por cierto, no fué obstáculo su origen catalán para escribir en el idioma de Castilla como si hubieran nacido en Argamasilla de Alba ó en Olmedo. No se ennoblece la lengua castellana amordazando á quienes hablan el idioma que Dios les ha dado, sino mejorando los procedimientos pedagógicos, limpiando los establos del Augías burocrático y poniendo en manos de chicos y grandes los libros de oro de nuestros grandes hablistas en vez de los vulgares centones de la chapucería y el charlatanismo. Ya uno de los más preclaros escritores catalanes, D. Antonio de Bofarull, expuso hace más de medio siglo en la Academia de Buenas Letras de Barcelona este patriótico anhelo de mantener en relación de convivencia fraternal las dos lenguas castellana y catalana. «Aun cuando sea indistinta-

mente para todos los españoles—dice—una necesidad imprescindible el conocimiento de la lengua castellana como medio de unir más y más el espíritu nacional y, sobre todo, porque en los siglos que tiene de predominio participan también nuestros escritores de la gloria que ha obtenido, cabalmente por este mismo motivo, y sin que sea una extraña anomalía en el terreno científico, vino á reaparecer, en estos tiempos, la veneranda sombra que pareciera muerta. Cabalmente, cuando más se ha propagado y conocido en nuestro suelo la lengua castellana, es cuando se ha pensado en devolver á la catalana, en el círculo literario, las fuerzas que perdiera; es decir, que la civilización y la ciencia son los móviles que nos han hecho volver los ojos á la olvidada joya, y en prueba de ello que han sido sus cultivadores y restauradores, en gran parte, los mismos que más han conocido y se han afanado en propagar la magnífica lengua castellana, tales como Capmany, Puigblanc, Ballot, Aribau y otros».

Volviendo ahora á nuestro Quadrado, hemos de decir que si quisiéramos comprobar con ejemplos cuanto dejamos indicado sobre sus méritos de escritor en lengua castellana, nos hallaríamos frente á una tarea interminable y difícil, pues, habríamos de copiar muchedumbre de pasajes de las obras de tan fecundo autor, y en la elección de ellos llegaríamos á vernos muy perplejos, ya que cualquiera página de Quadrado tiene mérito suficiente para ser pieza de magistral antología. No renunciamos, sin embargo, al placer de recordaros alguno de aquellos maravillosos escritos, y así con la bella prosa de Quadrado quedará en parte compensada la aridez y desmaño de la nuestra. Queremos reproducir aquí algunos de los pasajes de los *Recuerdos y Bellezas de España,* que para nosotros, miembros de la Sociedad Española de Excursiones, tendrán siempre un mayor interés sobre las demás obras de la inmensa bibliografía de Quadrado. El tomo dedicado á Asturias y León, comienza con este cuadro admirable, que parece del Tito Livio talaverano: «Arrollada por el al-

fanje sarraceno, toda una nación fugitiva replegábase hacia los montes de Asturias en la segunda década del siglo VIII. La España, bien que ya víctima de tantas invasiones, jamás había sufrido desolación semejante, ni del astuto cartaginés, ni del perseverante romano, ni del vándalo destructor, y refrescadas con sus recuerdos las heridas, ni en ellos ni en los grandes infortunios de Troya, Jerusalén y Roma hallaba comparación á su quebranto. Ciudades incendiadas, templos profanados, los nobles puestos en cruz, la plebe pasada á cuchillo, niños estrellados contra ls piedras, vírgenes y esposas reservadas para la deshonra, el esforzado combatiente sucumbiendo en la batalla, el ligero corredor atravesado de flechas en la fuga, y la tierra toda yerma de vida, húmeda de llanto, inficcionada de sangre, huérfana de hijos, cautiva de extraños y atónita con la catástrofe improvisa. Aparecióseле en aquel momento el vencedor musulmán, que más tarde había de implantarle su espléndida cultura, cual una visión formidable, con sus ojos de brasa, su tez negra como tizne, como de fuego sus vestidos de grana y las rojas riendas de sus caballos, más veloces que el leopardo sus jinetes y más crueles que el nocturno lobo. Henchían los caminos tímidas caravanas de hombres cargados con los despojos de su fortuna, de mujeres estrechando á sus hijos contra el pecho, de trémulos ancianos y doncellas despavoridas, de monjes y sacerdotes escoltando los tesoros de sus iglesias y los venerados restos de los santos cuyo auxilio invocaban, y de vez en cuando cortos pelotones de guerreros escapados de la matanza, ó libertados por honrosa capitulación, que reservaban para mejores trances su valentía. Córdoba había caído por sorpresa, Sevilla una y otra vez por fuerza de armas, Toledo por traición y avenencia, Mérida con gloriosas condiciones, tras de riguroso cerco Zaragoza, Amaya y León por hambre, la vecina Astorga era ya sarracena; y á cada ciudad que se rendía, á cada provincia que se ocupaba, subían nuevos enjambres de prófugos con un terror parecido al de la generación extermi-

nada por el diluvio, cuando trepaban de cumbre en cumbre las familias, viendo sucesivamente desaparecer las alturas bajo la creciente avenida que había de envolver al cabo su postrer asilo. Confundíanse siervos y señores, magnates y plebeyos, labriegos y soldados, hombres enervados por las delicias ó endurecidos en los trabajos, y hasta deponían sus odios los partidarios de las dos rivales dinastías de Wamba y Recesvinto, agriados largo tiempo por recíprocas venganzas, desengañados ya muchos que habían saludado al principio á los invasores africanos como auxiliares generosos de los hijos de Witiza. El rubio godo, de azules ojos y gallarda estatura, mezclado con la descendencia de los vencidos romanos, desandaba huyendo el camino que allanaron victoriosos sus abuelos; y con los romanos alternaban á su vez los restos de los valientes indígenas españoles, tan penosamente por ellos sometidos, y á quienes ya amenazaba el tercer yugo. Todo este pueblo, cuyos discordes elementos se habían amalgamado y casi fundido, desde la conversión de Recaredo, en el seno del catolicismo, buscaba instintivamente seguridad y patria, no ya en extraño suelo ó tras de fuertes inexpugnables muros, sino al abrigo de ásperas cordilleras, en un suelo protegido tanto por la pobreza como por la bravura de sus mal domados habitantes, cuya tenaz resistencia á romanos y á godos le prometía mayor defensa contra los nuevos opresores».

Picamos luego en el libro, como en los ejercicios eclesiásticos del *Magister sententiarum,* y nos encontramos con este paisaje delicioso: «Bellezas naturales suplieron por las artísticas en el curso de nuestra siguiente jornada. Costeada siempre al Sur las márgenes del Cua hasta su confluencia con el Sil, atravesado este río y superadas las cuestas que allende se levantan, apareciósenos, andadas apenas dos leguas desde el Monasterio, su más pintoresca posesión, el lago de Carucedo. Cuando fué cedido á los cistercienses por Fernando II hijo del Emperador denominábase de Borrenes, villa entonces la más inmediata á

sus pantanosas orillas; todavía al Oriente de ellas y á su borde mismo no se había extendido el pueblo de Carucedo, que le comunica su nombre tan semejante al de la insigne Abadía, ni cubría aún su pendiente occidental el de Laje, cuyo blanqueado caserío con sus techos de pizarra y dispuesto en anfiteatro riela constantemente en el límpido espejo de sus aguas. Ceñidas por un marco de espadañas y cañaverales, en que se anidan bandadas de aves acuáticas, reproducen en su tersa superficie las nubes y las lomas, y las casas, y los viñedos, y los copudos olivos y castaños, cuya imagen temblorosa se deshace á la menor brisa; pero si llega á alterarlas el viento Sur ó el Este, sus turbias olas remedan un irritado mar, y abarcando en sus crecidas una circunferencia de legua y media, doble de la acostumbrada en sus períodos de mengua, buscan en el vecino Sil el desahogo de sus caudales. Hay quien cree que la cuenca del lago era un tiempo profundo valle, y que su inundación provino del hundimiento ocurrido en las cercanas minas de las Medulas, y está sostenida por las filtraciones de sus conductos subterráneos. Las señales de este gran cataclismo aparecen una legua más allá, al Sur del lago, en las ruinas imponentes de las excavaciones romanas, á cuyo pie ha brotado la reducida aldea del mismo nombre. Aquí y allí, en los taladrados flancos de la montaña, abren las galerías cual tenebrosas cavernas sus bocas inaccesibles, crece entre las moles desgajadas una salvaje y espontánea vegetación, y rojas manchas á modo de sangrientas cicatrices, realzando la negrura de las peñas, denotan los más recientes derrumbamientos ó los encarnados surcos abiertos por la lluvia.

«Conforme íbamos trepando las alturas de Ferradillo, desplegábase á cada revuelta más vistoso el panorama, terminado por cadenas de montañas que se pierden en el horizonte, y dominando más de cerca el tranquilo lago, los fantásticos y encendidos picachos de las Medulas, las sinuosas y verdes márgenes del Sil, las almenadas torres del castillo de Cornatel y tantos otros sitios descritos con

entusiasmo por uno de nuestros malogrados poetas. El contraste de las fecundas vegas, que atrás dejábamos presididas por Carucedo con las ásperas breñas que cruzábamos á la sazón en busca de San Pedro de Montes, nos trajo involuntariamente á la memoria aquel verso que expresa tan bien la predilección topográfica de sus respectivos institutos:

Bernardus valles, colles Benedictus amabat.

Ora trasponiendo raras y pedregosas cumbres, ora cruzando umbrías laderas, al través de bravos bosques, y al pie de angulosos y atrevidos peñascos, llegamos á descubrir por fin en el seno más oculto de la sierra los techos de pizarra del Monasterio benedictino, y cada roca nos parecía un altar, cada encina y cada roble una planta regada por el sudor de un santo, cada murmullo la salmodia de un anacoreta, cada objeto un testimonio coetáneo de tantas visiones, sucesos y maravillas como allí pasaron y allí se escribieron».

Vigoroso y enérgico, con trazos que recuerdan el estilo de Ribera, es este otro cuadro donde se describe el castillo de Ponferrada y se evoca el recuerdo de los infelices caballeros Templarios: «El verdadero monumento de Ponferrada es el castillo que, situado á su extremo occidental, señorea el arrabal y la deliciosa vega del Sil y el ameno valle que fecunda el río. Toda la doble ó triple cerca de sus muros se destaca circuída de almenas, todos sus torreones, cuadrados ó redondos, llevan corona de modillones; por todos sus lienzos corren líneas de matacanes; su primera entrada con puente sobre el foso y la segunda en mayores dimensiones, ambas ofrecen un arco semicircular y dos cubos para su defensa. Añádenle un encanto indescriptible el rojizo color de los sillares, los festones de parásitas yerbas, y hasta el pintoresco desorden, los signos de la ruina, recordando con tristeza á sus infelices dueños misteriosos esculpidos sobre una de las

puertas interiores, y la bíblica inscripción que revela en ellos una seguridad no justificada por el éxito: *Dominus mihi custos, et ego disperdam inimicos meos.* Místicos y silenciosos por debajo de aquel arco salieron los Templarios en un día del año 1310, reunidos de todo el Bierzo, donde tantas encomiendas poseían, en aquella su fortaleza principal, para comparecer ante el Concilio en Salamanca, y alejáronse al compasado trote de sus caballos, sin volver atrás los ojos, para no ver arrollada en la torre del homenaje la enseña de su cruz, que ya no debía más desplegarse al viento. En vano el Concilio, por la voz unánime de once prelados, oídas las declaraciones de los testigos y las defensas de los reos, los proclamó inocentes de las negras imputaciones que sobre la Orden pesaban; su proscripción general estaba decretada, y la riqueza del botín tentaba demasiado al Monarca de Castilla para no imitar el ejemplo del de Francia, sin recurrir como éste á las sangrientas torturas y á las pavorosas hogueras. Pero el infortunio ha traído al extinguido templo tanta piedad é interés, como envidia y odiosidad lo concitó en vida su pujanza: todavía le atribuye el vulgo, especialmente en el Reino de León, donde más raíces tenía su poder, las obras desconocidas de cierta antigüedad y grandeza, y las artes recordarán siempre con gratitud tantos y tan insignes monumentos á él debidos, sobre los cuales, á pesar de su gentileza, reflejan un no sé qué de sombrío los misterios de la Orden y un no sé qué de melancólico su fin lamentable».

No quiero privaros del gusto de oir otro bellísimo trozo de la prosa de Quadrado; lo copio del librito «Consideraciones sobre las siete palabras que habló Jesucristo en la Cruz», las cuales consideraciones, de no ser conocido el autor, bien pudieran pasar por obra del majestuoso Fray Luis de Granada. Comenta Quadrado la presencia de la Virgen María al pie de la Cruz, y dice: «Cuán distinto del que le contempló nacer, le vé morir. Yacía en pobres pajas, y hoy pende de un madero infame; blancos

pañales le envolvían, y hoy aparece en alto su desnudez; á los cantos de los ángeles sucedieron los sarcasmos de la vil plebe; á la gracia infantil inundada de esplendores celestiales, la sangrienta huella de las torturas y el espantoso sello de la muerte. María recuerda en aquel instante todas sus caricias de niño, sus palabras de hombre y sus revelaciones de Dios; cuán amable era Él y cuán amada Ella, y lo recuerda con entrañas de la más tierna madre y de la más agradecida y enamorada criatura, y lo compara con el espectáculo presente, y gime por su hijo expirante, por su Dios ofendido, por los hombres ofensores, y asociándose á las angustias más íntimas del Redentor siente sobre sí también el peso de las humanas culpas y de la cólera divina».

Y con esto termino el discurso, sin añadir palabra alguna que pueda desvanecer el efecto que las de Quadrado, seguramente, han causado en vuestro espíritu, conmovido por la grandeza de este autor excepcional á quien Menéndez Pelayo puso á la vera de Raimundo Lulio, y ante cuyas obras estupendas recordamos aquella frase de Longino: «Sólo los grandes hombres saben decir las grandes cosas».

Quadrado, arqueólogo y crítico de arte

por el

Ilmo. Sr. D. José Ramón Mélida.

Al congregarnos hoy los excursionistas españoles para conmemorar el Centenario de un benemérito predecesor, en la memoria de todos está el fruto de la ardua empresa y patriótico empeño que supo cumplir como pocos, y que con perenne lozanía se nos muestra en varios volúmenes de la obra «Recuerdos y Bellezas de España».

Nació este utilísimo repertorio de la feliz asociación de dos voluntades entusiastas y generosas alentadas por los ardores del romanticismo: la del artista D. Francisco Javier Parcerisa y la del escritor D. Pablo Piferrer, ambos jóvenes, catalanes y patriotas. De Parcerisa fué el pensamiento. Exaltada su imaginación con la lectura de las descripciones de la Alhambra, contenidas en el libro de Chateaubriand «El último Abencerraje», por natural adaptación de las ideas al modo de sentir y expresar de quien las percibe, brotó en su cerebro el propósito de recorrer las históricas ciudades españolas para recoger en fieles dibujos las olvidadas joyas de nuestro arte monumental, con el fin de publicar una obra cuya magnitud acaso se ocultaba al entusiasmo del artista. Posiblemente pensó escribir él mismo el texto que á los dibujos debía acompañar, y en verdad no le faltaban dotes para la labor literaria, como lo prueban algunas cartas en que da noticia

de ciertos detalles recónditos de los monumentos que copiaba y que Quadrado transcribe por notas de su texto. Es notable, por ejemplo, una carta fechada en Oviedo, en la que da cuenta de cómo descubrió los relieves de la portada del Monasterio de Villanueva, relativos á la desgraciada muerte del Rey Favila, ocultos por una obra posterior.

Debió comprender Parcerisa que la actividad y el tiempo no consentían á un solo hombre realizar la obra, en la que la labor del lápiz y de la pluma debían ser distintas, y en busca de colaborador dirigióse al ilustre Milá y Fontanals, quien le indicó como persona apta para el caso el joven Piferrer.

La empresa, aun para dos jóvenes animosos, era magna y hacíala temeraria á la sazón, lo que tal vez les sirvió de acicate para no demorarla. En aquella época de crisis y de transformación social, como los tiempos presentes, los monumentos históricos habían sufrido los estragos de la guerra de la Independencia y estaban sufriendo los de la guerra civil y de las convulsiones revolucionarias. No se arredraron por eso Parcerisa y Piferrer; despreciando peligros emprendieron su excursión por Cataluña, donde ardía la discordia, y publicaron el primer tomo en 1839.

Más tarde fué asociado á la empresa D. José María Quadrado, el cual rindió á su tiempo cariñoso tributo á sus colaboradores en los artículos necrológicos que les dedicó.

De Piferrer dice que «ensanchándose el plan (de la obra) en la ardiente cabeza del escritor, los monumentos le condujeron á la historia, la historia le despertó la ambición de esclarecerla con no conocidos datos y documentos».

De Parcerisa, alma de la obra, en la que se suceden y simultanean distintos escritores, es más interesante lo que escribe Quadrado, y no nos resistimos á copiar la parte más substancial.

«Era sorprendente y producía maravillas, dice, la fuerza de voluntad de aquel hombre. Ella le convirtió, después de ya formado, de industrial en artista, de dibujante á los

cincuenta años en pintor, obteniendo honrosos premios con sus cuadros, le formó correcto y hasta elegante escritor, de que se pagaba no poco.

»A esta admirable fuerza de voluntad y perseverancia debe España la obra monumental «Recuerdos y Bellezas», á la que otras posteriores pueden haber superado en magnificencia, pero nó en novedad de objetos, en exactitud de descripciones y en riqueza de datos; deben veintiocho provincias, no sólo un repertorio completo de sus monumentos, sino el estudio de sus Archivos particulares, la historia local de sus poblaciones y casi diré su poema; deben los autores, que á tareas análogas se dedican, un socorrido arsenal de noticias y hallazgos, cuya procedencia hartas veces se juzgan dispensados de citar; mejor, sin embargo, que cuando no lo aprobaban por afectado desdén ó por no conocerlo bastante; debemos, por fin, nosotros los escritores, sucesiva ó simultáneamente asociados á su grande empresa, Piferrer, Pi y Margall, Madrazo y el que estos párrafos firma, la ocasión de adquirir prez en tan notable campo, cada cual á medida de sus fuerzas, y de prestar dignos servicios al Arte y á la Historia».

Como por la mano nos lleva el mismo Quadrado, con tan acertado juicio de Parcerisa y de la obra, y el cual envuelve una justa autocrítica de su participación en ella, á tratar concretamente del asunto.

Piferrer escribió después de los dos tomos de Cataluña, el de Mallorca. Con el dedicado á Aragón, impreso en 1844, aparece el nombre de D. José María Quadrado, juntamente con el de Piferrer; y muerto éste en 1848 queda Quadrado dueño del campo, y recorre en 1852 los de Castilla, Asturias y León, cuyos volúmenes salieron á luz sucesivamente: primero los que dedicó á *Castilla la Nueva;* en 1855 el de *Asturias* y *León;* en 1861 el de *Valladolid, Palencia* y *Zamora,* y en 1865 el de *Salamanca, Avila* y *Segovia.*

Estos volúmenes que, como los demás de la colección, fueron reimpresos y completada ésta con los que sin hacer quedaron, bajo el título de *España, sus monumentos y ar-*

tes, su naturaleza é historia, habiendo Quadrado corregido y anotado aquella su valiosa parte, cuya nueva edición fué publicada de 1884 á 1886.

Pero si no fué Quadrado el primer colaborador de Parcerisa, bien puede decirse, sin menoscabo del mérito de los primeros ni de los últimos, que á todos aventajó en el acierto de ponderar los varios aspectos del tema común, de sintetizar la historia de las regiones y de las ciudades, de relacionarla con los monumentos y en sus varios caracteres leerla claramente; exaltar sin falseamientos imaginativos de la verdad las bellezas de la Naturaleza y del Arte. La razón de ello está en que Quadrado era un espíritu ecuánime y una inteligencia clara, perspicaz y serena, que había recibido una educación literaria clásica y sólida, con la que supo contrarrestar las exaltaciones del romanticismo, en cuya corriente se formó y escribió.

Y así la leyenda, que es el muérdago de la Historia, desfigurador de ella y de los viejos monumentos á los ojos del vulgo, no le sugestiona y desvía, como á otros, del fin propuesto, al que siempre atento se ciñe; ni los episodios de las vidas de ciertos personajes históricos, de que fueron teatro lugares y edificios, más célebres por ellos que por lo que suponen y son en otros aspectos generales y más importantes, entretienen su pluma en importunas disquisiciones.

Atento á aquilatar la verdad histórica, recorre comarcas enteras, visita ciudades, villas y aldeas, busca antecedentes en los escritores que trataron tales asuntos y los compulsa; rebusca en archivos datos inéditos y preciosos, y además, y con todo ello, con intuición pasmosa en que brilla su condición de arqueólogo más que en nada, evoca el misterioso pasado, y con las luces del saber alcanza la visión completa y clarísima de las Edades y de las épocas que recorre, y por fruto de ello describe con precisos rasgos y en mágico estilo las joyas artísticas representativas de nuestras pasadas grandezas. Hay en esas descripciones un amargo dejo de lamentación del injusto olvido en que

tenía nuestra sociedad de mediados del siglo XIX tan preciados monumentos; hay un generoso deseo de hacerlos amar y estimar en todo su grandísimo valor. Estos eran el pensamiento y el objeto iniciales de la obra á cuyo servicio puso Quadrado su inteligencia, su saber y su corazón de español.

Y la hora era propicia para hacerlo. Después del primer intento, acometido por el insigne Ambrosio de Morales en su *Viaje Santo*, en el siglo XVI, los más inmediatos predecesores de Piferrer y de Quadrado, en el siglo XVIII, D. Antonio Ponz y el glorioso P. Flórez, los cuales viajaron y escribieron en los tiempos preceptistas del neoclasicismo, se cuidaron poco de nuestros monumentos de la Edad Media y en cambio prestaron singular atención á los de la antigüedad romana y muy especialmente á los epigráficos que andaban dispersos y escondidos, con lo cual, por otra parte, es notorio que prestaron singular servicio.

Esta deficiencia, no imputable á esos animosos viajeros sino á su tiempo, tuvo completa reivindicación con el movimiento romántico, que se nos representa en la vida intelectual como si un viajero, cual nuevo hijo pródigo, después de haber andado largo camino admirando las obras inmortales de la Literatura y del Arte clásicos, se para y vuelve los ojos á los ingentes monumentos medioevales y con piedad filial los contempla extasiado y se arroba en sus bellezas, como pesaroso de no haberlas comprendido antes, dispuesto ahora á reverenciarlas como su ideal sublime. En este momento de la evolución estética escribió Quadrado, y así de los pocos lunares que pueden hoy señalarse á sus libros, es su laconismo cuando trata de la grandeza romana y de sus restos (pocos en verdad en las regiones que exploró); siendo ello, como en el caso anterior, más imputable que á él al exclusivismo contrario en que cayó su época. En ella no se sentía el paganismo, sino el cristianismo y su obra civilizadora. Se hablaba entonces de la Monarquía visigoda y de la epopeya nacio-

nal, que empieza temerariamente en Covadonga y acaba con sin igual gloria en Granada, como de antecedentes necesarios de la razón de ser de nuestra patria; y los arqueólogos se afanaban en el estudio de las viejas basílicas y los tesoros de los Reyes visigodos, de nuestras magníficas catedrales y monasterios, de las mezquitas y de las sinagogas, de la encantadora Alhambra y del magnífico Alcázar sevillano, de torres mudéjares y de fortalezas feudales; mientras la poesía, á los ecos del Romancero, cuyos versos repetían mil voces con acento de triunfo, producía poemas caballerescos y sonoros.

Y mientras los eruditos analizaban aquellas décadas gloriosas de nuestra historia y aquellos peregrinos monumentos, exaltando entre todas las Catedrales góticas, como cifra y compendio del idealismo cristiano, Quadrado y sus compañeros se dedican á sintetizar tales *recuerdos y bellezas* en páginas de fácil y amena lectura que instruyan á la masa común del público, al par que le deleiten con las representaciones gráficas, para que admirando tan preciosos restos de nuestro pasado cifre en ellas, en lo que son y en lo que representan, el amor patrio.

Hay que ver con qué devoción y convencimiento de arqueólogo cumple Quadrado su misión educadora.

Confórmase su criterio, en materia de historia de Arte, en los principios que habían formulado Batissier en Francia en 1845 y Caveda en España en 1848, señalando los límites y progresión cronológica, encadenamiento y transformaciones de los estilos.

Pero Quadrado, con aquel concepto amplio, sí, pero poco concreto de la Arqueología, preconizado por Champollion, según el cual el fin de esta ciencia es reconstituir el cuadro social antiguo por medio de los monumentos, á cada paso interroga á las vetustas piedras para arrancarles el secreto de los hombres que las labraron como expresión de sus ideales.

El mismo ha dicho que «separar la Arquitectura de la Historia y el monumento de su origen, de su carácter y

de los recuerdos que lo consagran, es poco menos que considerar el cuerpo sin alma, la palabra sin su significado, el efecto sin la causa, la obra sin hacedor ó destino, el objeto material sin relación ni encanto alguno de los que prestan la imaginación». Y estas palabras encierran el concepto que de la Arqueología tenía Quadrado y tenía su época, época de reconstitución científica, en la cual los monumentos se consideraban como un medio para reconocer la Historia; pero apenas si empezaba á reconocérseles personalidad histórico-artística suficiente para que su conocimiento constituyera por sí un cuerpo de doctrina fundado en la crítica.

Verdad es que á ello contribuyó Quadrado con singular intuición. Después de trazar la historia de una ciudad, de discurrir por sus pintorescas calles señalando los mil accidentes á que van unidos otros tantos recuerdos de lances y contiendas de reyes y magnates, prelados y caballeros de unos ú otros bandos, penetra en alguna de aquellas célebres iglesias, é imbuído de la magia del arte, la describe con tan exquisito sentimiento de la belleza arquitectónica como exactitud y sobriedad, señala típicos detalles, muestra sepulcros de famosos personajes y hace notar expresivas inscripciones. Cada monumento es en las páginas de Quadrado como un libro abierto de la Historia y del Arte, y el conjunto de ellos aparece con aquella relación que en cada comarca determina un estilo local. «¡La Catedral de Toledo,—escribe—el Escorial, el Real Palacio de Madrid!, tres importantes fechas para la historia del Arte, tres glorias de sus siglos respectivos, tres insignes centros en torno de los cuales se agrupan conformándose á su tipo casi todos los monumentos de la provincia, como cabañas á la sombra de un castillo ó como planetas alrededor de un sol».

Tampoco se oculta á sus ojos, aunque la historia comparada de nuestras artes estaba en sus comienzos, la relación de unos estilos con otros, y así dice que la iglesia de San Juan de Baños «sirve de precioso eslabón entre las

raras antigüedades visigodas descubiertas en Toledo y las construcciones asturianas del siglo IX».

Quadrado prestó más atención á la Arquitectura que á las demás artes, y, como queda dicho, mostró su preferencia por la Edad Media y aun por la Moderna. De antigüedades anterromanas no se hablaba todavía en su tiempo, y teniendo esto en cuenta, razonable parece que al referirse á las toscas figuras de «toros y elefantes de piedra» que halló en Avila, Segovia y Salamanca, las señale como vestigios de «primitivas edades..... ora sea romana, ora púnica su procedencia, ya tuviesen por objeto el cumplimiento de un voto, ya la conmemoración de una victoria».

En anotaciones, abundantes en la segunda edición de sus libros, habla de antigüedades romanas, y en el texto de algunos monumentos arquitectónicos, de los cuales el magnífico acueducto de Segovia es el que mereció, cual no podía menos, especial atención de Quadrado, que lo describe y está acertado al indicar que debió ser construído «tal vez á expensas de los pueblos y no por largueza de los altivos gobernantes».

No me detengo á considerar (pues este es cometido que cumplirá á maravilla el Sr. Lampérez), cómo aprecia Quadrado las construcciones visigodas y las de los sucesores de Pelayo, en las que cree descubrir «las huellas de un arte más bien decrépito que naciente».

Por lo que se refiere á la Escultura, hace notar el bárbaro carácter de los relieves de las basílicas asturianas y «cuánto se adelantaba el estudio de ornamentación al de figura». De una y otras se ocupa luego en los numerosos monumentos románicos, á los que llama bizantinos, como entonces se decía, que va encontrando y describe en tierras castellanas. Descifra las representaciones iconísticas de las figuras que adornan los capiteles y las portadas, como asimismo los sepulcros y su carácter, en el que resulta más la expresión que la belleza de la forma. Y más adelante, cuando llega á describir esculturas góticas, como las de la Catedral de León, aprecia su belleza ideal, la in-

movilidad de la que revelan abolengo bizantino, el patético misticismo de otras. Al describir la escena del juicio final, desarrollada en un tímpano, hace notar cómo esta representación, con su contraste de inefable dicha y horrenda condenación, es contemporánea «de las visiones del Dante y preludio de las creaciones grandiosas de Miguel Angel».

Pero si no pasa nunca en silencio esas creaciones, como asimismo las pinturas y las antigüedades de todo género que se le suelen ofrecer en los tesoros de las iglesias, no por ello pierde el hilo de su objetivo, que es la descripción sintética de los monumentos en relación con la Historia.

Acomodábase á maravilla este concepto al fin educador de la obra y su lenguaje, que huye de la tecnología doctrinal ó la dulcifica, es el apropiado á la buena inteligencia de la materia por el público en general, que falto de esa instrucción necesaria contempla los monumentos antiguos sin comprenderlos.

Tal es, tan brevemente bosquejada, según me lo imponen la ocasión y el tiempo, la labor de Quadrado como arqueólogo y crítico de arte. Coniderada en conjunto, no sólo ella, sino la obra total «Recuerdos y Bellezas de España», fué un avance necesario y decisivo para la vulgarización de nuestros monumentos antiguos.

Consecuencia de esa labor, conseguida por el examen directo de los monumentos, es la que se impuso y cumple la Sociedad Española de Excursiones.

Nuestro tiempo, más analítico y ecléctico, está elaborando, por fin, algo aún más concreto y definitivo: los catálogos monumentales, que tienen aquella obra por antecedente y modelo, aunque para esta otra se exija distinto sistema y especial rigor científico.

Por otra parte, las guías artísticas, con oportuno sentido práctico ofrecen en claras y breves síntesis á los viajeros curiosos las noticias que han menester para apreciar el valor de los monumentos que visitan.

Pero «Recuerdos y Bellezas de España» fué y será siem-

pre el archivo popular de nuestro tesoro arqueológico nacional, y en esa obra Quadrado se destaca como el historiador por excelencia de las memorias locales de nuestro arte monumental, el eslabón necesario entre nuestros clásicos escritores de la materia y los investigadores actuales, de la vasta reconstrucción de nuestra Arqueología y de la historia de nuestras Artes. Quadrado fué el precursor en tan arduo apostolado que predica la admiración, el respeto y el conocimiento provechoso de los restos tangibles en que se mantiene vivo y potente el genio de nuestra raza.

———— —

Quadrado, crítico de la Arquitectura española

por el

Ilmo. Sr. D. Vicente Lampérez y Romea.

SEÑOR:

En esta glorificación de QUADRADO, tócame, por la benevolencia de la SOCIEDAD ESPAÑOLA DE EXCURSIONES, enfocarle desde el punto de vista de su crítica de nuestra Arquitectura. Arido parecerá, ciertamente, el tema; mas no carece de importancia, pues rama es de los conocimientos de QUADRADO en la que, como observó donosa y sagazmente Menéndez y Pelayo, si no fué uno de los escritores más citados, sí uno de los más saqueados; lo cual prueba que no ha sido de los menos leídos. El tema es extenso; pero aquí sólo cabe, por las imposiciones del tiempo y de mi persona, esbozar un cuadro sintético y ayuno de toda gala literaria.

Es la ARQUITECTURA una concepción en la que se juntan, por modo absolutamente inseparable, los factores históricos, sociales, artísticos y estructurales. Por ende, el análisis de un monumento no será completo ni exacto si no abarca el examen del medio histórico en que se creó, de la necesidad social á que obedece su formación, de las cualidades de su estilo y de los elementos de su técnica dispositiva y constructiva. La crítica de la Arquitectura exige, pues, si ha de ejercerse atinadamente, la

comprensión total del problema. Y así es de difícil é incompleta, aunque los críticos lleven los nombres próceres de Taine ó Ruskin. Sin alcanzar las cumbres donde culminan tan gloriosos varones, QUADRADO abarcó los distintos aspectos del arte arquitectónico, aunque, como es natural, con muy diversa amplitud.

Trató el ilustre menorquín de la monumentalidad española en varias de sus obras; pero especializó en aquella insigne de los *Recuerdos y Bellezas de España*, cuya génesis acabáis de oir, eruditamente narrada por el señor Mélida. Fué su obra predilecta, á la que consagró «los mejores años de su vida», según nos dice en el prólogo de la segunda edición del tomo dedicado a las *Islas Baleares*. En ella encontraremos los datos para nuestro estudio. Acompañadme, pues, á través de sus páginas, apreciaremos juntos cuál fué la visión que QUADRADO tuvo de la Arquitectura española. Y no extrañéis si entre los elogios que su labor me inspira, brota alguna censura; porque una biografía no debe ni puede ser un panegírico incondicional.

Veamos el aspecto histórico de su crítica arquitectónica. ¿Será preciso decir que en él brilla con su luz más intensa y atractiva? Fué QUADRADO ante todo y sobre todo un *historiador*. Y al doblarse en él el arqueólogo, sus escritos adquieren valores que yo llamaría *epopéyicos*. Leed, por ejemplo, aquellas páginas que dedica en su *Aragón* al cenobio de San Juan de la Peña, en las que sigue el nacimiento y desarrollo de la ruda fábrica muzárabe primero, románica después, amalgamados con las de la historia aragonesa que en la cueva de Juan Atarés tuvo su cuna. Repasad lo que escribió sobre Santa Clara de Tordesillas, uniendo las descripciones de estancias y techumbres moriscas, con las andanzas y aventuras de

D. Pedro I de Castilla. Aspecto es el histórico-arquitectónico en el que Quadrado fué insuperable maestro.

El social-arquitectónico no era de su tiempo, en el especialísimo carácter que las teorías modernas le conceden. Sin embargo, aparece en sus escritos, como fruto natural del estudio histórico, de que es secuela. ¿A qué necesidad social responde cada edificio? ¿Con qué elementos la satisface? Oigamos á Quadrado en el capítulo referente á la Universidad de Salamanca. Ved, allí, cómo los *estudios* alojados en el claustro de la Catedral y refrendados en la capilla de Santa Bárbara, exigen luego edificio propio donde colocarse puedan las *lectorias* de los doce maestros, el canciller de estudios, el rector, el capellán y el *estacionario*, y con arreglo á cuyas necesidades surgió, al comenzar el siglo xv, aquel edificio que levantara el maestro Alonso Rodríguez Carpintero, y cuyas aulas, de austeridad monacal, duros bancos y pobre cátedra, nos hablan, con elocuente expresión, de los sistemas pedagógicos al uso en los días de Ruiz de Segovia y Arias Maldonado. O subiendo con Quadrado los peñascales de Guara, donde se asienta el castillo-monasterio de Loarre, aprenderemos á razonar con él la caótica composición de las estancias, tal como la sala donde las damas se solazaban, ó «suspiraban el regreso del esposo desde la espaciosa ventana de bizantinos capiteles»; y más arriba, la torre del homenaje, sin cuya defensa toda aquella fábrica fuera inútil hacinamiento de piedras.

Veamos ahora á Quadrado como crítico propiamente arquitectónico, siguiéndole en sus juicios sobre la técnica y el arte de cada uno de los estilos, aspectos ambos íntimamente relacionados. Séame permitido dirigir, previamente, una ojeada general á su *sistema*.

Ejerció el ilustre menorquín la crítica en el promedio

del siglo XIX, cuando la de las Artes era en España patrimonio de literatos, poquísimo adoctrinados en la técnica de la Arquitectura. Ellos no veían en los monumentos más que ó la razón histórica de su existencia ó sus condiciones formales. QUADRADO es, sin embargo, el menos lírico de todos. Donde los otros se pierden en la hojarasca fraseológica, nuestro sabio halla el recto sendero de una apreciación, sentimental ciertamente, pero muy ceñida á los tecnicismos y leyes arquitectónicos. No habrá que pedirle la visión de los grandes problemas estructurales, propia de un profesional; mas, con altísimo sentido, atisba, por lo menos, muchas de las cuestiones de ese orden, que los monumentos presentan. Ni fuera justo tampoco exigirle, en el juicio de los distintos estilos, un conocimiento de escuelas é influencias que sólo la moderna Arqueología aportó á estos estudios; pero también da muestras QUADRADO de no serle extrañas ciertas corrientes por entonces iniciadas en estas disciplinas.

Señalemos, en fin, en su apreciación técnico-artística de la Arquitectura, una laudable ecuanimidad. Colocado en medio del neoclasicismo que aprendiera en los escritos de Ponz, Cean Bermúdez, Llaguno y Jovellanos, y el credo romántico que como literato confesara, y como crítico de arte bebiera en los estudios precursores de Capmany y en los, ya plenos, de Piferrer, supo ser ecuánime y juzgar con un espíritu libre y personal. Así, á veces, prefiere aquellas inocentes, pero espontáneas *notas* arquitectónicas de Ambrosio de Morales, á las sabiondas observaciones de Ponz. Y cuando la ocasión le coloca frente á un gran monumento típico, su alto juicio le encumbra á regiones de serenidad, librándole de exclusivismos malsanos.

Sigámosle ahora en el examen técnico-artístico de los distintos estilos españoles.

La limitación de la Geografía que exploró QUADRADO, no se presta á grandes juicios sobre la Arquitectura ro-

mana. Ese enigma histórico-arquitectónico que se llama el acueducto segoviano, es el más importante monumento clásico que en sus viajes encontró. Su crítica, somera, no nos permite conocer cómo apreciara nuestro sabio las construcciones del pueblo-rey.

De las visigodas, confiesa la carencia de monumentos sobre los que pueda teorizarse. Mas, fijándose en San Juan de Baños, sienta una opinión que hoy perdura. Caveda acababa de negar su visigotismo, fundado en los arcos de herradura que tiene. QUADRADO lo afirmó, precisamente por lo mismo, y antes que ningún otro de los arqueólogos de su tiempo.

Pasados los tristes días del Guadalete y de Segoyuela, los Reyes asturianos levantan junto á Oviedo las edificaciones de Naranco y Linio. Frente á ellas, QUADRADO sigue á Jovellanos en su visión, profética en éste, de la importancia de las singulares construcciones. Tímidamente expone su criterio ante aquel desconcertante estilo. En el análisis de la rara estructura de Santa María de Naranco, á la que califica de «Santuario al aire libre», adivina un problema sobre el destino del edificio, que la Arqueología moderna no ha resuelto aún. En San Miguel de Linio, sus dudas sobre el estilo son aún mayores, y en cuanto á su estructura primitiva, acomete una ideal reconstrucción; curioso alarde de saber técnico, errado en algunos puntos, pero no mucho más que lo han sido las después propuestas.

Al tratar de la arquitectura del siglo XII demuestra una clarísima percepción de sus comienzos, en las dudas que le suscita la legionense basílica de San Isidoro, como pretendida obra de Fernando I. En su desarrollo, la aprecia concienzudamente en el magno y comprensivo análisis que, con trazo seguro y firme, hace de las grandes edificaciones del estilo en Avila, Zamora y Salamanca. El análisis de la vieja Catedral de la ciudad del Tormes es precisa, ceñida, casi técnica. Zócalos y pilares, capiteles y bóvedas, pechinas y cimborrios, reciben sus nombres pro-

pios y son vistos en su real oficio. Cierto que en toda la arquitectura de este período estimó un *bizantinismo,* que no era sino *romanismo;* y, en cambio, no supo apreciarlo en las cúpulas salmantinas, cuya estructura sículo-bizantina es patente. Mas ¿cómo culparle por un error de nombre, que hoy mismo subsiste, aun entre personas que se precian de entendidas, ó por la ignorancia de una influencia, cuyo conocimiento es novísimo?

La arquitectura gótica fué la que Quadrado mejor siente y analiza. ¡Al fin, romántico! La Catedral de León encontró en su pluma, al par que el más idealista visionario, un exacto cronista y crítico, parte por parte, elemento por elemento. Entre sus múltiples aciertos, notarse debe, como muestra de su percepción casi técnica, el de la veraz apreciación de la primitiva estructura del triforio y de su cubierta adyacente; tan veraz, que no otra ha sido la reconstrucción hecha por los arquitectos restauradores de monumentos. La Catedral de Toledo mereció á Quadrado una brillante descripción. Y cuéntese que es un monumento de más fácil impresionabilidad sentimental que de estudiado juicio arquitectónico. ¿Cuántos son los críticos que conocen los problemas técnicos que su traza planteó? ¿Cuántos los que saben cómo están resueltos? ¿Cuántos los que *han visto* la singular y estupenda (única en España) estructura primitiva de aquel triforio inmenso, unido á los grandes ventanales, con la doble tracería vidriada hacia el exterior? Quadrado apreció bien la grandeza de la construcción, y con acierto especialmente técnico habla de la «proyección ingeniosa» de las bóvedas de la girola; palabras expresivas de que se había percatado del difícil problema que nuestro Pedro Pérez, el insigne maestro de la Sede toledana, resolvió por modo no superado por ninguno de los grandes Arquitectos del siglo XIII.

Las arquitecturas mahometanas españolas son las más someramente apreciadas por Quadrado. Natural y lógico debe parecernos el hecho. Él no podía ser un orientalista, pues sus viajes y estudios plasmaron en regiones donde

sólo á título excepcional tienen representación aquellas artes. Hubiera laborado en Córdoba, Sevilla y Granada, y aquella falta de facultades comprensivas encontraría remedio. No fué así; y, por ende, en Toledo, bajo las bóvedas de las mezquitas de Bib-el-Mardom y de las Tornerías, su juicio arquitectónico es simplicísimo; y en Zaragoza, en el castillo de la Alfajería, tras una errónea comparación de aquel arte con el granadino, á los que separan tres siglos, su pluma se contenta con llenar una página puramente literaria sobre los legendarios esplendores del palacio de Aben-Alfage.

La arquitectura «mudéjar» se presenta á Quadrado como tema muy de su gusto y á propósito para excursiones histório-sociales sobre los «sometidos». En cuanto al arte, su crítica es superficial y al «rasguear de la pluma»; cosa, en verdad, á que se presta esa arquitectura, toda forma envolvente, y pocas veces estructural. En la Puerta del Sol, en Toledo (que erróneamente reputa mahometana pura), le encantan su robustez, que compite con la ligereza, y los arquillos afiligranados; pero nada le dice la estudiadísima técnica de tan lindísima obra de albañilería.

La arquitectura «plateresca» tiene todavía más que la anterior, de vestidura lujosa y pintoresca, que de arte técnicamente trascendental. Quadrado lo apreció así; sírvame, para probarlo, sus propias palabras, tan exactas como expresivas, tratando de la Universidad Complutense. «La arquitectura de la fachada—dice—es como de aquel tiempo, caprichosa é indecisa, desnuda y prolija á la vez, de grandes masas y numerosos ornatos, de tímida robustez..... y osada ligereza». No obstante, no escatima sus elogios á un arte tan soberanamente atractivo.

Avanzando en el Renacimiento le tenemos frente al Escorial. Piedra de toque de críticos fué siempre su arquitectura. Los más desvíanse de la apreciación de su arte, de sus condiciones estereotómicas y de la teoría expresiva de líneas y masas, por la fácil tangente de las impresiones sobre el (según el tópico consabido) *tétrico* Felipe II. No-

blemente QUADRADO se levanta á altas regiones, desde las que compara la religión de la Edad Media, sostenida maravillosamente por la fe y desprendiéndose del suelo en busca de sus eternos destinos, con aquella otra que sintiera el Monarca del Escorial, profundamente asentada sobre la tierra, preparándose á deshechas tempestades, identificada con el trono y amparada en toda la fuerza del poder humano. Y si encuentra admirables las catedrales góticas, como expresión de aquéllas, se rinde asombrado en el interior de la iglesia escurialense, cuya arquitectura encuentra dignificada por la *sencillez*, la *unidad* y la *proporción;* elementos del más alto valer estético, integrales de toda la técnica de Juan de Herrera.

Después falta la ecuanimidad de QUADRADO ante el espectáculo de la arquitectura barroca. Aun en sus más amplias hechuras, como el Pilar de Zaragoza, encuentra «magnitud y no grandeza, espacio y no desahogo». Y en las obras decorativas, su enemiga se manifiesta abierta y luchadora. Considerando el «Transparente» de Toledo, truena contra «la generosidad malograda», como llama á la del Arzobispo Astorga, que pagó aquella máquina, en la que los ojos, dice, no encuentran un sólo detalle «en que descansar con gusto». ¿Cómo extrañar tan severos juicios en el hombre saturado de los exclusivismos neoclásicos de Ponz y de Jovellanos?

A sus manes sacrificó el ilustre menorquín cuando escribe sobre la arquitectura del siglo XVIII. Todo en ella le parece digno de estima y aprecio. En el Palacio Real le encanta la grandiosidad del pensamiento, la belleza de los elementos que, libres ya del barroquismo, brillan puros y luminosos sobre el azul de cielo y las frondas de la Casa de Campo. ¡Qué más, si el bosque de chimeneas y bohardillas que, por falta de las estatuas, siluetea horriblemente el Regio Alcázar le da pretexto para pintar un luminoso cuadro donde el sol centellea! D. Ventura Rodríguez le merece elogios cuando ejecuta obras de correcto clasicismo, como el palacio del Duque de Alba y Liria; pero no

obtiene su perdón en las que, más graciosas, se hace cálida su fantasía, como la cúpula de la Santa Capilla de Zaragoza.

Completa el cuadro que aquí me ha sido permitido esbozar la vibrante página que escribió QUADRADO, en las adiciones al libro sobre las *Islas Baleares*, de Piferrer, á propósito de la fachada de la Catedral de Palma, por entonces construída, tras una tramitación oficinesca que impuso un determinado proyecto. Con frases nada suaves protesta contra la sumisión al criterio oficial, «que es—dice—como dejarse morir en regla». Y analizando la fachada abomina de ella, por demostrar una supina ignorancia del arte gótico, al que el autor debiera haberse sujetado. Tiene esta página palpitante interés, porque nos dice cuál era el pensamiento de QUADRADO en el arduo problema de las restauraciones. Conocida es la lucha entre los restauradores en el sentido de devolver á los edificios destruídos sus formas originarias, y la opuesta de dejarlos en estado de ruinas. Es esta la teoría belga; ó mejor dicho, lo era *ante-bellum,* pues al presente, si no está fallada la opinión que Bélgica sustentará para devolver las bellezas de los monumentos de Reims, Ipres y Lovaina, podemos colegir que, *post-bellum,* ha cambiado radicalmente, á juzgar por la frase *restauraciones respetuosas,* que contiene el programa del certamen de reconstrucción de las ciudades destruídas por la guerra, que va á celebrarse en Bruselas este verano. Cómo veía el problema QUADRADO, lo dejó escrito en aquella página; convencido partidario se muestra de la *restauración arquitectónica.* Pláceme concluir estas *notas* con tan interesante recuerdo.

Escasas y pobres son para contener el aspecto arquitectónico de los escritos del gran menorquín que hoy glorificamos; grandes y luminosas desearía yo que fuesen, como entusiasta tributo rendido á uno de los más altos críticos que la Arquitectura española ha tenido.

Quadrado, poeta

por el

Excmo. Sr. D. Gabriel Maura Gamazo

CONDE DE LA MORTERA

Señor:

De todos los aspectos que ofrece á nuestra admiración la obra ingente del polígrafo balear, este de «Quadrado poeta», cuyo examen se me encomendó, es, sin duda, el menos incompatible con la brevedad que impuso tiránica al justísimo homenaje de hoy, la misma magnitud de la labor que analizamos, opimo fruto de una larga existencia, consagrada por entero al cultivo de un privilegiado espíritu, noble, sagaz, varonil, laborioso y fecundo. Y fué indulgente previsión de los organizadores de este acto, reservar compasivos á mi flaqueza la parte menos ardua de la considerable tarea común.

No era D. José María Quadrado un versificador, diestro en dominar las dificultades técnicas del metro y de la rima, y capaz de suplir con eufónicas combinaciones de sonidos, tan asequibles á quien maneja vocablos castellanos, inanidades de inspiración, vacuidades de entendimiento y aun carencia total de esa llama interior que arde perenne en los corazones deseosos de hospedar y agasajar á la belleza, y advertidos de que en el curso de esta prosaica vida mundanal nadie conoce nunca de antemano el día ni la hora de su radiante y fugaz aparición.

Ningún meticuloso crítico, por atrabiliario y pedante

que sea, podrá señalar en los versos de Quadrado graves infracciones de lesa preceptiva retórica, canon estético severamente mantenido por los literatos y lectores de su tiempo, incluso por los que alardeaban de románticos, para quienes, como para los clasicistas, un ripio era mucho menor pecado que la indebida acentuación de una sílaba. Quizá el hábito de ver pudorosamente deformadas entre rigideces de ballenas y alambres las graciosas líneas del cuerpo femenino les movió á garantir con el corsé, el miriñaque y la faldamenta del preceptismo la honestidad de la poesía, hembra, al fin, harto casquivana y desenvuelta de suyo.

La forma de los versos de Quadrado, con ser ella correctísima, desmerece, no obstante, de la feliz inspiración del fondo.

Tampoco fué el ilustre menorquín un poeta lírico en la estricta acepción del calificativo. No carecía ciertamente, puesto que de varios modos acreditó poseer estos dones excelsos, ni de exquisita sensibilidad para percibir las intensas vibraciones de la vida, ni de facundia artística para expresarlas; pero requerido á toda hora por las faenas absorbentes del investigador erudito y del expositor sistemático, le faltó muchas veces la holgura indispensable á quien ha de aprisionar las lucubraciones sutiles de la imaginación en la cárcel siempre incómoda y estrecha del verbo rimado. Adolescente todavía, casi niño, clama el fervor monárquico, que en su corazón de patriota no había de entibiarse jamás, entonando un himno á Doña Isabel II. Hombre maduro ya, llora en sentidas estrofas la muerte de Balmes, la prematura desaparición de este mundo de aquella alma gemela de la suya, toda luz para conocer la verdad, toda amor para difundirla, toda abnegación para practicarla. Pero aun en esta ocasión no tienen los acentos del vate elegíaco ese matiz subjetivo del lírico que canta su propio dolor junto á la tumba del camarada muerto, sino que hasta las mismas hipérboles se inspiran en la inconmovible fe del creyente y en la robusta confianza del

partidario, para quien lo mejor del ser querido, es decir, sus ideas, sus obras y su ejemplo, resistirá incólume la prueba fatal; porque la saña cruel y la villana alevosía de la muerte, reina y señora de lo caduco, no alcanzan nunca, por ley del Creador, á las manifestaciones terrenas del alma inmortal de la criatura.

Un nombre, uno sólo de toda una era
lá fama en su libro sin fin guardará:
mil nombres de vivos la tumba aglomera,
mas vida al de Balmes la tumba dará.

En días sangrientos, un joven atleta
del templo desierto levántase audaz;
espada es su lengua, su voz de profeta;
empuñan sus manos olivo de paz.

Los bandos de pronto su furia suspenden,
los pueblos despiertan, tremola un pendón,
los sabios admiran, los rudos comprenden,
los émulos callan..... habló la razón.

Mas ni el himno ni la elegía permiten clasificar á Quadrado entre los líricos de su tiempo, como tampoco basta para incluirle entre los imitadores de la poesía romántica alemana un pequeño poema que escribió con el título *Las bodas del Conde malo,* influído, de seguro por la lectura, tan en boga á la sazón, de las producciones líricas de Schiller y de Goethe.

Al pie de fiero monte
está un alcázar fiero
que la cerviz no pudo
domar de Galatzó.....

Es el castillo adusto y sombrío, perdurable vestigio de

la época feudal, cuya silueta, quebrada por los derrumbamientos, amedrenta á los moradores de los contornos y aun al viandante forastero á quien sorprenden las sombras del crepúsculo en el fondo del valle dominado por la orgullosa ruina. Es fama que al cerrar la noche un tropel de malandrines galopando en hipógrifos de sombras, esparce la desolación por la comarca, y ni aun el más valeroso de los mortales sobrevive á la terrífica visión del caudillo de la hueste infernal, un gigantesco caballero jinete en briosísimo corcel verde, color insólito, en un cuadrúpedo que, desdeñado por la naturaleza, se vengó evidentemente reservándose para los caballos fantasmas..... y los de marcas de fábrica.

La leyenda tiene, sin embargo, según el poeta, positivo fundamento. Allá en los tiempos medioevales un Conde, á quien por antonomasia difícil de merecer se llamó el *malo*, amparándose en las sombras, salía con sus gentes de la inexpugnable fortaleza, y así arrebataba las bolsas de los mercaderes como los ganados de los pastores, así la vida de los hombres como la honra de las mujeres.

Pero un día advierten absortos los atemorizados vasallos síntomas inequívocos de una próxima mudanza feliz. El siniestro castillo es engalanado á toda prisa, los feroces comilitones del Conde visten flamante librea azul:

Sin polvo los retratos
muestran su ceño inmoble,
sillones hay más blandos,
y flores por doquier;
el ébano en los muebles
sucede al pino y roble;
y todo indica y siente
que llega una mujer.

El *Conde malo* se casa, en efecto, y los espléndidos agasajos que á nobles y plebeyos prodiga borran el recuerdo de sus abominables hazañas, llevando el júbilo á

todos los corazones, salvo al de la novia infortunada, que no halla en el esposo el amor con que soñó.

Pero he aquí que un trovador desconocido pide ser escuchado y, otorgada la venia, penetra en la sala del festín un mancebo que en el talle muestra ser jovencísimo, cubierto el rostro por espeso antifaz. La canción que canta pondera la fortuna de la paloma que supo aprisionar con su cariño al águila rapaz; pero hay en sus estrofas dejos de tan desesperada amargura y acentos tales de amorosa pasión, que el Conde, reconociendo en el falso juglar á una pastora á quien engañó con promesas fementidas, siente revivir la antigua llama; lo hace público allí mismo y huye después con la zagala á remotos países, mientras llora la Condesa su triste destino en el desierto tálamo.

Aparte el amanerado convencionalismo de este género romántico, poético y pictórico, tiene el poemita de Quadrado bellezas estimables; pero referido á la Edad Media mallorquina, no es sino fantasía anacrónica.

No acierta la imaginación á situar el almenado castillo, guarida de lobos carniceros, entre las palmas y moreras, almendros y olivos, granados y naranjos y las cien otras variedades de la riquísima flora balear; es su sitio adecuado la colina festoneada de vides que se alza vigilante en las márgenes del Rhin, ó el picacho eminente que corona hosco la masa sombría de las coníferas de la Selva Negra, ó quizá la escarpada roca visible apenas entre las copudas hayas de los monótonos bosques de la Turingia. En Mallorca no hubo feudalismo. Cuando otras gentes que no las indomables aragonesas importaran en la isla la planta exótica, habría bastado para asfixiarla el radiante sol que cae á plomo sobre las costas del mar latino y el aliento cívico que satura, emanado de Grecia y de Roma, la suave brisa mediterránea.

También el trovador misterioso, á quien se admite por gracia en el salón del banquete, se asemeja más al bardo errabundo de la Europa central, cuyas habilidades de coplero, músico y juglar pagaba una cadena de oro arrojada

despectivamente á sus pies, ó, como en famosa balada de Goethe, un descomunal tazón de vino, probablemente agrio, que no al trovero de Provenza ó Cataluña, maestro en la ciencia gaya, adorador, siervo y ministro de la gentileza, acogido y festejado como un igual por los hospitalarios y artistas ricos hombres mallorquines.

Ninguna de las tres composiciones mentadas imprime carácter á la labor poética de Quadrado, sino otros tres poemas referentes todos ellos á episodios de la historia de Mallorca; porque fué, ciertamente, la Historia y no la emotividad propia, ni mucho menos la influencia ajena, quien convirtió en poeta al laborioso escritor.

El Archivero del antiguo Reino de Mallorca hurgoneó bibliotecas y desvanes, desempolvó pergaminos y papeles, descifró todo linaje de documentos y obtuvo, al fin, el premio altísimo con que el hada del pasado recompensa amable á quienes la cortejan, cuando para recibir su favor disponen los galanteadores de algo más que un fichero y unas cuantas docenas de varas de balduque.

El tupido velo que envuelve lo pretérito se desgarra poco á poco con la resistencia del recato, aguijadora siempre de la perseverancia y sazonadora después del placer de la victoria. Los nombres de personas dejan de ser vagas designaciones patronímicas ó gentilicias, para dibujar siluetas ó retratos físicos y aun caracteres y conciencias; los de lugares no son ya tampoco anodinas referencias geográficas, sino evocaciones de paisajes, de viviendas que albergan todavía á deudos de quien las mandó levantar, de ruinas á las cuales restituye fácilmente la imaginación generosa los esplendores que despiadado les arrebatara el tiempo. Al conjuro de la laboriosidad investigadora se alzan de sus tumbas las generaciones muertas y redivivas ya, manifiestan sus costumbres, sus ideas, sus vicios, sus virtudes, sus pasiones.....; el velo del olvido se rasga al fin y entreabre, y del ayer remoto surge un mundo nuevo, tan visible á nuestros ojos como el actual, que se nos antoja al principio poblado de entes inverosímiles porque visten,

hablan y razonan de modo distinto que nosotros; pero cuyos moradores se nos muestran, al cabo, afligidos por todas las lacras y capaces también de todas las excelsitudes del ser humano, hombres en fin, amasijo de grandeza y miseria; hombres no más, desde aquel que asomado á la boca de la caverna primitiva acechaba impaciente el vuelo de las aves para deducir medroso presagios fastos ó nefastos, hasta el que en los días nuestros, manipulador de prodigiosa máquina, se remonta á las alturas para sacudir audaz las cadenas de la distancia, salvando en breves horas, por los aires, el inmenso y rugiente foso del Océano.

Esta intensa poesía de la Historia fué la verdadera musa de Quadrado; sus rimas no son sino el desquite de la desabrida sequedad, que el criterio científico de la época impuso inexorable á cualesquiera obras didácticas.

¿Cómo no había de atraer la compasiva atención del cronista balear el desdichado sino de *El último Rey de Mallorca?* Quadrado historiador conoció bien cuán descabellada é irrealizable era la empresa que le costó la vida. En tiempos en que el afán de constituir grandes Estados inspiraba toda la política de Reyes y pueblos en la Europa culta, pretendió el incauto Jaime III mantener incólume la repartición ordenada por el testamento del *Conquistador,* y creyó poder medir sus fuerzas con las de su cuñado Pedro IV, el más enérgico, astuto y desaprensivo de los Monarcas de entonces. Generoso y simpático el mallorquín, pero peligrosamente *snob,* como hoy diríamos, repugnó la existencia patriarcal entre los isleños y prefirió establecerse en sus dominios continentales de Montpeller, alternando ufano, de igual á igual, con sus poderosos vecinos los Reyes de Aragón y de Francia. Cuando tamaña torpeza le hubo costado la pérdida de Mallorca, vendió al francés la Baronía de Montpeller, para equipar ejército y escuadra con que recuperar la isla, y desembarcó en la marina de Campos, á a cabeza de 3.000 peones y 400 jinetes, seguro de determinar con su sola presencia general levantamiento. Pero los mallorquines, abrumados de ga-

belas para sostener la Corte minúscula de D. Jaime, no menos remota que la de D. Pedro, bien avenidos además con su unión á la gran Monarquía aragonesa, permanecieron impasibles; y en el llano de Lluchmayor, en una única batalla, halló término la aventura, decapitado el Rey y muertos ó cautivos sus secuaces.

Mas si Quadrado historiador juzga con merecida severidad la ineptitud del político, Quadrado poeta se enternece ante el cadáver de aquella malhadada víctima de sus propios yerros, y entre estrofa y estrofa, evocadoras de la tragedia de Lluchmayor, plañe con lastimero estribillo:

¡Ay rey vendido y triste!
¡Ay reino ingrato que otro rey quisiste!

Hugo de Anglesola se titula el segundo poema. No acompaña Quadrado en estos versos, como en sus libros históricos, al famoso Virrey ni á las cinco galeras mallorquinas, que juntas con las nueve valencianas mandadas por D. Jofre de Rocaberti, se enviaron en 1398 á castigar la osadía de los moros berberiscos, impunes saqueadores de naos españolas, incluso de las ociosas varadas en el puerto mismo de Palma. El asunto de la narración poética son las inquietudes de Doña Elisenda, que con amor de esposa y orgullo de patricia aguarda las nuevas de la «Armada santa». Traen las que vienen al principio ecos de victoria:

Fué ya el desembarco su gloria primera,
Brindóles Bujia con sangre y saqueo,
Trescientas cabezas por noble trofeo,
Por dignas antorchas de un pueblo la hoguera.

Una esclava mora del séquito de la Virreina, palidece y gime al oir las truculentas descripciones del mensajero; pero su altiva señora la manda que calle y la condena á escuchar repetido y ampliado el para ella atormentador

relato. Muy otro es el que á seguida se divulga, traído por las veloces alas del infortunio. Anglesola ha muerto víctima de su denodado arrojo, y en las remotas arenas de Libia su cadáver insepulto sirve de pasto á los rapaces. Doña Elisenda, humanizada por el dolor, se vuelve hacia la sierva berberisca, diciendo entre sollozos: «Ya eres libre. Ahora, si te place, reza y llora conmigo».

La fábula del último de los tres poemas, *Armadans y Españols,* reune todos los elementos de emoción que pueda requerir el más exaltado romanticismo: vanidades femeninas estimuladoras de odios masculinos, luchas feroces hasta el homicidio, un templo trocado en campo de batalla, el día de la Conmemoración de los difuntos, de modo que las notas solemnes del tremendo *Dies Iræ* son ahogadas por los alaridos de la rabia, los gritos del pavor ó del dolor y el fragoroso estrépito del combate, y en fin, uno de los héroes del drama, á quien el mundo supone muerto, milagrosamente salvo, expiando bajo la cogulla del monje los descarríos de sus años mozos.

Pero esta página de la historia mallorquina, que recuerda las rivalidades aristocráticas de fines de la Edad Media, precursoras de las hondas agitaciones sociales subsiguientes, mereció también ser poetizada. A medida que la Italia del Renacimiento fué desescombrando las ruinas informes del mundo antiguo, la luz del sol acarició otra vez las deliciosas líneas de las estatuas de los dioses paganos y reavivó además los gérmenes de paganismo que yacieron durante siglos en torno de las imágenes sepultas, así los salutíferos como los deletéreos, así los que habían de difundir por Europa la cultura, la tolerancia, la sana jocundidad de vivir y el sentido exquisito de la belleza, como aquellos otros que ingerirían en la razón la duda excéptica y enervarían con el ardor sensual la firmeza de la voluntad. Nada hubo ya intangible, inviolable ni santo, y se inició en todos los países una de esas que en son de novedad llaman ahora revisión de valores, sin advertir que las tales revisiones fueron, desde que existen socieda-

des civilizadas, el más frecuente, aunque el no más inofensivo, ni siempre más provechoso de sus pasatiempos.

En Mallorca, como dondequiera, antes y después, descubrió la burguesía, es decir, el proletariado de entonces, cómo la aristocracia ganadora un tiempo en buena lid y usufructuaria aún de los privilegios de la riqueza, del bienestar y del poder, no merecía ya retenerlos ni sería capaz de reconquistarlos, si por ventura los perdiese. Los nobles de la época, tan olvidados de la moral cristiana como de los deberes cívicos, perdido el temor de Dios, desusado el respeto á la ley, generalizada la desobediencia á los guías naturales, tan serviles ante el poderoso como opresores del débil, dilapidaban en estériles y escandalosas rencillas actividades que, concordes y armónicas, bastaran apenas para poner á salvo la causa común.

El reguero del desprestigio extendió á todas partes la revolución social; el sórdido egoísmo de los unos y el odio envidioso de los otros, la hizo cruenta allí donde faltó seso á los gobernantes; rodaron segadas cabezas muy altas, mendigaron míseros en la vejez muchos magnates nacidos en la hartura, padecieron los pueblos la desaforada tiranía de quienes á título de redentores usurparon el mando y enrojeció el suelo de Europa esa sangre lustral con que, según la sentencia bíblica, purgan los hijos, generación tras generación, los pecados de los padres.

Loable es, aun cuando casi siempre inútil, que historiadores y poetas, como Quadrado, recuerden en prosa y verso á la incorregible humanidad ejemplos tan aleccionadores.

Las obras arriba enumeradas no integran, de seguro, la labor poética del insigne menorquín. Sin contar la probable existencia de otras composiciones, de que no tuve noticia, sospecho que si se hallara él hoy tan presente entre nosotros como lo están su efigie y su memoria, y pudiéramos interrogarle acerca de cuáles de sus rimas fueron las predilectas suyas, nos contestaría, quizá, frase análoga á aquella de la manida canción de Tosti:

I canti che pensai ma che non scrisse.

Yo imagino á Quadrado víctima frecuente de esa tentación que asalta de continuo á los escritores didácticos cuando tienen además sensibilidad de artista. Le veo afanándose por transcribir los datos auténticos que compulsó, mientras le sugiere la fantasía otros inauditos mucho más poéticos; la provinciana quietud de las tardes del invierno palmesano presta á la evocación atractivo irresistible, y el escritor, posada la pluma de ave, reclina la espalda en la vaqueta del sillón frailuno, para protegerse contra la viva luz del clásico velón y poder seguir, entornados los ojos, las animadas peripecias de su sueño. Sin palabras ni sonidos, sin el aparato aherrojador de la retórica, con las formas etéreas del verbo inefable del espíritu, esboza poemas hermosísimos, hasta que le despierta la voz del austero deber que él se impuso, ordenándole inflexible reanudar la menos grata, pero más fecunda tarea del pedagogo: el trabajo doctrinal, el artículo de polémica con que el benemérito español podía y debía contribuir al mayor bien de la patria de sus amores.

Almas como la de Quadrado son precisamente el teatro del sempiterno drama de la inteligencia. Porque la terrible maldición lanzada desde el umbral del Paraíso contra el hombre pecador, condenó, en efecto, á quien trabaja sobre la materia inerte á ganar el pan cotidiano con el esfuerzo del músculo y el sudor del rostro; mas para quien labra, forja ó talla ideas, la maldición consiste en haber de comprobar cada día, entre laceradores pruritos de impotente, la inaccesible excelsitud de la Verdad y de la Belleza, de la Ciencia y del Arte, comparada con la mezquina brevedad de esta vida terrenal, que se marchita como el heno y pasa como la sombra.

He dicho.

Quadrado, controversista político

por el

Excmo. Sr. Marqués de Figueroa.

Ya que no ha lugar á discurso, expresaré en página brevísima mis devociones y entusiasmos por aquel don José María Quadrado, hombre admirable, verdadero guía y director á quien siguen nuestros pasos, nuestras miradas y nuestros pensamientos.

Tienen ellos que confundirse, no bien alcemos la vista, cualquiera que sea el lugar que nos designen para la contemplación. Y es que la vida, como la obra de Quadrado, se nos ofrece una, aun siendo de variedad fecunda y riquísima; todo reduce y trae á unidad aquel superior espíritu que, dueño de sí, de sus ideas y quereres, supo purgarse del tradicionalismo religioso tan en boga y desechó del tradicionalismo político cuanto significaba rémora, daño, peso muerto.

Sobre fondo que constituye la espléndida naturaleza balear, en el gran marco de su creación arqueológica, se destaca la figura del artista, del pensador menorquín; desde lejos le asisten con su influencia, por diverso modo ejercida, Balmes y Donoso Cortés.

Principalmente refleja Quadrado, las austeridades de pensamiento del filósofo Balmes, y si bien le impresionan las magnificencias imaginativas del orador Donoso, pero es sin que le contagien un punto sus oropeles ni sus fastuosidades.

Vuelve al ánimo, en estos días difíciles, el recuerdo de aquéllos de honda y extraordinaria conmoción, que se cifran en la fecha memorable de 1848. No era menester que Donoso abultase ó agrandase las realidades que confundían, amedrentaban los espíritus. Firme y tranquilo Quadrado, observa, vigila, comenta los sucesos. Tiene la serenidad de la filosofía cristiana, aplicada á la investigación laboriosa y constante de la Historia universal, desinteresado de ningún otro fin, que el del bien común. Las generaciones que nos precedieron, en que «los principios, instituciones y formas de la sociedad, eran como inherentes á su esencia y semejaban indestructibles, prorrumpían, dice Quadrado, en gritos de temor, en desolados gemidos, sólo con presentir el terrible y general estremecimiento que aguardaba al mundo; trastorno de las ideas, desquiciamiento de la sociedad, ruina de sus más fuertes puntales y de sus más sólidos cimientos».

Perspectiva semejante, que llenaría de temor á nuestros antecesores, no es para Quadrado—temple superior el de su alma—sugeridora de pesimismo. Aquel espíritu, todo fe, confía en que «renacerá, ó reaparecerá más bien, entre las naciones, lo que como esencial es perpetuo é inmutable, reemplazándose sin peligro lo accidental y transitorio. En medio de tan grande confusión, presentía esperanzado, que el movimiento á favor de las libertades públicas traería el renacimiento de Polonia y habría de libertar á Bélgica de la intolerancia protestante, á Grecia del despotismo otomano».

Al celebrar las campañas pacíficas y elocuentes de O'Connell, que preparan satisfacciones á Irlanda — maleada, como Polonia, por elementos disolventes—, cuida Quadrado de comprender en los elogios á los liberales ingleses de John Russell, preconizando soluciones de armonía, que logren, para Inglaterra y para Irlanda, mayores engrandecimientos. Los juicios de Quadrado sobre Rusia, explican y anuncian las catástrofes que ciertamente corresponderían á la pujanza gigantesca de aquel país y

á su interna debilidad constitutiva; «nada seguro, allí donde conspira el ejército, la traición se viste de librea y el trono vacila sobre una mina permanente; civilización que barniza la superficie, sin penetrar en las entrañas; fruta podrida en verde, que hermana la corrupción con la rudeza». Por la experiencia universal, confirma Quadrado otras experiencias de que antes halló ejemplo en la historia local de su propia tierra, el interesantísimo estudio de las disensiones civiles de Mallorca durante el siglo xv (1). Siempre antepone nuestro autor las cuestiones religiosas y sociales á las cuestiones políticas, extraño á los accidentes de ese carácter que suelen complicar las cosas y perturbar los juicios; el suyo, tan seguro y sereno, le lleva á proclamar como, «fiando á la coacción el vencimiento de las resistencias, será principal siempre la influencia de los principios morales, que, regulando, atrayendo, deparan á los pueblos beneficios de próvida y celosa administración». Apagar ó acallar las discordias, disciplinar las competencias legítimas y obtener entre los afines colaboraciones saludables, son obras de fecunda armonía; tal era el pensamiento de la nación, que identificó por completo á Balmes y á Quadrado (2).

Los artículos políticos de éste, ofrecen cumplida demostración de lo que fueron, vanas cuando no dañosas,

---

(1) *Forenses y Ciudadanos.* Historia de las disensiones civiles de Mallorca en el siglo xv, por D. José María Quadrado.—Palma. Imprenta de Trías. 1847.

(2) Es de lo más comentado, nunca bastante conocido, cuanto se refirió á la conciliación dinástica, proyectado matrimonio de Doña Isabel II con el Conde de Montemolín. A los ánimos partidistas, encendidos, perturbados como se hallaban por las recientes luchas, no les era dado comprender lo que más tarde se reconocería, elevada, nobilísima propuesta, honra de los que la defendían, enseñanza de quienes tantas veces sacrifican las más elevadas cosas á efímeras pasiones momentáneas.

las alteraciones de nuestra política interior; confuso, intrincado, inconexo conjunto del primer período constitucional, larguísimo desfile de nombres que únicamente tuvieron momentos de celebridad; pasaron ellos enteramente, queda y perdurará, realzándole la prueba del tiempo, el nombre de Quadrado.

Quadrado, gran español

por el

Excmo. Sr. D. Eduardo Dato.

El tiempo da la mejor medida de los merecimientos humanos. Él hunde en el olvido reputaciones que parecían consolidadas y borra famas que la pública opinión fraguó inconsciente. Él, en cambio, ahuyenta los prejuicios ó la indiferencia de una época que estorbaron el debido aprecio de hombres eminentes, de vida esforzada y obscura, cuya memoria resucita llevando su nombre á la cumbre que otros usurparon.

Tal ocurre con Quadrado. Medio siglo de actividad constante en profusos y hondos estudios políticos, históricos, arqueológicos y literarios, no bastó á difundir fuera del estrecho círculo de los eruditos el inmenso valor de sus merecimientos y el prestigio de su personalidad, y no digo el caudal de sus producciones porque, por sensible que sea, no han faltado merodeadores de sus obras que han mostrado el sazonado fruto, ocultando quién lo había cultivado y recogido.

De la múltiple tarea que acometió y ultimó Quadrado, manifestando la variedad de sus aptitudes, la profundidad de su saber, la altura de su cerebro y la nobleza de su corazón, se destaca vigorosa su figura de patriota que, amante de la tierra donde nació, vivió y murió, extendió su investigación á desentrañar con cariño de hijo el pasado de las viejas ciudades de Castilla; que, sin desdeñar

su idioma nativo, enalteció con su estilo sobrio y bruñido el de Cervantes; que viviendo en tiempo de agitadas pasiones políticas desatadas por la guerra civil, supo elevarse con Balmes sobre sus coetáneos proclamando una fórmula de armonía que nadie oyó, y que sobreponiéndose á la inclinación de su ánimo hacia el tradicionalismo, predicó el respeto á los poderes constitucionales consignando su aspiración en estas palabras, que aun tienen toda la actualidad de un programa político: «Queremos, decía, que se acabe con las revoluciones y con las reacciones, previniéndolas á fuerza de prudencia y equidad, quitando ocasión ó pretexto para ellas y ganando los ánimos en vez de exasperarlos».

Escritor profundamente religioso, tuvo justas censuras para la sociedad de su tiempo, que, entregada al positivismo, descuidó el cumplimiento de sus deberes, que Quadrado consideraba inexcusables para garantía de la propia sociedad. Al cabo de setenta años vemos realizadas sus predicciones, pero no aplicados sus consejos. Atento á las realidades históricas, advirtió el predominio del factor económico en las relaciones humanas, lo que le permitió vaticinar el desarrollo del socialismo, afirmando con genial intuición que «en el seno de la tranquilidad ó en el tumulto de las revueltas, bajo un régimen monárquico ó popular, sólo una cosa persevera y avanza constantemente, ya con subterráneos é invisibles progresos, ya apareciendo con paso de gigante, y ésta es la cuestión social».

D. José María Quadrado se adelantó á su época más de medio siglo. Acaso por eso sus contemporáneos no le comprendieron ni le ensalzaron. Justa obra de reparación la que han iniciado sus paisanos exaltando la memoria de quien tantos títulos tiene á nuestra admiración y á nuestro elogio, y que resume y compendia uno solo: el de gran español.

QUADRADO

discurso por el

Excmo. Sr. D. Antonio Maura y Montaner.

SEÑORES:

Después de lo que aquí se ha dicho, no supondréis que acometa la temeraria empresa de añadir cosa alguna en elogio de Quadrado; mucho menos que recuerde, en resumen, lo que habéis admirado en los trabajos leídos ó en los discursos pronunciados.

A lo que vengo (y es faena breve) es á recabar para mí el honor de asociarme al homenaje, lo cual realizo no sólo como uno de los admiradores de Quadrado, sino como uno de los que (ya iremos siendo pocos) pueden recordar que fueron sus amigos, honrado y favorecido siempre con su afecto. Esto de haberle conocido y tratado, de evocar ahora mismo su figura, que casi siempre, en mis excursiones á Mallorca, contemplaba en su sillón del Archivo del Reino, me hace notar la diferencia entre lo que era la persona Quadrado para sus conciudadanos, lo que es la memoria Quadrado hoy y lo que será en lo venidero su figura.

Claro es que en Mallorca, cuando yo era muy joven, las personas discretas, las personas instruídas hablaban de Quadrado con veneración, con entusiasmo, con asombro; pero eran unas docenas, unos centenares, en una capital de provincia, en un rincón de España, medio siglo después

de la florescencia de su gran entendimiento y de su pluma. Y ahora, y mañana, y siempre, Quadrado, que no fué político, ni echó raíces en el suelo de los intereses, no fué más que un espíritu, una inteligencia, un corazón; Quadrado, digo, ignorado de la mayoría, de casi todos, entre sus contemporáneos, se vé hoy y se verá en el porvenir engrandecido por una radiante posteridad; como los focos de esos reflectores que en la noche traspasan las tinieblas con su cono de luz, más amplio cuanto más lejano. Quadrado es escritor, es poeta, es artista, es uno de esos espíritus que la Providencia coloca entre las muchedumbres como para valizar los derroteros de la vida, como para renovar el testimonio de la excelsitud del alma humana; porque las tales almas escogidas apenas se adentran en la materia lo necesario para cruzar el mar de esta vida fugaz.

No queda de Quadrado, de toda su existencia, más que espíritu, y por eso es inmortal todo lo que de Quadrado queda, y por eso significa tan poco lo que de él pudo morir.

Decía Lacordaire que si algo humano hubiera de adorarse serían las cenizas del corazón y no las del entendimiento, y yo, ante la memoria de Quadrado, estoy perplejo en dar la primacía á una ú otra fase de su espíritu. Él fué, en todas las disciplinas que recorrió su pluma, escritor de perenne originalidad, de profundo pensamiento; un autor de sus obras, que no todos los que las escriben y las firman pueden decirlo, porque á veces, sin advertirlo, son nada más que reflejo de lecturas, de impresiones. Quadrado fué siempre original.

Pero para mí, lo que queda de Quadrado principalmente demuestra que, por grande que su entendimiento fuese, tenía que ser más grande su corazón, porque toda la obra de Quadrado—notad que cuanto se ha dicho esta tarde ha ido siempre recayendo en este tema—era la de un patriota, un patriota ardoroso; y no se puede ser patriota ardoroso sin un gran corazón, porque el patriotismo es el más sublime de los sentimientos, porque es el

más desinteresado, más desinteresado que el santo amor materno; ni aun pide correspondencia.

Y Quadrado, por mi fortuna, nació en la tierra misma donde nací yo; y Quadrado será siempre la honra de las Baleares, á la vez que honra de España; porque, como decía muy bien mi amigo el Sr. Serrano Jover, demostró con sus obras, y con todo su pensamiento, y con los latidos de su corazón, qué diferencia hay entre los que aman á la Patria donde quiera que estén, donde hayan nacido, donde tremola la enseña de sus mayores y de todas las glorias comunes, y aquellos otros que no saben sentir estos afectos, sino mezclando con el amor la avinagrada ponzoña de la disparidad y del odio.

Fué Quadrado un gran patriota, y por serlo ha merecido, además de admiración por su inteligencia, la bendición de todos, el afecto de todos, porque su corazón fué para todos los españoles y á todos nos ha legado una gran enseñanza, que debemos procurar seguir.

Mi único propósito está cumplido. Si puedo hablar en nombre del país donde nací y cuya representación tengo hace casi cuarenta años (yo sé que en esto, de toda persona que ha saludado alguna rama del saber ó ha hecho algún cultivo de su espíritu en Mallorca, tengo ahora su voz), puedo llevar con mi mano la corona espiritual sobre ese busto de Quadrado, en nombre de todos los nacidos en la tierra que tuvo la fortuna de poderle contar entre sus hijos.

APÉNDICE

JOSÉ MARÍA QUADRADO [1]

POR

D. JOSÉ MARIA RUIZ

Redactor de «La Veu de Catalunya»

Sería impropio de un ciclo de conferencias tan notable como el que ha organizado la «Asociación de Periodistas de Barcelona», descender del terreno de los elevados estudios que en él se han de desarrollar al de una modesta alusión á una personalidad, siquiera sea ella tan insigne como la de D. José María Quadrado, si no creyera que, en medio de la esplendidez de los actos que la Asociación realiza, preciso es que sean evocadas las figuras de los que fueron grandes en el arte de la pluma puesta al servicio del periodismo.

Es cosa muy general y muy corriente creer que la labor del periodista llega á su máximo límite con los artículos, casi siempre improvisados, escritos en vista de las circunstancias del día, de prisa y corriendo, como destinados á dar abasto á rotativas y á vivir en la memoria de los lectores el breve espacio de unas horas.

Hay, sin duda, entre nosotros, inteligencias privilegiadas, claros talentos, cuya obra, firme y continua, encierra innegable trascendencia.

---

(1) Traducción del original catalán. Se nos interesa la inserción de esta conferencia, leída por su autor en la *Asociación de Periodistas de Barcelona,* y deferimos á ello porque da una idea bastante exacta de la figura de Quadrado como gran periodista.

De ellos, como de astros que no han recorrido todavía su órbita toda entera, seres que irradian actualmente su vigor, es prudente no hablar.

De los pasados, de aquellos que ha juzgado ya la Historia, hagamos memoria para glorificación suya y enseñanza nuestra.

*
* *

Es inútil tratar, como sería debido, en tan poco espacio como el de una sencilla comunicación, de la insigne figura de D. José María Quadrado.

Su obra colosal, continuada, laboriosa y eminente, abarca medio siglo; y es precisamente este medio siglo el más turbulento, complejo y trascendental de la vida moderna de España, de la España que desconocía aún los grandes movimientos que, como el Catalanismo, han dado un fondo de fecunda sinceridad á las luchas de hoy. Y como Quadrado lo miró, lo pulsó y hasta puso manos en la obra de pacificación que aquellos años requerían, y su obra está de tal manera enlazada á los acontecimientos, á la política, á la cultura y hasta á la literatura y al renacimiento arqueológico provocado por el romanticismo, he de declarar que no es de mi actual incumbencia el estudio de una labor tan extensa y profunda que reclama largas horas de atención y reposada lectura.

Atento sólo, pues, á recordar por unos momentos la figura del gran periodista, dejadme hablar brevemente de su personalidad, tan desconocida, que con todo y haber sido una de las más vigorosas del siglo XIX, es de las más injustamente olvidadas.

A esta injusticia han contribuído no poco, además de la verdadera y nobilísima modestia de su carácter, las circunstancias en que llevó á cabo su obra, puesta como puente entre la España que moría, la de las guerras civiles y los excesos políticos, y la nueva, en la que, cuando

menos, se percibe el latido de los grandes problemas políticos y culturales.

«Larga, tranquila, sin vicisitudes ni ambiciones ha sido mi carrera—dice él mismo—pero la han iluminado de lleno dos astros con su benéfico resplandor, y el debérselo no me pesa: Balmes en los comienzos, Menéndez en las postrimerías».

Así, con esta dulce y sobria modestia, juzgaba el mismo Quadrado su obra y su vida.

Quedan de cada época los grandes momentos que le dan tono, y en cierto modo la simbolizan: los caminos que de uno al otro llevan, por magníficos que sean, suelen quedar cubiertos por la hierba al cesar el tránsito de los hombres por ellos.

Balmes y Menéndez Pelayo iluminan la vida española con sin igual resplandor. Quadrado, que obró en su labor periodística como otro Balmes y abrió más de un camino al talento de Menéndez, acabó su vida en la augusta aridez del Archivo de la ciudad de Mallorca, y el más injusto olvido ha pesado sobre él.

Su obra es vastísima.

A él se debe, en gran parte, la obra monumental iniciada por el dibujante Parcerisa, «Recuerdos y Bellezas de España». Describió en ella diez y siete provincias, explorándolas por su propia y personal actividad: Asturias, León, Castilla y Aragón viven en sus manos toda su vida histórica y artística, y el tomo correspondiente á las Baleares, escrito en colaboración con Piferrer, es un milagro de erudición histórica y un monumento de belleza.

Su gran talento de historiador halló fecundo campo en la magnífica obra «Forenses y Ciudadanos», acabado estudio del estado social de una época crítica de la historia de Mallorca, y aportó á la Historia general de este antiguo Reino riquísimos y copiosos sillares que arrancó pacientemente del casi inexplorado Archivo de su capital.

Decía Menéndez Pelayo, en elogio de «Forenses y Ciudadanos», que es un libro que puede rivalizar con los mejo-

res capítulos de Alejandro Herculano, ya se atienda al arte sereno de la composición, ya al nuevo modo de considerar y entender la Edad Media.

Podrá dar la medida de los altos vuelos de su ciencia histórica, junto con su filosofía, el haberse atrevido á continuar el Discurso de Bossuet sobre la Historia Universal; obra la de Quadrado, admirable como trabajo de filosofía histórica y más admirable aún por el esfuerzo de concreción en él realizado.

Esta vocación histórica, y el penetrar de su clara inteligencia en el alma de los tiempos, fué, sin duda, lo que determinó la acción periodística de Quadrado.

La contemplación de la vida pobre y arrastrada de la España de su juventud, debió despertar los anhelos mismos de su mejoramiento, fundándose en las lecciones que le proporcionaba la Historia.

Y así debió ser en efecto, ya que sus artículos periodísticos están informados en una segura y firme filosofía que mucho tiene que ver con la de su gran amigo D. Jaime Balmes, sin que en ello hubiese copia y sumisión, sino más bien coincidencia.

Su fe profunda le llevó á batallar en el campo de la apología católica, constituída en campo necesario de lucha en las épocas que, como las de 1842 en adelante, estuvo sobre el tapete la cuestión religiosa.

Comenzó á escribir Quadrado sus artículos en 1842 en «El Católico», y fundó en 1844 «La Fe», en los mismos días en que acababa la guerra civil, mas no por esto el odio de los dos bandos.

En este tiempo fué cuando se unieron Balmes y Quadrado para realizar la obra, que quedó frustrada, de la pacificación de España, coincidiendo ambos en las cuestiones políticas y sociales.

En este punto es imposible hablar de Quadrado sino de una manera comprensiva; decir de él que fué, con Balmes, el alma de aquellas célebres revistas que se llamaron «La Fe» y «El Conciliador» de Quadrado, y «La Civiliza-

ción», «La Sociedad» y «El Pensamiento de la Nación» de Balmes, en las que tanto colaboró también su compañero, revistas cuya lectura es indispensable para conocer la complicada vida política de aquel tiempo.

Y no puede menos de ser así si se tiene en cuenta que en 1845, en «El Conciliador» y en el «Pensamiento de la Nación», fué donde se defendió calurosamente—siendo Quadrado Director del primero y colaborador del segundo—la idea de la fórmula de reconciliación de los monárquicos por medio de una fusión dinástica que había de realizarse con el casamiento del Conde de Montemolín con Isabel II.

Todos sabemos que esta fórmula no tuvo éxito, por culpa de todos los contendientes, y Quadrado se retiraba de la lucha, sin duda desengañado al ver al Estado sin remedio.

Este período de su vida es, para nosotros los periodistas, el más interesante. Se presenta en él D. José María Quadrado con toda la fuerza de su alma y de sus convicciones, confiando á la Prensa la difusión de sus ideas.

En aquel período se vé al luchador incansable acudir, como nosotros, á las lides periodísticas para defender con tesón lo que creía ser verdad, dándonos así una lección de sinceridad y de patriotismo que debería de presidir cada día con más fuerza todas nuestras obras. ¡La sinceridad!

Alguien ha querido ver en los periodistas los guerreros mercenarios puestos al servicio del señor que más posea, y no ha sido ello por desgracia sin culpa de algunos, por pocos que sean.

Si la sinceridad está aún con nosotros, no así la fuerza con que ella debiera aparecer á quienes nos leen, y la causa de ello es, y doloroso el decirlo, que no pocas veces, al escribir, sentimos tan débilmente la fuerza que guía nuestras plumas, que parecen ficciones lo que en realidad son verdades.

En cierta ocasión, estando Quadrado en tertulia con unos amigos, llegó un joven sacerdote su contertulio, que acababa de predicar un sermón en una de las parroquias

de los alrededores de la ciudad de Mallorca, y al preguntarle Quadrado qué verdades había expuesto á los fieles, el buen sacerdote, después de hacerse mucho de rogar, declaró, entre otras cosas, que al referirse á ciertas teorías de Voltaire, había calificado de «estúpido» á su autor.

Atajóle Quadrado con fina ironía diciéndole:

—¿Quiere V. decir que se lo habría dicho á la cara.....?

Esta sencilla observación, conocidas las convicciones de Quadrado, no es más que un fulgor de su gran sinceridad, que le llevaba á decir sus cosas por razones, sin perjuicio de la finísima socarronería que encierra la pregunta.

***

Cultivó también Quadrado sus aficiones literarias, desarrolladas conforme á principios estéticos nacidos del romanticismo; pero con una tal seriedad y aplomo, que hacen presentir un estilo nuevo y descubren una firme personalidad. Mas no es este el momento ni la ocasión para mí, como ya he dicho, de hacer su estudio.

A grandes rasgos he expuesto algo de su talento y su labor de periodista, y esto es lo que á nosotros nos interesaba.

Sólo me he propuesto recordar, en medio de nuestras tareas, una figura insigne que nos anime en ellas, y aspiro también á que á lo menos nosotros tributemos el debido honor al gran maestro, que siendo uno de los más grandes historiadores y polígrafos españoles del siglo XIX, no desdeñó la labor del periodista y fué uno de los más eminentes entre los más altos, así como fué el más sincero de los patriotas.

Tal vez alguno extrañe que haya ido á buscar tan lejos esta figura ejemplar, que ejerció su principal ministerio periodístico en una época tan remota y combatió en lides periodísticas de las cuales sólo la historia ha llegado á

nuestros oídos; pero en la pequeña ciudad que es mi patria nativa y donde pasé los tres primeros lustros de mi vida, hay una casa en cuyo frontispicio una inscripción recuerda que allí nació Quadrado. Todos los días pasaba yo por aquel sitio al ir y al volver del colegio, y por si aquella inscripción no me hubiera dicho lo bastante, en los labios más respetables que para mí existen sobre la tierra, el nombre de Quadrado pasaba con frecuencia y cada vez con la más honda veneración.

ÍNDICE

Páginas.

Páginas.

Imprimióse este libro en la Villa y Corte de Madrid,
en la Imprenta del Patronato de Huérfanos
de Intendencia é Intervención Militares;
y se acabó á los XXX dias
del mes de Diciembre de
MCMXIX años.
LAVS DEO



